

TESS CURTIS

Un Cowboy
bajo el
Muérdago

DE LA AUTORA DE
AMOR EN COLORADO

Un Cowboy
bajo el
Muérdago

TESS CURTIS

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Un Cowboy bajo el Muérdago

©Tess Curtis, ©2020

Fecha de publicación: Diciembre 2020

Diseño de portada: Nina Minina

Corrección: Olga Andreu

Imágenes de portada: Deposit Photos

Ilustración bota navideña: Shirochan_art

Esta obra fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual ISBN: 9798578038013

Nunca perdáis la fe
¡Feliz Navidad!
Tess Curtis



REXBURG, IDAHO

Había sido un buen mes de ventas, cada uno de los comerciales de la oficina había vendido al menos un par de casas, incluida ella, algo que hacía que se sintiera satisfecha, ya que hacía solo unos pocos meses que trabajaba para Johnson's Real Estate, después de unos años en los que no se había sentido preparada para asumir aquel tipo de empleo sin que los recuerdos la sobresaltasen. Una vida que ahora parecía muy lejana, en la que había tenido su propia inmobiliaria conjuntamente con su exmarido, Tyler.

Sonrió al pensar en Tyler, a pesar de que las cosas entre ellos no habían funcionado como pareja, guardaba un grato recuerdo de él. Esperaba que le fuese bien.

—¿En qué o quién estás pensando? —preguntó Naomi, su compañera de escritorio y amiga desde que había llegado a la oficina.

—Me pregunto cómo le irá a mi exmarido —respondió Jane distraída, ordenando algunos documentos que tenía sobre la mesa.

—Nunca he visto a nadie sonreír pensando en un ex —opinó Naomi, ceñuda.

—Es una buena persona.

—¿Sigues enamorada de él?

—No, pero éramos buenos amigos y hacíamos un buen equipo —se sinceró ella, sabiendo que en ese momento estaban a solas en la oficina, el resto de comerciales o estaban enseñando casas o almorzando con clientes.

—Así que sientes cierta... nostalgia —dijo Naomi.

—Podría decirse así —respondió ella encogiéndose de hombros.

—Mira, Jane, creo que necesitas salir con alguien de forma urgente. No es normal sonreír recordando a tu ex. Tal vez podría presentarte a mi primo James, él se acaba de separar, ha vuelto a la ciudad...

—¿Tiene hijos? —Le cortó Jane.

—Sí, pero no son bebés y...

—Entonces no me interesa —volvió a interrumpirla zanjando el tema.

—Hay pocos hombres de tu edad que no tengan hijos o que no los quieran tener —aseguró Naomi.

—No quiero niños —respondió ella tragando saliva y desviando la mirada hacia una montaña de papeles que tenía en el lado contrario de su mesa.

—¿Por qué? ¡Por el amor de Dios! No lo entiendo —preguntó Naomi, desconcertada. Su amiga se negaba en rotundo a aquello, pero no parecía el tipo de persona que odiaba a los niños.

Jane abrió la boca para contarle a su amiga de una vez por todas el motivo por el cual no quería tener niños en su vida de ninguna de las maneras. En ese momento ambas oyeron cómo sonaba la campanita de la puerta de la oficina, que se abrió en ese instante, era un nuevo cliente. Un hombre alto y fuerte de pelo castaño y ojos aún más oscuros las miró a ambas por turnos sin saber bien a quién dirigirse.

—Naomi Philips. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó su compañera levantándose de su silla para tenderle la mano, que el cliente estrechó.

—Mason —respondió él con una sonrisa que a ella se le antojó brillante.

—Perfecto. Es usted mi próxima visita —le dijo Naomi—. Solo necesito un momento para coger unas cosas y ahora mismo nos vamos.

—Tómame tu tiempo —respondió mientras ella desaparecía tras la puerta de otra oficina.

Se fijó ahora en la mujer del otro escritorio, le resultaba vagamente familiar, pero no sabía de qué. Quizá habían estudiado juntos en otro tiempo o habían sido vecinos de pequeños, hacía demasiados años que había dejado Rexburg.

—¿Puedo ofrecerle un café mientras espera a Naomi? —preguntó Jane, al sentirse observada por aquel hombre tan atractivo.

—No, gracias. Estoy bien —respondió él, mostrando de nuevo su perfecta sonrisa, pero sin dejar de mirarla intensamente.

—¿Puedo ayudarle de alguna otra forma? —preguntó ella de nuevo.

—Perdona —era consciente del tono de esa pregunta, sabía que la había intimidado mirándola de aquella forma—. Es que me resultas familiar y trato de recordar dónde nos hemos visto antes.

—Yo, sin embargo, no lo recuerdo en absoluto a usted —respondió ella con una sonrisa neutra.

—Me crié en esta ciudad, pero puede que solo me recuerdes a otra persona.

—Puede ser —manifestó ella con una nueva sonrisa amable, antes de dirigir de nuevo su atención a unos documentos que estaba revisando sobre una casa que enseñaría al día siguiente.

—¿Nos vamos? —preguntó Naomi saliendo de otro despacho, con el maletín en la mano y el abrigo puesto.

—Después de usted —respondió Mason.

—Una cosa más —dijo Naomi girándose hacia su compañera—. Parker ha llamado. Encárgate de cerrar, por favor.

—Descuida —sonrió Jane hacia su amiga.

—Cuando lo desee podemos enseñarle la casa a su esposa —dijo Naomi una vez terminaron el tour por la misma, tras el cual, Mason Stewart parecía haber quedado satisfecho, lo que la aproximaba a una posible venta y una suculenta comisión.

—Yo... —Mason se tensó al escuchar la mención a su esposa—. No tengo esposa.

—Hijos, madre... —se apresuró a decir Naomi sintiendo que había metido la pata. Seguramente era un hombre divorciado.

—No, solo la veré yo —zanjó él.

—Esta casa es un sueño —cambió de tema Naomi, suscitando interés por la vivienda.

—Lo es. Me gusta —respondió él tratando de olvidar el comentario anterior. Aún no le había contado a demasiadas personas que pretendía mudarse a Rexburg con Sadie, su hija de seis años.

—A Jane le gustó en cuanto pusimos fuera el cartel de venta. Si nadie se da prisa en comprarla, seguro que ella lo hará.

—¿Jane? —preguntó él, subiendo una ceja.

—Jane, mi compañera, la de la oficina —aclaró ella.

De repente, los recuerdos unidos a aquel nombre y su rostro acudieron a su mente. ¡Con razón le era tan familiar! ¡Sus ojos y su voz! ¡Era Jane, Jane Norris! Ahora estaba seguro de ello.

—Me temo que la señorita Norris tendrá que buscar otra vivienda. Mañana mismo haré una oferta, me la quedo —dijo convencido de la compra de su futuro hogar.

Naomi le tendió la mano y esbozó una gran sonrisa.

—¿La señorita Norris? —quiso saber ella.

—Jane, Jane Norris —dijo él.

—Creo que se ha confundido, yo hablo de Jane Davis.

—¡Oh, claro! Debe ser su apellido de casada. Debí suponerlo —dijo algo abatido con aquella información. Estaba completamente seguro de que era Jane Norris... o ahora Davis.

—¿Entonces la conoce? —indagó Naomi con súbito interés en aquel asunto.

—Sí, hace muchos años, cuando aún éramos unos críos.

—¿Ah, sí? —Naomi quería tirar de aquel hilo, el tal Mason Stewart no estaba nada mal, no estaba casado, por la casa que iba a comprar todo hacía indicar que su crédito era alto, no había mencionado que tuviera hijos y, además, también parecía conocerla.

—Sí, aunque yo me fui hace demasiado tiempo de Rexburg, perdimos el contacto y... —se detuvo, siendo consciente de que a su agente inmobiliario aquello no le interesaba en absoluto.

—Es curioso, ella también ha regresado hace poco a la ciudad. El destino a veces separa a las personas para volver a unirlos en un mismo sitio, ¿no cree?

—Sí, claro —respondió Mason pensativo. Tenía que darle la razón, era de lo más curioso. Lástima que Jane estuviera casada. Aunque de todas formas, sentía curiosidad por saber qué había sido de su vida.

—Bien, mañana tendré listos los documentos para lanzar nuestra oferta y se la presentaremos a los dueños actuales —dijo Naomi para finalizar la visita tras mirar su reloj y ser consciente de que había quedado con otro cliente.

Ambos se dirigieron a la entrada de la propiedad y salieron de la misma. Mason aún se detuvo a observar la fachada de la vivienda desde fuera. ¡Era perfecta! Y a Sadie le iba a encantar.

—Nos vemos pronto, señor Stewart —dijo ella teniéndole la mano y él se la estrechó.

—Gracias por todo, señora Phillips.

Naomi le dedicó una sonrisa y se dirigió hacia su coche, pero se detuvo y se giró hacia él de nuevo. Probablemente Jane se enfadaría si se enteraba de lo que pensaba decirle al tal Mason, pero bien valía la pena intentarlo.

—Una última cosa, señor Stewart —dijo ella.

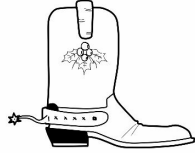
—Mason —la corrigió él, no le gustaba tanta formalidad.

—Mason —sonrió de nuevo—, Jane no está casada. Solo sigue usando el apellido de su exmarido.

Mason sonrió.

—Gracias por el dato, Naomi.

—Ha sido un placer. —Le devolvió la sonrisa antes de girarse y volver a caminar hacia su vehículo.



JANE ELISABETH NORRIS

—Jane Elisabeth Norris —dijo una voz tras ella. Alguien la estaba llamando por su nombre completo de soltera, nada más hubo cerrado la puerta de la oficina con llave. Giró con rapidez y se encontró al último cliente de Naomi al otro lado de la calle, apoyado en la que supuso que podría ser su camioneta.

—¿Perdón? —dijo ella intrigada de por qué aquel tipo sabía todo su nombre y apellido de soltera. ¿Quién demonios se lo habría dicho? Estaba segura que Naomi no lo sabía, aún.

—¿No me recuerdas? Soy Mason Stewart —dijo él dándose a conocer, esperando que ella lo recordase. Quizá había esperado demasiado y la realidad era que no había significado tanto en su vida.

—¡Santo Cielo, Mason! —dijo ella sorprendida tras una pausa, en la que aquel nombre se abrió paso en su mente, trayendo a ella infinidad de recuerdos.

—Te dije que me eras familiar —afirmó él, sonriendo, sabiendo que ahora sí lo había reconocido.

—¡Has cambiado muchísimo! —confirmó ella, cruzando la imagen del Mason adolescente con el Mason actual.

—Quizá el que tenga veinte pulgadas menos de pelo te ha despistado —apuntó, divertido.

—Completamente —convino Jane cruzando la calle hasta llegar a él para mirarlo de cerca y ahora sí, reconocer algunos de sus rasgos—. Nunca imaginé que te lo cortarías.

—Pues no tardé demasiado en hacerlo, si te digo la verdad.

—Oí que tu padre te obligó a enrolarte como marine.

—Ajá. Bueno, tantos años y veo que no piensas darme un abrazo —dijo él, divertido.

Jane subió sus manos, en una de ellas llevaba un maletín lleno y en la otra la bolsa de lo que parecía que había sido su almuerzo.

Mason se acercó a ella, le quitó ambas cosas de las manos, abrió la puerta trasera de su camioneta y las depositó allí cerrándola después.

—¿Y ahora? —preguntó él.

—Ahora sí —respondió ella.

Ambos se dieron un corto abrazo y pudieron recordar brevemente cómo era estar el uno en los brazos del otro, como aquel último verano que pasaron juntos antes de que sus padres los obligaran a separarse.

—Hueles igual que hace veinte años —dijo él al alejarse de ella.

Jane se sonrojó y no supo qué responder a aquello. Era Mason Stewart y ambos estaban en Rexburg de nuevo. Mason, su primer amor, su primera vez... Era él, en carne y hueso. Más atractivo de lo que recordaba, la había reconocido y lo tenía frente a ella.

—Antes he visto una cafetería que parecía decente, solo a unas manzanas más allá —dijo él de nuevo—. Podríamos cenar juntos.

—¿Cenar? Voy con la ropa del trabajo —objetó ella.

—Podríamos decir que yo también —respondió Mason, mirándose a sí mismo.

—No sé...

—No pienso dejar que te vayas, quiero saber qué has hecho estos últimos veinte años. ¿Vamos?

Jane sonrió y aceptó la oferta.

—Vamos.

Comenzaron a caminar el uno al lado del otro, sin poder contener la curiosidad y las ganas de mirarse, tratando de vislumbrar algún rasgo que pudieran recordar de cuando eran unos adolescentes. Cuando llegaron a la cafetería tomaron asiento en unos amplios sillones de cuero, uno frente al otro, y tras una ojeada rápida a la carta, ordenaron la cena.

Mason observaba a Jane con detenimiento, era la misma pero más atractiva. Los años le habían conferido una belleza serena que ya se comenzaba a intuir cuando apenas tenía dieciséis años. ¿Por qué permitió que desapareciera de su vida? ¿Por qué dejó que los separasen? ¿Por qué no trató de contactar con ella en todo ese tiempo? En el fondo sabía que era solo un crío que obedecía a sus padres y que no quiso, o no pudo, luchar contra ellos.

—Siento que te enrolasen como marine —dijo ella a modo de disculpa, sabía que había sido la forma de separarlos porque ella no era adecuada para él, además de ser demasiado joven.

—Aprendí que se vivía más cómodo con el pelo corto —respondió él quitándole importancia al asunto.

—¡Oh! —exclamó Jane poniéndose una mano en la boca, a la vez que era consciente, de que ese había sido el momento en el que se lo había cortado.

—Sí, ahí fue —respondió él imitando con sus dedos una tijera.

—Espero que al menos no lo pasases muy mal.

—No, estar en los marines estuvo bien. Aprendí cosas útiles y muchos valores. Maduré.

—¿Y ahora? ¿Estás retirado del servicio?

—Sí. Me gustaba servir a mi país, pero mis padres eran mayores y no podían seguir ocupándose ellos solos del rancho. Así que volví y ocupé mi lugar, hasta que decidieron venderlo.

—¿Lo vendieron? —preguntó ella sorprendida. Los Stewart gozaban de una buena posición cuando los había conocido.

—Ajá. Vinieron años duros y cuando el colchón económico no lo resistió más, decidieron vender.

—Entonces... ¿tú?

—Me quedé trabajando para el nuevo dueño. Mis padres se compraron una casa en Florida y allí están, disfrutando de su jubilación.

—Pero... no entiendo... ¿Cómo es que estás buscando casa en Rexburg? Si te quedaste

trabajando en el rancho...

—El rancho duró un año en manos de aquel tipo, lo reflató, le añadió valor y le sacó un jugoso beneficio. Fue nuevamente vendido y ya no entré en el trato. Poco después me ofrecieron trabajo de capataz en un rancho de Preston.

—¡Wow, Preston! Me suena... Está al sur, cerca de Utah, ¿no?

—Justo al lado. Pero cuéntame de ti, por favor. ¿Qué ha sido de tu vida en los últimos veinte años?

La camarera les sirvió la cena a ambos, y mientras les puso los platos delante, detuvieron la conversación.

—Tiene buena pinta, ¿verdad? —preguntó refiriéndose a la cena.

—Creo que no me he equivocado viniendo aquí —afirmó él, impaciente, esperando algo más que tan solo hablar de comida. Quería saber qué había sido de ella.

—Yo... cuando desapareciste pasé un buen tiempo castigada en casa sin salir.

—Lo siento.

—Bueno, ambos tuvimos nuestro castigo, ¿verdad?

—Así es.

—Luego me fui a estudiar a Montana, me gradué y no regresé, monté mi propio negocio.

—¿Estás casada? —preguntó directamente Mason.

—Divorciada, desde hace tres años. ¿Y tú?

—Me casé, pero las cosas no salieron bien.

—Lo siento.

Mason se encogió de hombros, dando a entender que la vida era así y que lo tenía más que asumido.

—¿Y qué pasó con tu negocio? ¿De qué era? Déjame adivinar, ¿eras pastelera? —bromeó.

Jane sonrió abiertamente con aquella ocurrencia. ¿Acaso tenía cara de pastelera?

—Gestionaba una oficina de bienes raíces.

—Pero eso es lo mismo que haces ahora. ¿Es tuyo el negocio? —preguntó con interés.

—No, aquí solo trabajo como una más. Mi oficina terminó mal. Tuvimos un fuerte contratiempo y todo se vino abajo.

—¡Vaya! —exclamó él.

—Así que lo dejamos y tiempo después también dejamos nuestro matrimonio.

—¿Tu exmarido era tu socio?

—Ajá —dijo introduciéndose una patata frita en la boca.

—Se ve que finalizasteis todos los negocios que teníais conjuntamente.

—Podría decirse así, sí —dijo en un tono triste, pensando en Zoe, no podía considerar a su hija como un negocio, pero se convirtió en lo único que hacía que Tyler y ella siguieran casados. Cuando la niña falleció, aquel matrimonio ya no tuvo ningún sentido e incluso verse mutuamente durante los primeros meses de su pérdida, les comenzó a hacer más mal que bien. El recordar lo que los había unido resultaba muy doloroso, y por eso finalmente había vuelto a Rexburg. Un lugar que Zoe no había conocido y en el cual no tenía recuerdos con ella.

El ánimo de Jane bajó considerablemente tras aquellas preguntas que le hicieron recordar a su hija fallecida. El recuerdo de Zoe le hacía pensar continuamente, en que le aterraba la idea de volver a ser madre, ni siquiera podía soportar la idea de salir con un hombre que tuviera hijos. Su pérdida había sido el dolor más desgarrador que había sufrido a lo largo de su vida, no deseaba que nadie pasase por ello. Nadie debía enterrar a un hijo.

—¿Estás bien? —preguntó Mason caminando a su lado de camino al coche. Había notado cierto mutismo y tristeza en ella casi a mitad de la cena.

—Sí, es solo que no me gusta demasiado recordar lo de los últimos años.

—Siento haber preguntado entonces —dijo, en cierto modo arrepentido.

—No, está bien. Son cosas que debo aprender a asumir —respondió con una sonrisa triste.

—Supongo que nos veremos mañana en tu oficina —dijo Mason cuando ambos llegaron a la puerta de la misma, donde tenían los coches aparcados.

—Tendremos que seguir buscándote casa.

—Eso creo —sonrió él, a sabiendas de que ya la había encontrado y de que le producía cierto gozo en su interior el saber que a ella le gustaba precisamente la que había elegido.

—Gracias por la cena —dijo ella.

—A ti por acompañarme, me ha encantado verte, Jane.

—A mí también —respondió con una sonrisa sincera.

Mason se adelantó y le dio un suave beso en la mejilla. Aquel encuentro había significado mucho para él, en cierto modo era una forma de reconciliarse con ella, con su pasado y con aquella ciudad. A continuación abrió la puerta trasera de su camioneta y tomó en sus manos el maletín y la bolsa del almuerzo de Jane.

—Te acompaño al coche —dijo él.

Jane desbloqueó el cierre y las luces brillaron, indicándole que era justo el vehículo que estaba delante del suyo. Mason abrió la puerta trasera y depositó los enseres en su interior para cerrarla después. Subió a su vehículo, bajó la ventanilla, se puso el cinturón y arrancó el motor.

—Hasta pronto —dijo al fin.

—Conduce con cuidado —respondió él y permaneció allí de pie hasta que vio cómo Jane se alejaba del lugar.



RECUERDOS DEL AYER

Veinte años atrás, Mason había sido un chico alto y desgarbado, con el cabello muy largo, del cual estaba más que orgulloso. Sí, en aquel entonces tenía una sonrisa fascinante, una mirada con la capacidad de derretir a cualquier chica y una conversación inteligente y divertida. Desde que los obligaron a separarse, había pensado que lo había idealizado en su mente, ya que ella solo tenía quince en aquel entonces, justo dieciséis la última vez que se habían visto. Pero después de tenerlo frente a ella esa noche, tanto tiempo después, se dijo que en absoluto lo había hecho. El Mason maduro era aún mejor que el Mason de diecinueve años. Y lo más increíble de todo era que la había reconocido en unos segundos, y, sin embargo, ella a él no. Se sintió especial por primera vez en mucho tiempo, y sin darse cuenta, se llevó la mano al lugar de la mejilla donde él la había besado.

—¡Comisión de cinco cifras! —le dijo una Naomi exultante al día siguiente en la oficina, enseñándole la oferta por la casa de Rodney Drive.

—¡La has vendido! —dijo abriendo la boca con sorpresa.

—Aún falta firmar, pero he hecho la oferta a los dueños y han aceptado.

—Eso es genial, Naomi.

—Es más que genial, creo que el año que viene podremos irnos de vacaciones a Europa —

aseguró, feliz.

—Me alegro por ti, esa casa era de mis favoritas. Si me hubieran dado el crédito que costaba quizá la hubiera comprado.

—Que sea de tus favoritas hizo que la vendiese ayer —dijo Naomi.

—¿Qué? —preguntó Jane frunciendo el ceño.

—Fue decirle a mi cliente que a mi compañera de la oficina le gustaba y el tipo se decidió enseguida. Y por cierto, no me habías dicho que lo conocías.

—¿Mason?

—Mason Stewart, sí. Ahora dime, ¿de qué lo conoces?

—Bueno... Mason y yo salimos hace muchos años.

—¡No! —exclamó una sorprendida Naomi y añadió bajando la voz—. ¿Te has tirado a ese bombón?

—¡Shhhhh! —silenció Jane a Naomi—. Solo éramos unos críos.

—O sea, que sí. ¿Y por qué demonios no me lo habías dicho?

Jane puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Naomi era imposible, estaba segura que un plan de emparejarla había surgido en la cabeza de su compañera.

—Porque no lo reconocí.

—Te aseguro que si yo hubiera estado con ese tipo me acordaría cada uno de los días de mi vida y lo reconocería a mil pies —dijo Naomi llevándose la mano al pecho de forma dramática.

—No tienes arreglo —dijo Jane, riendo.

—¿Le vas a pedir una cita? —preguntó Naomi comenzando su ofensiva.

—No.

—Ese hombre no está casado ni tiene hijos y tiene un buen crédito, te lo aseguro.

—Bien por él —desdeñó.

—Y además es el dueño de tu casa favorita en todo Rexburg.

—Mira, eso casi logra convencerme —bromeó Jane.

—¡Venga, Jane! No tienes que estar pensando en tu exmarido todo el tiempo.

—Sabes que Mason Stewart es un cliente, ¿verdad? ¿Qué diría Parker si se enterase? —preguntó Jane, dándole a entender que no estaría bien salir con él y mucho menos si llegaba a oídos de su jefe.

—Es un cliente mío, pero en unos días dejará de serlo.

Jane dejó de escuchar a Naomi, trataba de localizar sobre su escritorio una carta que había recibido el día anterior, pero que no había abierto. Había pensado que la había puesto en el bolsillo exterior de su maletín, pero la había buscado por la noche y no había sido así.

—¿Qué buscas? —preguntó Naomi rindiéndose, sabía que Jane no quería seguir aquella conversación.

—Una carta, era un sobre cuadrado, probablemente una felicitación de Navidad. ¿No habrás visto algo así por ahí?

—No, ¿era importante?

—Supongo que no. Esperaré un par de días más a ver si aparece por algún lado y si no llamaré para preguntar qué era, asumiendo mi error.

—¿De algún cliente? —quiso saber Naomi.

—No, de mi exmarido.

—Ahí tenemos de nuevo al viejo señor Davis —dijo como reproche.

Jane suspiró.

—Somos amigos.

—Ya.



LA INVITACIÓN

Ennis, Montana

Ashley Jones y Tyler Davis les invitan cordialmente a su enlace que se celebrará en el Lake Ennis Hostal el día 24 de Diciembre del presente año.

El alojamiento correrá de nuestra cuenta y estará disponible para que paséis con nosotros los días que estiméis oportunos durante toda la semana de Navidad.

Ashley & Tyler

¿Quién demonios eran Ashley Jones y Tyler Davis? Mason acababa de leer la carta que había encontrado en el asiento trasero de su camioneta al introducir una bolsa de compra para su nuevo hogar, del cual había recibido las llaves hacía solo un par de días. Frunció el ceño con la tarjeta en la mano y trató de pensar de dónde había salido. La introdujo de nuevo en el sobre y lo giró para comprobar que estaba dirigida a él. Su sorpresa fue mayúscula al darse cuenta que iba dirigida a Jane Davis, aunque la dirección era la de la oficina inmobiliaria.

—¿Tyler Davis? —se preguntó en voz alta. Aquel era el apellido de su exmarido.

Miró su reloj de pulsera y vio que no faltaba demasiado para las seis. Si se daba prisa podría llevarle la carta antes de que cerrasen la oficina ese día.

—¡Hola! —dijo él al verla salir de la oficina, apoyado en su camioneta, como la vez anterior que se habían visto, hacía ya al menos una semana.

—¡Mason! —le saludó ella, esbozando una sonrisa.

—No nos hemos visto —dijo él.

—Es una buena época de ventas, parece que todo el mundo quiere una casa en Diciembre —

se excusó ella.

—Yo ya tengo la mía —dijo él.

—Eso me ha dicho Naomi. Felicidades —respondió Jane, subiéndose las solapas del abrigo. La tercera semana de diciembre había comenzado y el invierno estaba a la vuelta de la esquina, como indicaba el gélido viento que soplaba esa tarde.

—Me preguntaba si te apetecería tomar algo caliente en la cafetería del otro día —la invitó.

Jane sopesó la invitación. Habían pasado siete días y había pensado que no lo volvería a ver, pero allí estaba de nuevo, esperándola a la salida de su trabajo, ese que la había mantenido tan ocupada, bajo el intenso frío de aquella tarde de diciembre.

—Claro, ¿por qué no? —respondió ella.

Mason sonrió y la invitó a subirse a la camioneta. Era cierto que estaba solo unas manzanas más allá, pero la tarde no era nada agradable para pasear, ni siquiera aquel corto trayecto.

Al llegar, Mason pidió dos chocolates calientes y no tardaron demasiado en servírselos. Una vez le dieron las gracias a la camarera, Mason sonrió y miró a Jane.

—La primera vez que tomamos algo juntos fue chocolate caliente, ¿recuerdas? —dijo él.

—Era verano —objetó ella.

—Pero la máquina de los batidos se había estropeado y estaba casi tan caliente como este —respondió él, divertido.

—Es increíble que recuerdes esas cosas —dijo Jane sonriendo a su vez.

—Estoy seguro de que tú también las recuerdas.

Jane disimuló una sonrisa detrás de su taza de chocolate llevándosela a los labios. Por supuesto que las recordaba, él no había podido imaginarse hasta qué punto recordaba cada cosa que habían vivido juntos.

—¿Todo bien con tu casa? —preguntó Jane, tratando de obviar cómo le hacían sentir aquellos recuerdos que tenía con Mason.

—Muy bien. Y que hayan incluido los muebles ha sido providencial. Están en un perfecto estado.

—Bueno, por lo que has pagado por ella no se podía esperar menos. ¿No tenías muebles propios?

—No, lo cierto es que no. Y seguro que de haberlos tenido no tendría tan buen gusto. Estoy convencido de que, si dejo ese tema en mis manos, podría llegar a cometer alguna aberración con la decoración. Me gustaría que me visitases algún día —dijo a bocajarro y observó cómo la sorprendía la invitación.

—Claro —dijo escuetamente ella, dejando descansar la taza sobre el plato.

—Me lo tienes que prometer —insistió él, dejando claro que no lo decía solo por un mero formalismo, realmente quería recuperar el contacto con ella.

—Te lo prometo —dijo sintiendo el confort del chocolate en su estómago.

Mason introdujo la mano en el bolsillo interior de la cazadora y sacó un sobre. Lo puso a un lado de la mesa, al alcance de Jane, que, tras un segundo de duda, no tardó en reconocerlo, ya que iba con su nombre y la dirección de la oficina.

—He encontrado este sobre en el coche, se debió caer de tu maletín el otro día. No sabía que era tuyo, así que por error lo he abierto, espero que no te importe.

—¡Llevaba días buscándolo! Y habría jurado que estaba en mi maletín. Gracias.

—Siento no haberlo visto antes, me he dado cuenta hace un rato.

—No importa, solo debe ser una felicitación de Navidad de Tyler, mi exmarido.

Mason tragó saliva, así que el tal Tyler era su exmarido y se iba a casar. ¿Lo sabría ella? ¿Por

qué la invitaba?

—Creo que deberías ver qué es —dijo Mason con un tono demasiado serio que no le pasó desapercibido a Jane. Ella tomó el sobre en sus manos, lo abrió y sacó la tarjeta del interior.

Jane primero palideció, después contuvo la respiración y más tarde tragó saliva y dejó la tarjeta encima de la mesa. Desde luego que no era una felicitación de Navidad. Tyler se casaba y lo que era aún peor, la invitaba a su boda. Y si así era, sabía que él no se iba a conformar con una excusa y que, si le había enviado la invitación, realmente quería que asistiera a la boda, aunque tuviera que mandar a alguien a buscarla.

—¿Estás bien? —le preguntó Mason con cuidado.

—Supongo que la has visto —dijo ella.

—Sí, lo siento.

—No importa. Lo cierto es que no me esperaba algo así. No de Tyler.

Y cuando lo dijo, no se refería a que se casara, que era algo que suponía que tarde o temprano iba a suceder, ya que Maggie, su exsuegra, le había dicho hacía un año que Tyler se había comprometido. Lo que le sorprendía era que fuese en Nochebuena, un día antes de la noche en la que Zoe, la hija de ambos, había muerto cuatro años atrás.

—Supongo que no tienes por qué ir —dijo suavemente Mason.

—Lo difícil es encontrar una excusa suficientemente buena para Tyler.

—Ya no estáis casados, no tiene por qué obligarte a ir si no quieres.

—Es... complicado —dijo ella de forma enigmática.

—¿Pasa algo con ese tío?

—No, lo cierto es que lo aprecio, pero... no sé, olvídale.

—Es algo violento, supongo —dijo Mason, comprensivo.

—Sí, sobre todo porque la última vez que me vio su prometida, yo estaba besando a Tyler.

—Un poco embarazoso.

—Mucho, la verdad.

—Entonces, ya la conocías.

—No realmente, sé que ella me vio, Tyler me lo contó con el tiempo. Faltó muy poco para que yo estropease su relación.

—Así que no piensas que te reciba con los brazos abiertos.

—Yo no lo haría. Además si me presento sola... da igual, Mason. No importa. Gracias por traerme la invitación. No tienes que escuchar estos problemas de cuarentona divorciada.

—Ha sido un placer. Te recuerdo que aquí el único cuarentón que hay, soy yo.

—Aún no —dijo ella, sonriendo y agradeciendo el cambio de tema.

—Me alegra ver que aún recuerdas mi cumpleaños.

—Claro que sí. El último día del año.

—Buena chica —sonrió él sorprendido, había pensado que Jane no recordaría aquel dato.

—Jane —le dijo una vez aparcó el coche al lado del de ella a la vuelta del restaurante. Tenía algo que decirle—. No sé si es atrevido por mi parte, pero ahora que somos adultos, me gustaría que fuésemos amigos. Después de tantos años no conozco a nadie en la ciudad o al menos no a gente con quien me gustaría relacionarme.

—Yo tampoco conozco a demasiada gente por aquí, aparte de a mis padres o Naomi.

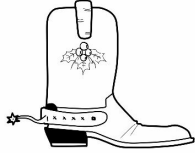
—No sé, ¿puedo llamarte? —preguntó Mason y se sintió como el chico de diecinueve años que le pidió salir a Jane Norris hacía más de media vida. Solo que ya ninguno de los dos era un adolescente ni le estaba pidiendo de salir, ¿o sí?

—Claro —respondió ella sacando de su bolso una tarjeta de visita en la que apuntó con bolígrafo su número personal antes de dársela.

—Gracias.

—Gracias a ti por traerme la carta y por el chocolate —dijo ella abriendo la puerta y saliendo del vehículo.

—Ha estado bien. Cuídate —le dijo antes de que ella cerrara la puerta del coche y se despidiera con la mano.



LA LLAMADA DE TYLER

Nada más regresar a casa esa noche, se dio una ducha y tomó una cena frugal. Poco tiempo después, el teléfono comenzó a sonar. Era Tyler. Se sentó en el sofá dispuesta a hablar con él, sabía que su conversación giraría en torno a aquella invitación.

—Ty —lo saludó.

—Jane, ¿cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien, bueno, un poco liados por aquí con los preparativos, ya sabes.

—Felicidades, Ty. Deseo de verdad que seas muy feliz.

—Gracias, Jane. Sabes por lo que te llamo.

—No puedo ir, Tyler —le dijo en tono firme.

—Sé que tienes toda esa semana de vacaciones, tú misma me lo dijiste.

—Sí, pero tengo que hacer algunas cosas aquí que...

—No tienes nada que hacer. Ambos lo sabemos —la interrumpió—. Quiero que vengas.

—Tyler, vas a empezar una nueva vida. No me necesitas en absoluto.

—Quiero que estés bien, Jane.

—Estoy bien —mintió.

—Te conozco.

—No creo que a tu futura esposa le haga ilusión verme ese día. No después de lo que hice.

—Eso es agua pasada, ella también quiere que vengas.

Jane lanzó una carcajada.

—Venga ya, Tyler.

—A mis padres les gustará verte —volvió a la carga él.

—Puedo ir a verlos en otro momento del año.

—No quiero que estés sola en Navidad —le dijo Tyler.

—No estaré sola.

—Sé que tus padres se han ido a Bahamas de viaje todo el mes.

—Es que... salgo con alguien —mintió de repente.

—¿Ah sí? —dijo un sorprendido Tyler—. Eso es genial. ¿Cómo es?

—Es un... Alguien que conocí en el pasado.

—Tráelo. Venid los dos.

—¿¡Qué!?

—Que lo traigas.

—Es un desconocido para ti —alegó ella.

—Pero no para ti. Si te hace feliz, me gustará ese tío.

—¿Sabes que estamos divorciados? —preguntó ella, tratando de que en algún momento lo sorprendiera la lógica de lo raro que podía resultar aquello.

—¿Recuerdas que somos amigos? —le dijo él.

—Pero prefiero que continuemos con nuestra amistad en otro momento que no sea la semana de tu boda.

—Jane, hagamos una cosa. Ven a principio de semana. Quiero que veas el hostel, que te relajes, que pases unos días con nosotros, tráete a tu novio. Considéralo una escapada romántica de un par de días con él. La boda es el jueves, si no te apetece quedarte, dejaré que te vayas y no diré nada al respecto. ¿Qué te parece la oferta?

Jane lo pensó unos instantes. No era lo que más le apetecía del mundo, pero sabía lo insistente que podía llegar a ser Tyler. Era un buen trato, podía ir el lunes y volver el miércoles. Todos felices.

—Está bien, pero quiero que te hagas a la idea de que probablemente no voy a estar el día de tu boda, creo que es algo íntimo que a tu prometida le gustará disfrutar sin mi presencia.

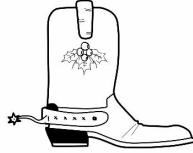
—Como tú quieras, ya hablaremos.

Jane se dijo que esta vez no iba a ceder y que no pensaba estar en ese momento allí. Iría a verlos, les desearía lo mejor, se disculparía con su prometida, pero poco más.

—Hazte a la idea, Tyler —amenazó ella.

—Nos vemos el lunes —dijo él antes de colgar.

Jane miró el teléfono un momento antes de ponerlo sobre la mesa. Le acababa de decir a Tyler que salía con alguien. ¿Desde cuándo le mentía? Quizá desde que sabía que él había encontrado a alguien y que iba a rehacer su vida de nuevo y ella no. Ella ni siquiera se planteaba aquel escenario, por lo menos hasta dentro de más de diez años, cuando no existiese la mas mínima posibilidad de que pudiera tener hijos, ni ningún hombre se atreviera a hablar de aquel tema con ella.



SADIE

—¡Hola, papi! —dijo la voz de su pequeña de seis años al otro lado de la línea telefónica.

—¡Hola cariño! —respondió él—. ¿Cómo lo estás pasando con los abuelos?

—El abuelo me ha regalado un caballo pequeño y me está enseñando a montar —dijo la niña, ilusionada.

—Ten mucho cuidado —respondió él.

—Los abuelos me cuidan y me dan un montón de galletas. La abuela y yo estamos haciendo muchas galletas de jengibre para los tíos y para Navidad. ¿Vendrás en Navidad, papi? —quiso saber ella.

—No, cariño, sabes que este año no puedo. Estoy en otra ciudad y voy a comenzar un trabajo nuevo.

—Jooo... te echo de menos, papi.

—Yo también, cariño. Pero te prometo que pasaremos las vacaciones de verano juntos.

—¿En serio?

—Claro que sí.

—Vale. El abuelo quiere hablar contigo. Hasta pronto.

—Vale cariño, cuídate mucho y un beso grande.

El silencio se hizo al otro lado de la línea y una voz seria dijo:

—Mason —dijo la voz hosca de su exsuegro.

—Drew —respondió él con seriedad.

—La niña está bien, está aprendiendo a montar, pero siempre voy con ella.

—Gracias —respondió Mason. Aunque la relación con él no fuera todo lo amable que había sido hacía años, sabía que Sadie estaba en las mejores manos, que sus exsuegros la cuidarían bien.

—¿Ya tienes casa? —volvió a preguntar Drew.

—Sí.

—¿Has comenzado a trabajar?

- En unas semanas.
- Bien. No le debe faltar nada a la niña —respondió seco.
- Eso trato —dijo Mason.
- Podrás recogerla después de las fiestas.
- Bien.
- Hasta luego.

Oyo cómo Drew colgaba la llamada. Le entristecía ver hasta dónde habían llegado las cosas en su relación. En el pasado siempre se había llevado bien con ellos, pero en cuanto se separó de Olivia, todo cambió, y cuando ella murió, lo culparon también por ello, haciendo imposible la convivencia y que siguiera trabajando en el rancho familiar. Lo sentía por Sadie, que solo disfrutaría de sus abuelos maternos en algunas vacaciones, como aquellas. Aunque no podría ser siempre así, era su hija y la quería con él. Ellos eran conscientes de que en enero ella comenzaría en un nuevo colegio en Rexburg y la tendría con él.

La Navidad no era una época del año que le gustase particularmente a Jane, le recordaba demasiado a lo que había sucedido cuatro años atrás y, sin embargo, acababa de comprar una gran maceta de flor de pascua roja para llevarle a Mason como regalo esa tarde. Solo tres días después de que se hubieran visto por última vez, él había insistido en que cenasen juntos para enseñarle la casa nueva, y ella había aceptado, aunque ambos sabían que Jane conocía perfectamente la vivienda.

- ¡Ey! ¡Hola! —le dijo Mason con una sonrisa en los labios al abrir la puerta.
- ¡Hola! —respondió ella, devolviéndole la sonrisa y entregándole la maceta.
- No tenías que traer nada, pero gracias. Quedará genial. Pasa —le dijo cerrando la puerta.
- Es solo un detalle festivo para la casa.
- Puedes dejar el abrigo por ahí, antes de que se quemé la salsa —dijo corriendo hacia la cocina con la planta en la mano.

Jane dejó el abrigo en el perchero que había cerca del vestíbulo. La casa estaba tal cual la recordaba. Lo cierto era, que, a pesar del elevado precio de la misma, era muy cómodo que estuviera decorada con tan buen gusto. Lo único que había cambiado, era que ahora tenía un suave aroma a galletas.

- ¿Has hecho galletas? —le preguntó al llegar a la cocina.
- Sí, de canela —respondió él esbozando una sonrisa hacia ella mientras removía la salsa.
- ¿En serio? No te veía en ese plan —bromeó, sentándose en uno de los taburetes de la isla central.
- Nos hemos perdido mucho el uno del otro —dijo él guiñándole un ojo—. ¿Una copa de vino?

—De acuerdo —respondió mirando a su alrededor. Le encantaba aquella casa, se alegraba de que al final hubiera caído en manos de alguien que conocía.

Mason descorchó una botella de vino que tenía en un refrigerador vinoteca, sacó dos copas grandes de un armario y lo sirvió, poniéndole delante una de ellas.

- ¿Te puedes creer que hasta las copas venían con la casa? —dijo él alzando la suya.
- Jane rio con el comentario y alzó la suya para brindar.
- Brindemos por tu casa que venía equipada con copas de vino —bromeó y él chocó la copa con la de ella uniéndose a aquel brindis antes de beber.

—Podrás pensar que es broma, pero me ha ahorrado mucho tiempo del que habría destinado a mudarme.

—¿Has comenzado a trabajar? —preguntó ella.

—No, solo he ido un par de días sueltos. El viejo capataz no me quiere merodeando por allí hasta que quede poco tiempo para jubilarse. Creo que lamenta tener que dejar el puesto.

—¿Capataz? ¡Wow! —se sorprendió ella.

—Sí, es un buen puesto. La oferta ha sido una bendición justo en este momento.

—¿Por tu separación? —preguntó ella.

—Algo más complicado que eso. Mi mujer murió hace unos meses —dijo él.

—¡Oh, Dios! Lo siento —dijo sorprendida por la noticia.

—En realidad hacía más de un año que nos habíamos separado, aunque no habíamos firmado los papeles, no había nada oficial en ese momento.

—Así que legalmente eres viudo.

—Ajá. Luego las cosas comenzaron a complicarse en mi trabajo y decidí volver a los orígenes cuando me ofrecieron este empleo, justo en el momento indicado.

—Cuando parece que todo está perdido, aparece una luz en el horizonte, ¿verdad?

—Así es —convino él, mientras echaba la pasta en el agua hirviendo—. Espero que nada se tuerza en adelante, porque si te digo la verdad, ha salido todo muy rodado. No tardé nada en encontrar esta casa y ya estaba amueblada, así que el tiempo que tenía pensado a dedicar en instalarme o arreglar algún desperfecto, se ha reducido drásticamente. Me había tomado un mes para ello, pero lo he hecho en un par de semanas.

—Creo que es un buen augurio que significa que en adelante todo va a ir bien —dijo ella bebiendo de su copa de vino.

—Además... me he vuelto a encontrar contigo —le dijo Mason, dejando de lado la cena para mirarla unos segundos a los ojos. Le pareció que estaba especialmente bonita esa noche.

—Sí, eso ha estado bien —dijo ella conteniendo la respiración mientras sonreía de forma tímida. A ella también le gustaba haberlo encontrado.

—Espero que no te importe cenar pasta —dijo metiendo la cuchara en la salsa para removerla una última vez antes de retirarla del fuego. La salsa hizo una burbuja grande al hervir y le salpicó en la camiseta que llevaba puesta, manchándolo—. ¡Oh, mierda!

Jane se levantó y cogió enseguida una servilleta de papel para ayudarlo con la mancha. Él cogió la servilleta y trató de limpiarse, pero aquello no la iba a eliminar. Dejó la servilleta a un lado y se quitó la camiseta quedando con el torso al desnudo mientras se dirigía al fregadero para echarle jabón antes de llevarla al cesto de la ropa sucia.

Jane no podía salir de su asombro viendo cómo el cuerpo de Mason también había cambiado en los últimos veinte años. No existía en él un solo gramo de grasa, su estómago era duro y sus músculos estaban definidos, sin lugar a dudas, fruto del trabajo duro de un rancho.

—Dame un segundo, voy a por otra camiseta —le dijo él, cruzando sus miradas.

—Vale —acertó a decir ella, apurando de nuevo otra copa de vino, a la vez que observaba cómo desaparecía de la habitación—. ¡Wow!

Vio una manopla de cocina sobre la encimera y no resistió la tentación de darse algo de aire con ella, y así la descubrió Mason al bajar de nuevo con una camiseta limpia ya puesta.

—¿Está muy alta la calefacción? —dijo él al encontrarla, con los ojos cerrados, dándose aire en el rostro.

—¡Oh, no! Creo que he tomado demasiado vino y aún no hemos cenado —respondió ella disimulando. No dudaba que el vino hubiera jugado su parte, pero ver en primera fila lo tremendo que estaba el Mason de treinta y nueve años, desde luego que había sumado en el calor que le subía repentinamente a la cara. Se dijo que no debía confundir las cosas, que Mason solo quería

ser amable, que acababa de llegar a una nueva ciudad y quería hacer amigos, o en su caso, recuperar viejos amigos. Aunque ellos precisamente no habían sido solo amigos en el pasado. Sacudió su cabeza mentalmente y se dijo a sí misma, que el hecho de que, tras su divorcio, no había tenido un hombre semidesnudo tan cerca, había sumado a su reacción. Bendita salsa de tomate...

—Puede ser buena idea cenar y llenar el estómago —opinó él—. La pasta está lista.

—Perfecto —respondió Jane, algo repuesta del súbito calor.

Durante la cena continuaron hablando de temas banales, de su vuelta a Rexburg, y decidieron tomar el café y las galletas de canela en el salón frente a la chimenea de la casa sentados en el sofá.

—¿Ya le has dicho a tu exmarido que no vas a ir a su boda? —preguntó Mason queriendo saber en qué había quedado aquello.

Jane hizo una mueca con la boca, dando a entender que las cosas no habían salido todo lo bien como lo había previsto en principio. Mason frunció el ceño, esperando una mínima explicación.

—La cosa es... que tengo que ir. Sé que es capaz de enviar a alguien a buscarme si no me presento —confesó ella.

—¿Pero le dijiste que no?

—Se lo dije, pero con Tyler no es suficiente. Quiere que vaya.

—No lo entiendo —dijo Mason confuso.

—Tyler y yo... pasamos situaciones complicadas a lo largo de nuestro matrimonio y... nos unió, más como amigos que como pareja y... creo que ahora no puedo decirle que no.

—Entonces, ¿piensas ir?

—Sí, pero le he dicho que solo estaré un par de días y luego me vendré justo antes de la boda —dijo Jane levantando un dedo convencida de aquello.

—Entonces es una decisión tomada —respondió Mason.

—Sí, pero... —comenzó a decir ella, para después dejarlo en el aire.

—¿Pero?

—Cuando intenté librarme de ese compromiso le dije que estaba saliendo con alguien. —Jane se llevó la mano a la frente tapándose los ojos.

—¿Y? —preguntó Mason.

—Que no es cierto, le mentí y se ha empeñado en que me lleve a ese *alguien*.

—Puedes decir que habéis cortado.

—Y entonces le aguaría la boda, se preocuparía por mí... ¿Por qué demonios se me ocurrió mentir?

—Di que ese tío tiene trabajo y no puede dejarlo. ¿Cuál es el problema? —Mason no entendía.

—Primero que jamás le he mentado a Tyler —dijo mientras Mason sonreía con aquel dato—. Y segundo, que no quiero ir sola.

—¿Y esto es por...? —preguntó Mason, dejando la pregunta inconclusa.

—No sé, no quiero que sienta pena por mí. Hace cuatro años que... —a punto estuvo de decir lo que había pasado con Zoe, pero no era el momento de contarlo—, bueno, casi cuatro años desde que nos divorciamos. Él ha rehecho su vida y yo... bueno... yo... no.

—No quieres parecer una perdedora —sentenció Mason, comprendiéndola.

—No lo sé. Mi orgullo, el querer que no se preocupe por mí, que su prometida no me vea como una amenaza... no sé, Mason, no sé cual de todas esas opciones tiene más peso.

—Y... —comenzó a decir Mason, ideando un plan en su mente—. ¿Qué te parece si un amigo te acompaña ese par de días que vas a estar allí?

—Pues no sé quién. No le voy a pedir prestado el marido a mi amiga Naomi, que sinceramente, por el momento es la única persona con la que tengo la suficiente confianza como para hacer eso. Aunque desde luego, esa opción está fuera de toda discusión —relató ella mirando la taza de café antes de depositarla sobre la mesilla y mirar a Mason.

—No, creo que no es conveniente pedirle el marido a Naomi. Me refería a otra persona, un viejo pero reencontrado nuevo amigo —dijo él con una mirada divertida que enseguida interpretó Jane.

—¡No! —dijo ella.

—¿Por qué no? —Mason frunció el ceño.

—Porque creo que ya eres suficientemente amable escuchando toda esta metedura de pata que he montado yo solita por mentir a mi exmarido. Tendré que asumir mi mentira y a ver si aprendo a no ser tan bocazas en el futuro.

—Resulta que quiero ser más amable contigo.

—No sería justo.

—Piénsalo, es muy posible que nos lo pasemos bien, antes hacíamos cosas divertidas.

—Antes teníamos quince y diecinueve años.

—Y ahora tenemos veinte más y nuestros padres no pueden decirnos qué debemos hacer o qué no, ni si podemos o no pasar tiempo juntos.

—Tendrás otras cosas mejores que hacer en vez de venir a Montana conmigo, te acabas de mudar.

—No tengo nada más interesante que hacer que ir a la tierra de las montañas brillantes la semana de Navidad contigo.

—¿No visitas a tus padres? —preguntó ella frunciendo el ceño.

—Pasé con ellos Acción de Gracias.

—Los míos están en Bahamas —aseguró fastidiada—. Esa habría sido una buena excusa si Tyler no supiera que no están aquí.

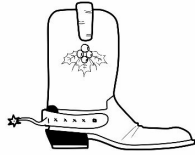
—¿Ves? Es perfecto, de nuevo todo sale rodado. A menos que... —dejó caer él.

—¿Qué?

—Que no quieras que vaya contigo a Montana. Y en ese caso lo entenderé.

—No quiero fastidiarte la semana, pero lo cierto es que no tengo ningún inconveniente en que vengas, de hecho, creo que me encantaría que vinieras conmigo. —dijo sonrojándose un poco, algo que no le pasó desapercibido a él, que también sonrió.

—¡Montana allá vamos! —exclamó Mason introduciéndose una galleta de canela en la boca.



HACIA EL LAGO ENNIS

—Estoy completamente loca —dijo Jane nada más presentarse esa mañana en casa de Mason.

—Buenos días a ti también —dijo él divertido. No se le escapaba que Jane estaba nerviosa —. Venga, Jane, lo pasaremos bien, estoy seguro. Tyler parece buena gente. Y su prometida debe serlo si le parece bien que vayamos. Relájate un poco y disfruta.

Habían acordado ir en el coche de ella, algo que no terminaba de convencer a Mason, ya que en caso de nevadas, algo muy común en esa época del año, podría resultar más segura su camioneta. Pero aceptó.

—Es fácil decirlo cuando no eres tú el que te presentas en casa de tu ex con una mentira sobre los hombros.

—¿Conduces tú o lo hago yo? —preguntó Mason una vez hubo metido la maleta en el coche, obviando toda la preocupación que tenía ella, imaginaba que en cuanto llegasen se relajaría. El tal Tyler no podía ser tan malo.

—Si no te importa, lo haré yo, o me volveré loca en el camino —dijo ella.

—Todo tuyo —le dijo con una reverencia mientras le señalaba la puerta del conductor y él iba a la del copiloto—. Yo iré disfrutando del paisaje.

Setenta millas y mucho paisaje de Idaho más tarde, a punto de entrar en Montana, por fin logró relajarse un poco al volante de su coche.

—Lo siento, Mason —se disculpó.

—¿Por qué? —preguntó, distraído.

—He estado muy desagradable cuando hemos salido.

—Estabas hecha un manojo de nervios. Por un momento he temido por mi integridad en este vehículo —dijo él con una nota de humor.

—Me relaja conducir.

—Por mí puedes relajarte todo el tiempo que desees.

—Gracias —se alegraba de que Mason lo tomase así.

—Todo va a ir bien, Jane. Y si algo no sale bien, busquemos otro hostel y listo —dijo siendo

práctico.

—Parece fácil.

—Lo será —dijo Mason, y ella quiso creerlo. Al menos lo iba a tener a su lado, no se iba a presentar sola, que ya era mucho.

Hora y media más tarde entraban en la zona del lago Ennis y Jane aparcó junto a la camioneta que reconocía como la de Tyler. Al parecer, él estaba allí. Respiró hondo y bajó del coche, seguida por Mason, que abrió el maletero y sacó las maletas de ambos.

El entorno del lago era espectacular, cubierto de nieve que podía llevar allí varios días o incluso semanas, pues no parecía haber nevado en las últimas horas en la zona. El agua del lago estaba helada, como era normal en aquella época en la que los termómetros ofrecían valores negativos todos los días en Montana.

—Tiene que ser un bonito lugar para veranear —dijo Mason.

—Lo es —confirmó Jane, que recordaba haber estado por allí años atrás en verano, cuando el hostel estaba lleno y los niños chapoteaban en el agua, felices.

Cuando entraron en el edificio principal, ambos dejaron las maletas al lado de la puerta y se dirigieron hacia la recepción, una mujer rubia de pelo largo y curvas contundentes los miró y salió de la misma, encontrándolos a medio camino.

—¡Bienvenidos al Lago Ennis! —les dijo con una sonrisa.

Jane notó cómo su gesto cambió y supo que debía ser la prometida de Tyler y que la había reconocido.

—Soy Ashley —se presentó la mujer rubia—. Y creo que no me equivoco si creo que tú debes ser Jane.

—Sí, soy Jane —respondió ella tragando saliva, volvía a estar nerviosa.

—Yo soy Mason —intercedió él, notando la tensión en Jane.

—Bienvenidos, os estábamos esperando. Puedo acompañaros a vuestra habitación, pero... dadme un momento, por favor —dijo mirando hacia la zona de la recepción, donde se dirigió—. Por cierto, chicos, estáis bajo el muérdago.

Jane y Mason miraron encima de sus cabezas y sobre ellas estaban colgando unas ramitas de muérdago.

—Tendríamos que cumplir la tradición, ¿no crees? —le preguntó Mason con una mirada intensa y divertida a la vez.

—¿Tú crees? —respondió esbozando una sonrisa, sabiendo que le encantaría hacerlo.

—¡Jane! —Oyo la voz de Tyler llamarla y dirigió su atención hacia él. Lo vio salir de la puerta por la que había entrado unos segundos antes Ashley que ahora, lo seguía.

Jane se dijo que más tarde tendría que averiguar qué le estaba sucediendo con Mason. De pronto había sentido una fuerte atracción por él, y si no hubiera sido por la interrupción de Tyler, lo hubiera besado de buena gana.

—¡Tyler! —respondió ella tratando de recomponerse.

—No sabes cuánto me alegro de que estéis aquí —dijo feliz. Véía bien a Jane, eso lo había preocupado, sabía que las fechas no eran demasiado agradables para ambos y no había querido de ninguna forma que las pasara sola, a pesar de que justo en esa semana se iba a casar con Ashley. Sabía que siempre se sentiría de alguna forma responsable de ella, porque los uniría el recuerdo de Zoe, a pesar de que la pequeña ya no estaba con ellos.

Tyler abrazó con cariño a Jane durante unos instantes, ella permaneció algo tensa, sabía que Ashley los observaba.

—Creo que ya habéis conocido a Ashley, mi prometida —dijo poniendo un brazo de forma cariñosa y protectora alrededor de ella.

—Sí, así es. Deseo de verdad que seáis muy felices —dijo Jane, siendo sincera, tratando de demostrarle a la mujer que lo suyo con Tyler era historia y que no suponía ninguna amenaza.

—Gracias —respondió esta esbozando una sonrisa—. Estamos encantados de que nos acompañéis estos días. Para Tyler era muy importante que estuvierais.

—Lo sé, ha sido realmente insistente —dijo Jane—. Os presento a Mason Stewart.

—Tu novio —dijo Tyler tendiéndole la mano.

Los dos hombres estrecharon cordialmente sus manos, ambos eran de similar estatura y complexión.

Jane no sabía dónde meterse, Mason sabía su papel y estaba segura de que hasta le parecía divertido interpretarlo, pero a ella le daba vergüenza mentirle de aquella forma tan descarada a Tyler.

—Es un placer. Jane me ha hablado mucho y bien de ti.

—Eso es agradable viniendo de parte de tu exmujer —bromeó Tyler con Mason, que le causó buena impresión—. Puedo acompañaros a vuestra habitación.

—Yo prepararé té y café, supongo que querréis tomar algo caliente —dijo Ashley permaneciendo abajo mientras el resto subía.

—Os hemos preparado esta habitación, en realidad son dos unidas por un salón central, pero como las teníamos libres, pensamos que así podríais tener más espacio, podréis elegir dónde o cómo dormir y tendréis dos baños disponibles —dijo Tyler entrando en el salón.

—Podríamos habernos arreglado con algo más sencillo, Ty —dijo Jane asombrada por la habitación que les había asignado, aunque aliviada, de poder contar con dos camas ya que ese tema le inquietaba de alguna forma para con Mason.

—Estaba libre y pensamos que la disfrutaríais vosotros mucho más que el resto de invitados, simplemente —dijo Tyler encogiéndose de hombros, como si aquello no tuviera la más mínima importancia.

—Es más que probable que recomiende este lugar a mis amigos, Tyler, gracias —dijo Mason.

—Un placer. Ahora os dejo para que os instaléis, pero no os olvidéis de bajar a tomar algo con nosotros. El resto de invitados no llegará hasta mañana o pasado.

—Gracias —respondió Jane a la vez que Mason hacía un asentimiento con la cabeza.

—Creo que puedo decir que es buen tío —dijo con convencimiento Mason acerca de Tyler una vez este se hubo ido de la habitación—. Solo nos queda deshacer las maletas. ¿Qué habitación prefieres?

—Me da igual —dijo ella sentándose en el sofá del saloncito central.

—Lo peor ha pasado —aseguró Mason.

—¿Seguro? —preguntó Jane.

—Hemos roto el hielo, todos nos conocemos y estamos instalados.

—Y esa mujer me odia por lo que hice —se lamentó.

—No te odia. Y si te preocupa tanto, háblalo con ella. Tenemos unos días por delante. Disfruta, ¿vale?

—Vale —dijo Jane, forzando una sonrisa, sabiendo que Mason tenía razón y sintiéndose culpable a la vez. Tenía que agradecerle que la hubiera acompañado y debía empezar por no mostrarse tan pesimista, y que al menos, uno de los dos, pudiera disfrutar aquellos días en Ennis.

Jane bajó a recepción antes que Mason y se encontró con Tyler preparando la mesa de uno de los salones abiertos en la planta baja, para tomar el té que les habían prometido.

—¿Cómo estás? —preguntó Jane.

—Nervioso, me caso dentro de cuatro días —respondió él a la vez que sonreía.

—Va a ser muy distinto a cuando lo hicimos nosotros —dijo Jane recordando su boda. Solo llevaban dos testigos y lo hicieron en una oficina del ayuntamiento de Helena. Ella estaba embarazada y decidieron que era lo mejor por el bien del bebé.

—Sí, bueno, esta vez lo saben nuestras familias —dijo él, recordándolo.

—Y estás loco por ella.

—Sí. Lo siento, Jane —dijo él, apoyándose en la mesa. Se disculpaba no por amar a su ahora prometida, sino por no haberla amado a ella en su momento.

—No lo hagas, Ty. Un matrimonio no se mantiene solo con una amistad y un poco de atracción.

—Te fallé.

—Y yo a ti, recuerda que era cosa de dos. Y me hace feliz ver que has encontrado a alguien. Te lo mereces.

Tyler sonrió hacia ella, sabía que le decía la verdad y que realmente así lo sentía.

Mason había tardado solo un minuto más que Jane en bajar, pero cuando vio la charla que mantenían ambos, decidió detenerse al pie de la escalera y no interrumpirlos. No sería buena idea hacerlo, estaba seguro de que tenían algún asunto pendiente, en caso contrario Tyler no habría insistido tanto en que fuese Jane ni Jane hubiera ido. No los escuchaba, ya que hablaban en voz queda y el hilo musical del hostel emitía canciones instrumentales, pero su lenguaje gestual indicaba que se apreciaban algo más que dos simples ex.

—Y aquí llega el café y el té, chicos —dijo Ashley entrando en el salón con una bandeja que enseguida Tyler le quitó de las manos para comenzar a servir. Mason apareció unos segundos después con una sonrisa y le pasó un brazo por los hombros a Jane antes de tomar asiento en los sofás.

—No sé si será inoportuno —dijo Mason dirigiéndose a la otra pareja—. Pero nadie me ha contado dónde os conocisteis.

—En mi casa —dijo Tyler dirigiendo una mirada tierna a Ashley.

—En realidad yo trataba de huir de la Navidad en Helena y había reservado habitación justo en este hostel, pero me salí de la carretera bajo una de las peores tormentas de nieve que recuerdo. Nadie pasó por allí en varias horas y el teléfono no obtenía red. Vi humo bajo la ventisca y me encaminé hacia allí. Era la casa de Ty —relató Ashley bajo la atención de todos los presentes. A Tyler le encantaba escuchar la historia y contarla.

—Impresionante —dijo Mason.

—Me salvó de morir helada, no había nada más alrededor.

—Yo también me quería aislar de todo lo que es la Navidad y hacía muy poco que me había comprado aquella casa en medio de la nada, así que decidí usarla. Pero de repente pasé de estar solo a encontrarme con esta preciosidad pidiendo refugio en mi puerta —añadió Tyler.

—La tormenta siguió durante unos cuantos días más y pasamos las fiestas allí, aislados, conociéndonos.

—Para cuando dejó de nevar y se abrieron las carreteras yo ya estaba loco por ella —apuntó Tyler con una sonrisa.

—¡Es una historia fantástica! —exclamó Mason—. Supongo que decidiste quedarte y te gustó este hostel.

—Bueno, fue algo más complicado. Hubo un... malentendido entre nosotros —dijo Ashley recordando la intromisión de Jane sin ahondar en ella—. Volví a Helena un tiempo antes de reencontrarnos.

—Aún así, es una gran historia. ¿No crees, Jane? —dijo Mason.

—Es una historia preciosa, me alegro mucho por vosotros —aseguró Jane, sabiendo que el malentendido había sido ella.

Tyler miró la hora en su reloj y decidió que debía ir al rancho, había quedado con su padre para planificar una obra de mejora en la propiedad. Su tiempo se dividía entre el rancho y el hostel, aunque Ashley se ocupaba de él de forma tan eficiente que no lo necesitaba en absoluto.

—Me están esperando en el rancho —dijo Tyler apurando la taza de café y besando a su prometida en los labios antes de levantarse.

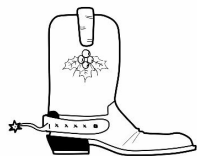
—¿Cómo están todos? —quiso saber Jane.

—Bien, deseando verte de nuevo —le dijo—. Deberías pasar por allí un día de estos.

—Salúdalos de mi parte —dijo Jane sonriendo. A pesar de la relación tan cercana que había tenido con los Davis, en especial con Maggie, su exsuegra, no sentía que fuera oportuno hacerles una visita en ese momento concreto.

—Lo haré. Espero que aprovechéis la semana, hagáis un poco de turismo por la zona y os relajéis, ya que parece que de momento no va a nevar.

—Es algo que le he prometido a Jane —dijo Mason, mirándola.



AL DESCUBIERTO

Jane y Mason pasaron el resto de la mañana en McAllister donde almorzaron, y la tarde la dedicaron a pasear por el bosque en las inmediaciones del lago. Para cuando llegaron de nuevo al hostel, el sol comenzaba a ponerse. Lo habían pasado bien y se dijo que quizá no había estado nada mal llevar a Mason consigo en ese viaje.

—Dame un segundo, necesito algo del coche —dijo Jane recordándolo en el último momento al entrar en el hostel.

—¿Te acompaño? —se ofreció Mason.

—No, ve dentro, no tardaré nada.

—Veré si puedo conseguir dos chocolates calientes.

—Eres genial —respondió ella con una sonrisa antes de salir.

Para cuando cogió el cable de carga de su teléfono móvil, se encontró con Tyler aparcando su camioneta justo al lado.

—¿Un día duro? —preguntó.

—Algo duro —respondió el hombre que tenía bastantes salpicaduras de barro en su ropa—. ¿Qué tal por aquí?

—Hemos estado en McAllister y más tarde hemos dado un paseo por el bosque —respondió ella encaminándose hacia la casa al lado de su exmarido.

—Me alegra que disfrutéis del entorno, esa era la idea.

—¿Cómo lo sabías? —inquirió ella. Había algo que le llevaba rondando todo el día la cabeza.

—¿Cómo sabía el qué? —preguntó un confuso Tyler.

—Venga ya, Ty. ¿Una habitación con dos camas? Para que estemos más cómodos, ¿no?

Tyler sonrió y se detuvo mirándola un par de segundos.

—Que nuestro matrimonio no funcionase no significa que no sepa cuándo me mientes, aunque es algo que no solías hacer. La cosa es que me sorprendí de verdad cuando me confirmaste que traías a alguien. No pensaba que llegarías hasta el final.

—¿Y me has dejado hacer el ridículo? —dijo Jane algo molesta.

—En realidad no, me he dado cuenta de que parece que te sientes más segura con ese tipo al lado. Así que si tú estás bien, yo estoy bien. Lo demás no importa.

Jane suspiró. ¡Tyler y su instinto protector!

—Por cierto, ¿de dónde lo has sacado?

—¿Recuerdas de cuando te hablé de mi primer novio?

—Vagamente.

—Es él, es Mason.

—¡No!

Jane se encogió de hombros.

—Sí.

—Y te gusta —afirmó Tyler.

—Un poquito —dijo ella señalando un trozo imaginario con los dedos a la vez que se sonrojaba.

Tyler soltó una carcajada. Se alegraba por Jane.

—Voy a darte una buena noticia, por como te mira ese tío, tú a él también —le dijo en tono confidente antes de llegar a la puerta del hostel.

Tyler se dio una ducha y bajó a cenar con el resto en el comedor. Ashley era una fantástica cocinera y les deleitó con un asado y hortalizas frescas que compraba en el pueblo.

—¿Y vosotros cómo os conocisteis? —quiso saber Ashley a mitad de la cena.

—Bueno... debió ser... —Mason hizo memoria... en el año 2000, en verano.

—¿En serio? —preguntó Ashley, sorprendida.

—Totalmente en serio. Ella era la chica más bonita del campamento de verano que organizaron ese año en Rexburg. Y yo era un idiota tímido escondido tras una melena. Sabía de caballos, de tractores, de cultivos, pero era un auténtico negado socializando. Por eso me apuntaron.

—Me dio ternura —añadió Jane.

—En realidad creo que le di pena y se acercó a mí. Y os puedo decir que desde ese momento aprendí a socializar, sobre todo con las chicas —bromeó él y Jane le dio un puñetazo en el brazo que hizo que todos rieran.

—Es una historia muy bonita —dijo Ashley.

—Lo es —convino Mason antes de mirarla a los ojos rememorando aquel año—. Me enamoré de ella enseguida, como solo un adolescente puede hacerlo, y nos convertimos en inseparables durante todo el verano.

—¿Y luego que pasó? ¿Por qué os separasteis? —quiso saber Ashley.

—Bueno... digamos que terminamos haciendo algo que no teníamos que hacer y nuestros

padres se enteraron —dijo ella.

—Digámoslo más claro —intervino Mason—. Nos acostamos. Yo tenía cuatro años más que ella y cuando tienes quince y diecinueve, cuatro años parecen un abismo.

—Yo tenía ya dieciséis cuando lo hicimos —aclaró Jane.

—Pero para ellos era como si sigieras teniendo quince y yo fuera un corruptor de menores —añadió Mason mirándola un segundo—. Así que, nos obligaron a separarnos.

—Oh, Dios, ¡Qué triste! ¡Y a esa edad! —exclamó Ashley.

—A mi me castigaron durante muchos meses sin salir de casa y me vigilaban cuando iba al instituto.

—Y a mí me obligaron a alistarme en los marines, así que, perdimos el contacto.

—Es muy triste, lo siento mucho, chicos —se lamentó Ashley.

—¿Y cómo os habéis encontrado tanto tiempo después? —preguntó Tyler finalmente, a pesar de que se había dicho a sí mismo que no haría preguntas sobre ello, pero sintió cierta curiosidad. Solo esperaba que la historia que le contasen fuera real o que al menos la hubieran ensayado un poco.

—Eso fue hace relativamente poco tiempo —tomó de nuevo la palabra Mason y sonrió hacia Jane buscando su mirada—. Había quedado con mi agente inmobiliario, buscaba casa en Rexburg y al entrar en la oficina allí estaba ella, su cara me era muy familiar pero no sabía de qué, pensad que han pasado veinte años y ella solo tenía quince.

—Dieciséis —corrigió Jane de nuevo.

—Dieciséis —convino Mason—. Cuando mi agente la nombró casualmente en la visita a la que iba a ser mi nueva casa me di cuenta de que era ella, que era mi Jane y esa misma tarde volví a buscarla.

—¡Ohhhh! —exclamó Ashley llevándose una mano al pecho.

—Pero he de decir que ella no me reconoció tan fácilmente —dijo Mason entre divertido y ofendido soltando aquella pequeña pullita.

—¡Porque has cambiado mucho! —se quejó Jane.

—No tanto, solo me corté el pelo —se defendió Mason.

—¿Ah, no? —dijo Jane y se levantó de la mesa hacia donde había dejado su bolso, sacó la cartera y de ella una vieja foto que le dio a Ashley. En la cual se los veía a ambos en lo que debió ser aquel verano. Y Jane tenía razón, Mason era alto pero muy delgado, nada que ver con los músculos y el cuerpo que se adivinaban ahora bajo la ropa. Ashley le pasó la fotografía a Tyler, que la miró y miró a Mason.

—No te pareces en nada, tío —dijo Tyler, observando las diferencias.

Mason rio con aquello. Él también era consciente de su cambio físico y no era algo que echara en cara a Jane en serio. Solo había querido bromear. Y con aquella broma había descubierto que ella guardaba una foto de ambos, que ahora llegó a sus manos y observó con cuidado antes de devolvérsela.

—No sabía que tenías esta foto.

—Conseguí esconderla lo suficientemente bien para que no me la quitasen —explicó ella, cogiéndola de su mano para volver a introducirla en la cartera y sentarse a la mesa de nuevo.

—Me tienes que hacer una copia —le dijo hablando en serio.

—Claro —convino Jane.

—Me ha encantado vuestra historia, chicos —dijo Ashley sonriendo. Si había tenido cierto recelo sobre Jane y aquel encuentro, debía reconocer que se había disipado escuchándolos—. Voy a por el postre.

—Te ayudo —dijo Mason levantándose y acompañando a Ashley hasta la cocina.

—Todo lo que hemos contado es cierto —le dijo Jane a Tyler, sintiendo cómo la miraba, tratando de vislumbrar si le habían contado una gran mentira sobre su nuevo encuentro o no.

—No he dicho nada —se defendió él.

—Te conozco —aseguró Jane.

—Dale una oportunidad —le dijo Tyler. Si todo aquello era cierto, y no lo dudaba, sabía que a Mason le gustaba Jane y por eso la había acompañado hasta Ennis.

—No sé, Ty... —dijo ella tragando saliva y bajando la voz—. Tengo... miedo.

—¿A qué?

El silencio se hizo entre ambos mientras se miraban a los ojos.

—Ya lo sabes —dijo, desviando la vista.

—He hecho una tarta de melocotón —anunció Ashley, entrando en el comedor con dos platos, seguida de Mason con otros dos, que sirvieron en la mesa delante de cada comensal.

—Nunca habría pensado que conservabas una foto de aquel verano —le dijo Mason, un par de horas más tarde, sentado en el sofá, cerca de la chimenea. Tyler y Ashley estaban arreglando las habitaciones para los invitados que comenzarían a llegar en los dos días siguientes.

—Es un recuerdo del que puede que haya sido el mejor verano de mi vida —reconoció ella, mirando la chimenea.

—Para mí también lo fue —confesó Mason.

—A pesar de cómo terminó.

—Siento no haber sido capaz de imponerme a mis padres y luchar por ti —confesó Mason. Aquella disculpa llevaba años en su interior, esperando salir a la luz, a tenerla al fin frente a él y decírselo. Tenía solo diecinueve años, pero estaba seguro de que si hubieran tenido una oportunidad, lo suyo podría haber funcionado.

—Mason, no teníamos edad... éramos solo dos adolescentes.

—Te quería de verdad —declaró él.

—Yo también —Jane esbozó una sonrisa antes de mirarlo—. Pero no podemos cambiar el pasado ni las circunstancias.

—No, no podemos. Pero necesitaba pedirte disculpas.

Jane sonrió tiernamente. Mason seguía siendo en el fondo aquel joven tímido que tenía la capacidad de conmoverla con sus palabras. Volvió la vista hacia las llamas de la chimenea y la fijó en ellas.

—¿Te has dado cuenta de la cantidad de muérdago que hay en este hotel? —preguntó Mason tiempo después, para romper el silencio que se había instaurado entre ambos.

A Jane le hizo gracia aquel comentario de Mason y rio con él.

—Lo cierto es que no lo había notado, salvo el de la escalera.

—Pues te aseguro que hay un montón, en la puerta de entrada, en la de atrás, en la recepción, y en muchas de las vigas del techo.

—Tendré que estar más observadora en adelante.

—De hecho, fíjate, también hay muérdago en el centro de mesa —dijo él.

—Es cierto. Ashley debe ser fan del muérdago —convino ella, fijándose en el centro de la mesa baja que estaba en la zona de los sofás.

—Hay tanto muérdago que el muérdago persigue a las personas.

—¿Perdona? —preguntó Jane, divertida, esperando ver por dónde iba a salir Mason.

—Hay hasta una ramita flotante de muérdago que parece perseguirme —dijo él, sacando de

repente un trocito que sostuvo sobre la cabeza—. ¿A que es increíble?

—Mucho —respondió Jane riendo—. ¿Acaso me quieres decir algo?

—Que me gusta cumplir las tradiciones —dijo en una voz más pausada, acercándose a ella y mirándola a los ojos.

—Ah, ¿sí? —respondió ella, mirándolo por tiempos a los ojos y a los labios.

—Y que... —Mason tragó saliva antes de continuar—, hace días que me muero de ganas de besarte, pero no sé si a ti te apetece.

Jane esbozó una sonrisa a la vez que su corazón se aceleraba y latía con una fuerza que hacía mucho tiempo que no sentía en él.

—¿Y por qué no pruebas? —le dijo de forma suave, invitándolo.

Mason sonrió y lentamente se acercó a los labios de Jane, para tomarlos de forma suave en un beso pausado y tierno que fue ganando intensidad poco a poco, hasta encontrarse cada uno perdido en los labios del otro y en aquel beso que había tardado veinte años en repetirse.

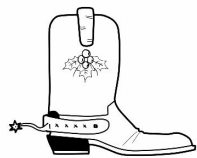
Cuando al fin se separaron, ambos permanecieron envueltos durante unos instantes en una especie de embrujo, mirándose a los ojos muy de cerca, diciéndose infinidad de cosas sin palabras.

—¡Wow! —exclamó ella al fin, en tono quedo.

—¡Doble wow! —dijo él, haciéndola reír de nuevo.

—Mejor que en el 2000.

—Mucho mejor —corroboró Mason con una sonrisa y la tomó de la mano impulsándola hacia sí, acariciándola y jugando con sus dedos largo rato, mientras ella descansaba su cabeza sobre el pecho de él, sentados en el sofá, admirando el fuego.



UNA LARGA NOCHE

Jane se había entretenido en la zona de estar del hostel mientras que Mason subió a la habitación. Le había dicho que se daría una ducha antes de dormir. Ella prefería ir un poco más tarde y para poder estar un rato a solas y meditar todo lo que había ocurrido ese día. Había sido intenso de principio a fin. Nervios, reencuentros, recuerdos, un lugar como McAllister que le recordaba a Zoe... Las cosas que le venían a la cabeza ya no eran tan dolorosas como antaño. McAllister no se le había presentado tan amenazador como dos años atrás cuando había estado allí por última vez. El tiempo va sanando las heridas, aunque no se puedan cerrar del todo.

—Zoe —dijo en voz alta mirando el cielo estrellado de esa primera noche de invierno.

Cuando entró en la habitación aún pudo escuchar el ruido del agua de la ducha durante unos instantes, al poco, Mason salió al centro de la misma con solo una toalla alrededor de la cintura.

—Hola —se detuvo al verla allí parada.

—Hola. Pensé que ya estarías durmiendo —dijo ella.

—El teléfono me ha retrasado.

Jane no pudo evitar fijarse en su cuerpo, aunque ya lo había visto en otra ocasión sin camiseta, pero no con solo una toalla cubriendo toda su desnudez.

—¿Todo bien? —preguntó él preocupado por ella. Notaba un cierto halo de tristeza en su

rostro.

—Perfecto —dijo recomponiéndose para sonreír a continuación.

—Me alegro —dijo mirándola y sintiéndose observado por ella— ¿Te gusta lo que ves?

Jane enrojeció tras ser pillada por él.

—Lo siento —dijo algo azorada.

—Por ese tipo de miradas siempre he pensado que si alguien corrompió a alguien en el pasado esa fuiste tú a mí.

Mason adelantó un par de pasos y se puso frente a ella, subió una de sus manos y le acarició la mandíbula, acercó su rostro al de ella y le acarició la nariz con la suya mientras su mano se desviaba hacia su cuello y los dedos se enredaban en su pelo. Jugueteeó con la nariz nuevamente y posó sus labios sobre los de ella en un beso que se tornó hambriento. Jane subió sus manos y acarició con deleite desde los abdominales hasta el pecho de Mason, suave, duro...

Mason descendió la boca hasta el cuello de Jane y lo lamió y besó, encendiéndola aún más, arqueándola de placer. Hacía mucho tiempo que no estaba con un hombre y mucho menos con uno que le gustase tanto como él.

—Me vuelves completamente loco, Jane —le dijo con voz ronca descansado la frente en la de ella.

—Tú también a mí —dijo subiendo la mirada para cruzarse con la suya, que sonrió.

—Me había prometido a mí mismo que iría despacio —dijo mientras depositaba pequeños besos en el cuello de Jane.

—Mason, ya no tengo quince años —respondió Jane, segura de que quería terminar esa noche bajo las sábanas con aquel hombre que la excitaba poderosamente, solo con unos pocos besos.

Él la miró intensamente y sonrió antes de abalanzarse sobre su boca de nuevo y devorarse mutuamente. Las manos de Mason se introdujeron bajo la camiseta de Jane y ascendieron por su piel, encendiéndola aún más, hasta apretarle un pecho por encima del sujetador. Estaba más que lista para él y él para ella, pero solo entonces fue consciente de algo.

—No estoy tomando la píldora —dijo tras poner la mano en el pecho de Mason para lanzar aquella advertencia.

—¡Oh mierda! —exclamó antes de besarla en la frente, resignado—. No he traído condones.

Si no fuera porque le frustraba quedarse con las ganas de acostarse con él, se habría reído de la situación.

—Puede que Tyler tenga —dijo ella y él sonrió a pesar de lo dolorosa que le iba a resultar la noche.

—No cariño, no le vamos a pedir condones a tu exmarido.

—No, supongo que no —convino ella, siendo consciente de la tontería que acababa de proponer.

—Iremos más despacio —dijo, acariciándole la mejilla con cariño.

—Vale.

Mason la besó en los labios de forma suave de nuevo, tratando de obviar las ganas que tenía de estar con ella.

—Me vestiré y saldré a dar un paseo por el lago.

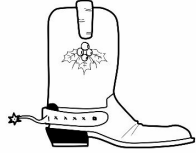
—¡Hace un frío de mil demonios! —objetó Jane.

—Cariño, necesito refrescarme, no sabes cuánto.

—¿Y si... te das otra ducha? Yo bajaré un rato a la cocina a no sé... hacerme un chocolate. Dicen que es el mejor sustituto del sexo, ¿no?

—Súbeme dos litros —bromeó él.

Jane sonrió y tras recibir un último beso de Mason, salió de la habitación.



UNA DISCULPA

Una vez se recompuso la ropa en el pasillo, por suerte sin que nadie la viera, bajó a la cocina. La luz estaba encendida, lo que indicaba que había alguien. Se asomó y vio a Ashley sentada a la mesa con varios libros apuntando algo.

—Lo siento, pensaba que no había nadie.

—No te preocupes, Tyler ha salido.

—¿A esta hora?

—No sé qué del rancho, ha salido corriendo. Quizá es una vaca de parto. Ya sabes cómo es eso.

—No te quiero molestar. Buenas noches.

—Jane, no me molestas. Siéntate conmigo y nos tomaremos algo caliente.

—¿Segura?

—Segura. Ven aquí. ¿Qué te apetece?

—Un chocolate, por favor.

—Tengo instantáneo, si no te importa.

—Estará bien, gracias.

Ashley se movía ágilmente por la cocina y en un par de minutos preparó dos tazas humeantes de chocolate, poniendo en la mesa además un tarro hermético con nubes.

—Es todo un poco raro, ¿no? —dijo Jane.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ashley sin entender.

—Yo soy la exmujer y tú eres su prometida. Y aquí estamos, tomando chocolate en tu casa a dos días de vuestra boda.

—Bueno —Ashley esbozó una sonrisa—. Lo cierto es que sí, es raro. Pero Tyler quería que estuvieras.

—Siento que no tendría que haber venido, no es justo para ti. Te prometo que nos iremos el miércoles, se lo dije a Tyler.

—No importa, de hecho me gustaría que os quedaseis, sé que para él es importante que estés.

Por extraño que parezca todo.

Ambas mujeres permanecieron en silencio unos segundos hasta que Jane decidió que debía liberarse de algo:

—Me gustaría disculparme por lo que viste en la cabaña hace dos años, Tyler me dijo que nos viste. No me lo habría perdonado si llego a estropear lo vuestro.

—Es agua pasada.

—Pero no estuvo bien. Yo solo quería... era... solo quería consolarlo, créeme. Maggie me llamó y me dijo que estaba solo y deprimido. No dudé en venir.

—¿Aún lo quieres? —preguntó Ashley temiendo la respuesta.

—No de la forma en que tú lo haces. Nunca fuimos ese tipo de pareja. Puedes estar muy tranquila si eso te preocupa. Y ahora sé que él te quiere como nunca me quiso a mí y me alegro de ello.

—Él me ha contado lo mismo, pero siempre he temido que no fuera cierto. Sé que seguís hablando a menudo y que se preocupa por ti.

—Y no debería hacerlo, porque entiendo que puedas sentirte mal por ello. Aunque puedo prometerte que no hay nada fuera de lugar. Lo nuestro solo fue una amistad que trajo consigo una atracción...y a Zoe —dijo con ternura al nombrar a su hija.

—Te he escuchado antes decir su nombre en el salón.

—Sí. Hacía justo dos años que no estaba en esta zona y no puedo evitar que surjan recuerdos que me lleven a ella. ¿Cómo lo lleva Tyler? —le preguntó.

—La Navidad no es fácil para él. Puedo decorar el hostel, pero aún no me he atrevido a poner villancicos en el hilo musical.

—No es tampoco mi época favorita del año, pero no puedo obviarla sin más.

—Vendrá cada año, queramos o no.

—Discúlpame por preguntarlo pero... ¿Por qué os casáis justo en esta época?

—Lo propuso él. Quiere crear buenos recuerdos sobre los malos.

—¡Vaya! Nunca pensé que Tyler hiciera algo así, creía que tú habías elegido la fecha.

—Al contrario. Traté de quitarle la idea, pero fue firme al respecto. Me dijo que nos habíamos conocido en Navidad, nos comprometimos en Navidad y que nos casaríamos en Navidad. Está convencido de que yo aparecí en esa fecha como una señal.

—Ahí le doy la razón, creo que apareciste justo cuando más te necesitaba.

—Y yo a él —dijo con nostalgia.

—Hubo unos años en los que yo creía en este tipo de cosas, poco después de morir Zoe. Me refugié en la religión y me ayudó a mitigar en cierta forma el dolor. En ese momento te habría dicho que el destino tuvo ese propósito con ambos, que nuestra hija te trajo a él justo en la época en la que ella se fue para que su padre tuviera de nuevo una luz en su vida.

—Es un pensamiento muy bonito, Jane —dijo Ashley, pensando que eran una palabras muy especiales—. Quiero creerlo. Encontrar a Tyler aquel día me salvó la vida en más de un sentido.

Jane la miró con cierta envidia sana, la de alguien que no había sentido lo que sentían Tyler y Ashley el uno por el otro.

—Puede que Mason también aparezca en tu Navidad con algún propósito —habló Ashley de nuevo—. Me cae bien.

—Sí, creo que Mason tiene esa particularidad, cae bien, sobre todo cuando lo conoces.

—Quizá la vida te devuelve lo que nunca debió quitarte —trató de filosofar Ashley.

—Es posible, no lo había pensado así. Brindo por eso —dijo levantando su taza de chocolate que Ashley chocó.

Ashley se dijo que había juzgado mal a Jane. Cuando conoció a Tyler, había entendido su dolor, que era el mismo que acarrea Jane. Y ahora sabía que ella no era una amenaza para su matrimonio. Tyler y Jane habían pasado página en su relación hacía mucho tiempo, más del que llevaban divorciados.

—No te vayas el miércoles, quedaos. Me gustaría contar con vosotros ese día.

—No he traído ropa para la boda.

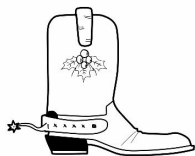
—Y yo no podría prestarte nada porque mi talla no es la tuya, sin duda, pero podríamos ver qué encontramos en Ennis o incluso podríamos ir a Helena de compras.

—Ashley, te casas en dos días, mañana comienzan a llegar tus invitados, no voy a permitir que pierdas estos momentos tan importantes de tu vida comprando ropa con la exmujer de tu prometido.

—No me importa, Jane.

—Pero a mí sí. Es más, si me voy a quedar, me tienes que dar tareas.

—No será necesario, a partir de mañana tendré al personal extra que contrato en verano porque quiero que disfrutemos todos de estos días.



TIEMPO DE HOMBRES

Mason se había despertado temprano, así que bajó a la cocina tratando de no molestar a Jane, que seguía profundamente dormida. No recordaba haberla escuchado volver por la noche a la habitación, así que debió ser muy tarde.

Había una cafetera recién hecha y agradeció poder comenzar el día con una buena taza. Miró por la ventana y vio cómo Tyler partía leña en la parte trasera del hostel, así que cuando apuró su taza se dirigió hacia donde estaba.

—Buenos días —saludó Mason llegando a su altura.

—Buenos días. Veo que madrugas —observó parando el hacha.

—Parece que tú también.

—Los nervios del novio, ya sabes —se excusó con una sonrisa.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Mason.

—¿Sabes cortar leña?

—Creo que sí. Solo llevo casi toda mi vida trabajando en un rancho —dijo con humor.

—De haberlo sabido podría haberte llevado anoche conmigo, algo originó una estampida de vacas que rompieron una cerca. Estuvimos varias horas hasta que reunimos a todos los animales y la reparamos.

—Creo que me perdí toda la diversión.

—No lo dudes. ¿Qué planes tenéis para hoy?

—Nada en especial, supongo que pasear o hacer algo de turismo por la zona.

—Ese es un buen plan.

—También podríamos visitar el mercadillo navideño de Ennis, pero no parece que a Jane le entusiasme demasiado nada relacionado con la Navidad.

—Desde lo de Zoe, la Navidad no ha vuelto a ser igual para ninguno de nosotros —dijo Tyler dando un nuevo golpe en otro tronco que se partió.

—¿Lo de Zoe? —preguntó Mason, intrigado.

—¿No te lo ha contado? —preguntó un sorprendido Tyler deteniendo su labor.

—No. ¿Qué es lo de Zoe?

—Quizá debas olvidar que lo he dicho —respondió Tyler tomando un nuevo tronco para partir.

—Es difícil olvidarlo ahora, ¿no crees?

—Supongo que sí. Pero es algo que no creo que debas saber por mí.

—Le preguntaré —convino Mason.

—Si quieres un consejo, espera a que ella te lo cuente.

—Vale —respondió Mason aceptando el consejo. ¿Quién era Zoe?

Tyler continuó su tarea, ambos hombres permanecieron en silencio. Mason meditaba qué podía ser lo de Zoe que Jane aún no le había contado.

—¡Maldita sea! —exclamó Tyler viendo como el mango del hacha se acababa de partir y aún le quedaban troncos pendientes que partir, para tener bien abastecida la chimenea durante la siguiente semana.

—Tendrás que ponerle otro mango.

—Era el último. Habrá que ir a la tienda general del pueblo —dijo.

—¿Te importa que vaya contigo? —preguntó Mason. Era una oportunidad perfecta para encontrar una tienda donde conseguir condones. No era algo que tenía pensado comprar delante de Jane, ya que no quería que se sintiera presionada, solo los quería tenerlos por si surgía la oportunidad de nuevo.

—No creo que nos echen de menos tan temprano —dijo Tyler aceptando la compañía.

Ambos hombres se dirigieron hacia el todoterreno de Tyler y este condujo hasta Ennis. Mientras que Tyler entraba en la tienda general, Mason le dijo que se pasaría por la farmacia. Por más prisa que quiso darse para conseguir lo que buscaba en menos de un par de minutos y llegar a la caja, no tuvo suerte. Parecía que era una hora muy popular para ir de compras en aquella ciudad y la dependienta de la farmacia se tomaba su tiempo con cada cliente. Para cuando llegó su turno, Tyler había entrado en el establecimiento y esbozó una sonrisa cuando vio sobre el mostrador lo que había ido a comprar. Mason salió una vez pagó y aún tuvo que esperar más de diez minutos hasta que Tyler terminó sus compras en el mismo lugar.

—¡Por el amor de Dios! Esa dependienta es imposible —exclamó Tyler.

—Parece que deben enterarse de todos los cotilleos del pueblo a primera hora.

—No me opongo a que lo hagan, pero debería comprender que algunos tenemos más cosas que hacer que saber a qué hora llegó el hijo de Wilson a casa o con quién lo hizo.

—Deben vernos como a dos tipos estresados —rio Mason.

—Seguro —sonrió Tyler—. Bien, acabo de hablar con Ash, les he dicho que no nos esperen, ¿qué te parece si desayunamos nosotros por nuestra cuenta? Conozco un sitio aquí que te va a gustar.

—Perfecto.

Dejaron las compras en el todoterreno antes de dirigirse a pie a una de las cafeterías de Ennis. Ordenaron el desayuno y dieron buena cuenta del mismo mientras charlaban animadamente sobre vacas y cultivos.

—Mira tío, no quiero juzgarte ni mucho menos —comenzó a decir Tyler camino de su vehículo una vez terminaron—, pero... Jane no lo ha tenido fácil, no le hagas daño.

—No tengo intención de hacérselo —respondió Mason en tono serio.

—Gracias —dijo sentándose tras el volante.

—Mi intención no es criticarte, Tyler. Pero discúlpame si me asombra que te preocupes tanto por ella.

—Sé que es difícil de comprender, pero me siento de alguna forma... responsable. Solo quiero que esté bien. Que encuentre a alguien que la haga feliz. Porque yo no lo hice.

Mason guardó silencio tras la explicación de Tyler.

—Y aquí vienen nuestros hombres —dijo Ashley al verlos entrar por la puerta del comedor. Ambas mujeres estaban sentadas delante de lo que había sido el desayuno y parecía que habían estado charlando animadamente.

Tyler sonrió y fue directo a besar en los labios a su prometida. Mason no se atrevió a tanto con Jane, no sabía si a ella podría importarle que lo hiciera delante de Tyler y Ashley. Simplemente se sentó a su lado, le cogió la mano y se la besó.

—¿Has dormido bien? —le preguntó con la mano aún entre las suyas—. No te oí llegar anoche.

—Estabas dormido. Ashley y yo estuvimos tomando chocolate y hablando hasta tarde.

Tyler sonrió, le gustaba que Ashley tomase la presencia de Jane con naturalidad, ya que no tenía nada que temer.

—¿Cuándo vienen los Jones? —preguntó Tyler a su prometida acerca de su futura familia política.

—Dicen que llegarán esta noche —respondió ella—. Las chicas de la limpieza vendrán en una hora y pondrán todo patas arriba antes de que eso pase. Y luego vendrá el personal de cocina.

—Si os podemos ayudar en algo... —dijo Mason.

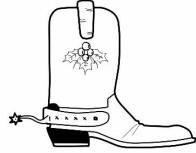
—No, no, en absoluto. Vosotros disfrutad de la estancia —se negó en rotundo Ashley.

—Estamos disfrutando mucho —aseguró Jane.

—¿Entonces qué te parece si nos quitamos del medio y dejamos trabajar a esas damas? Podríamos ir... no sé, a Helena —propuso Mason, que nunca había visitado la capital de Montana.

—Es un buen plan. Creo que me gustará hacer algunas compras.

—Perfecto entonces —sonrió Mason.



HELENA, MONTANA

No tardaron ni dos horas en llegar a Helena y aún pudieron dar un paseo por las zonas más importantes de la ciudad antes de la hora de comer, visitando la catedral neogótica de Santa Helena y los jardines que la rodeaban.

—Esta mañana... ¿Por qué no me has besado al llegar? —le preguntó Jane directamente mientras lo asía del brazo paseando. Hacía un frío horrible, como era habitual en diciembre en Montana, pero estar con Mason disfrutando de Helena, hacía que el clima no pareciera tan terrible.

—¿Querías que lo hiciera? —preguntó Mason deteniéndose frente a ella.

—Pensaba que lo de anoche... —comenzó a explicar sintiéndose ridícula.

Mason sonrió y a pesar del frío se quitó los guantes y los metió en el bolsillo, para enmarcarle la cara con las manos.

—Estaban Tyler y Ashley —dijo él mirándola intensamente a los ojos.

—No me importa.

—A mí tampoco —sonrió de nuevo hasta acercar sus labios a los de ella y cubrirle la boca en un suave beso— ¿Así, por ejemplo?

—Por ejemplo —Jane esbozó una sonrisa suave y tímida.

Mason se apoderó de nuevo de los labios de Jane y la besó ahora más intensamente, terminando en otros pequeños besos.

—Cariño, me encanta besarte. Y me encanta estar en Helena contigo, pero sé que estás helada.

Jane rio, era cierto. A pesar del abrigo, del cuello polar, de las botas con lana por dentro, del gorro... tenía frío, mucho.

—Y tú también —dijo ella, habiendo sentido su nariz completamente fría en la suya.

—¿Qué te parece si comemos y nos metemos en un buen centro comercial a pasar el resto del tiempo?

—Me parece una gran idea —opinó ella.

—Volveremos en una época más cálida.

Mason se colocó de nuevo los guantes y apretaron el paso hacia el lugar donde iban a comer.

—Anoche estuve hablando con Ashley. Le pedí disculpas por lo de hace dos años y ella me pidió que nos quedásemos a la boda.

—¿Y bien? —preguntó Mason.

—No quiero abusar de ti y de tu tiempo. Viniste haciéndome un gran favor. Tres días es suficiente.

—Jane, no sé si te lo he dicho, pero esta Navidad la quiero pasar contigo, tanto si nos vamos como si nos quedamos.

—Entonces... ¿No te importa?

—Me encantará quedarme, porque significa que estaré contigo. Encontrarte en mi camino ha sido lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, créeme.

Jane se sonrojó. Se sintió feliz de escucharle decir aquello.

—Gracias. Solo que no he traído nada adecuado para ponerme —confesó mordiéndose el labio inferior.

—Tenemos toda la tarde para encontrar algo al abrigo de un cómodo y cálido centro comercial.

La tarde fue fructífera. Solo un par de horas después, Jane encontró algo adecuado para la celebración.

No tardaron mucho más en volver a Ennis, ya que les saltó el aviso en el teléfono móvil de un brusco cambio de tiempo con alguna nevada que se preveía copiosa. Por suerte, para cuando comenzó a nevar, estaban ya cerca de McAllister y unas cuantas millas más tarde llegaron al hostel del lago.

—¡Wow! —exclamó Jane al entrar dentro del hostel. No solo estaba todo reluciente, sino que había una buena cantidad de adornos navideños y guirnaldas en las vigas del techo. El aspecto del lugar estaba tomando un cariz muy festivo para la boda que se celebraría allí dos días después.

—¡Habéis vuelto! —exclamó Ashley acercándose a ellos, que se habían parado en el centro del hall, observando toda la decoración y las luces—. ¿Qué opinas, Jane? ¿Será demasiado para Tyler? —preguntó una nerviosa Ashley a punto de llevarse una mano a la boca para comenzar a morderse las uñas.

—Bueno... creo que podrá soportarlo —respondió Jane, esperando que así fuera.

—¿De verdad? —Respiró algo más aliviada—. ¡Genial! Voy a seguir con todo antes de que llegue mi familia —dijo caminando hacia atrás a la vez que se alejaba de ellos—. Chicos, hemos encendido la chimenea de vuestra habitación, va a hacer más frío esta noche y quizá haya algo más de jaleo por aquí abajo, por si queréis tener más intimidad en algún momento. Os hemos dejado leña suficiente. Y también si lo deseáis, podéis pedir al servicio de habitaciones. Tengo al personal trabajando a pleno rendimiento, aprovechadlo.

—Gracias, muy amable —respondió Jane, viendo cómo Ashley estaba nerviosa, acelerada y emocionada con todo aquello, algo que debía ser normal si te casabas en un par de días.

—¡Ah, Jane! —dijo girándose de nuevo casi al lado de la puerta de la cocina.

—Dime.

—Ten cuidado, parece que tienes un cowboy bajo el muérdago —dijo guiñándole un ojo antes de soltar una risita nerviosa y desaparecer por la cocina.

Jane y Mason se miraron y alzaron sus cabezas. Allí donde antes no estaba, ahora había una rama de muérdago.

—Esta chica es una fan total del muérdago —respondió una divertida Jane.

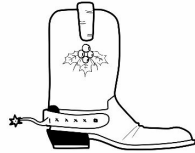
—Me cae bien. Hoy sí que cumpliremos la tradición, ¿Verdad, Jane? —dijo Mason poniéndose frente a ella.

—Nunca me he negado a cumplir una tradición —respondió con una mirada que escondía gran cantidad de sentimientos en ella y que era correspondida con la de Mason.

Sus bocas se acercaron y se fundieron en un tierno y lento beso.

—¿Qué te parece si pedimos algo para cenar arriba? —propuso Mason. Ashley y Tyler eran estupendos, pero él deseaba pasar más tiempo a solas con Jane y era una buena oportunidad.

—Me parece muy bien —respondió con una mirada chispeante.



CENA Y ALGO MÁS

—He de reconocer que lo de los dos baños es muy cómodo —dijo Jane llegando al saloncito central. Ambos habían tomado una ducha bien caliente después de un día más que gélido en Montana.

—No está nada mal —dijo Mason desde el sofá, frente al fuego.

—¿Ya han traído la cena? —preguntó observando cómo Mason la había dispuesto sobre la mesa pequeña frente al sofá.

—Han sido muy eficientes, ven aquí —dijo levantándose para cogerla de la mano y acercarla a él—. Hueles muy bien.

—Tú también —respondió ella pasando las manos por la cintura de él y dejándose abrazar.

—Creo que deberíamos cenar —dijo Mason, sabiendo que se le podía pasar el hambre de comida, ya que comenzaba a tener hambre de Jane como su cuerpo había comenzado a indicarle.

—Sí, será lo mejor —dijo ella, recordando que no tenían preservativos y aquello era una condición innegociable.

—Tenemos vino blanco y champán, cortesía de la casa.

—¡Qué detalle!

Jane observó la cena servida y no pudo sentirse más satisfecha, biscotes, tabla de quesos y patés, uvas y vino, y lo que parecía una pequeña tarta de moras negras típica de Montana. No estaban en temporada de moras, pues eran de época estival, pero hoy en día era fácil encontrarlas congeladas y disfrutar de ese postre todo el año.

Comenzaron a degustar la comida en silencio, maravillándose de los sabores y probando un poco de cada alimento.

—¿Cómo fue la decisión de mudarte de nuevo a Rexburg? —quiso saber Jane.

—Cuando me mudé a Preston —Mason decidió comenzar por el principio de la historia—, acabé casándome con la hija del dueño del rancho donde trabajaba, así que al separarnos las cosas dejaron de ser como antes con mis suegros y cuando ella murió... digamos que el ambiente se volvió bastante irrespirable.

—¿Por qué?

—Me culpan de su muerte.

—¡No! —exclamó Jane, compadeciendo a Mason. Aquello debía ser muy duro para él.

—Olivia tenía un grave problema con ciertas sustancias, no lo supe ver al principio, o digamos que ella fue muy hábil en ocultármelo y yo muy torpe en interpretar las señales.

—¡Oh, vaya! Lo siento.

—Sí, bueno. Hubo épocas en las que estuvo limpia. Una vez durante casi dos años seguidos. Pero siempre recaía, en ocasiones mezclaba con alcohol... creo que te lo puedes imaginar.

—Pero no es culpa tuya.

—Lo sé. Dios sabe que hice hasta lo imposible por ayudarla, pero no fue suficiente para sus padres, cuando nos separamos comenzaron los problemas. Después de una gran bronca entre ambos, Olivia se estrelló con el coche y murió... fue el final de la relación con ellos. Así que, como te comenté hace unos días, tuve suerte de tener aún un buen amigo que se acordó de mí justo en el momento oportuno.

—No me puedo ni imaginar cómo lo has pasado. Lo siento, Mason.

—Quiero dejar todo eso atrás. Rexburg es un comienzo. Y tú también —dijo alargando la mano para tomar la de ella—. ¿Y tú? ¿Por qué volviste?

—Huyendo de Montana. Pensé en un lugar donde no tenía recuerdos de mi vida reciente y ese fue Rexburg. Mis padres están allí, aunque pasan la mayor parte del tiempo viajando, pero pensé que quizá era hora de volver al principio y reiniciar.

—Como los ordenadores.

—Ajá —sonrió ella.

Cuando terminaron de tomar la tarta de moras negras con una copa de champán, tomaron asiento en el sofá y Mason tiró de Jane, quedando echada entre los brazos del cowboy.

—Hoy ha sido un buen día a pesar del frío —dijo él.

—En Montana siempre hace frío.

—En Idaho también.

Jane le tomó una mano con la suya y le acarició la palma, tocando las protuberancias de los callos de las mismas. Un inequívoco símbolo del trabajo duro que se desempeñaba en un rancho, a pesar de ser el yerno del jefe o el capataz. Todos los hombres solían arrimar el hombro por igual.

—En ocasiones están mucho peor —dijo él acariciando esta vez la mano de ella con mimo—. Sin embargo las tuyas son suaves, elegantes...

Mason deslizó los dedos hasta la muñeca de Jane, donde hizo un par de dibujos circulares con un dedo. Jane se movió y ahora quedaron echados en el sofá frente a frente. Quería verlo, mirarlo a los ojos, convencerse de que Mason Stewart había vuelto a su vida.

—He estado media vida esperando encontrarte de nuevo —dijo Mason, mientras le acariciaba el rostro con el dorso de los dedos. Sus labios se unieron a los de ella en un beso suave y tierno y su masculina mano se deslizó por debajo de la camisa del pijama para acariciarla. Pasó una pierna por encima de la de ella y la atrajo hacia sí sin dejar de besarla ni un instante.

—No enciendas fuegos que no puedes apagar, vaquero —le dijo Jane entre besos, notando que aquello la estaba excitando negándose a perder el control. Lo sentía demasiado cerca y pudo advertir que él también estaba comenzando a excitarse de manera evidente.

—Esta noche sí, Jane —dijo él, besándola en el cuello.

—No podemos, no tenemos... podríamos haber comprado... —su voz fue silenciada por la descarga que provocó en ella la intromisión de los dedos de Mason entre sus pliegues más

íntimos, que la indujo a un profundo suspiro.

—He comprado esta mañana —anunció él mientras le desabrochaba un botón de la camisa del pijama.

—¿Sí?

—Sí —confirmó él mirándola con deseo a la vez que observaba cómo Jane sonreía.

Le dio un último beso y se levantó del sofá, la cogió en brazos y la llevó a la cama que solía ocupar ella.

—Hace veinte años no hacías esto —dijo mientras era llevada en volandas.

—Hace veinte años no hacía muchas cosas que ahora hago.

Jane se mordió levemente el labio inferior, pensando a qué se podía referir.

La tumbó con cuidado en la cama y se deshizo de la parte superior del pijama, lanzándolo al suelo antes de inclinarse sobre ella y besarla profundamente mientras sus manos desabrochaban el de Jane, hasta encontrarse un sujetador de encaje rojo que bajó de un lateral para adueñarse del pecho y succionar y lamer sus ya tersos y excitados pezones.

Jane se removió debajo de Mason, necesitaba más de él, quería calmar la sed de su cuerpo, que la llenase de placer. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que lo había hecho y sentía una necesidad absoluta de sentirlo íntimamente.

—Dame un segundo cariño —le dijo antes de besarla en los labios y salir corriendo hacia la otra parte de la habitación, en el otro dormitorio, donde tenía la caja de condones que había comprado esa mañana. La abrió y sacó un par de ellos, sin más detenimiento se dirigió de nuevo hacia donde la había dejado y la encontró de pie al lado de la cama, liberándose de la última prenda de ropa que llevaba encima. Se detuvo un segundo a observarla y sonrió. Era bellísima y esa noche era suya. Dejó los preservativos sobre la mesilla de noche y sin dejar de mirarla a los ojos, se deshizo también de sus prendas. Una mirada atrevida lo recorrió de arriba abajo y sonrió aprobando lo que veía. Se acercó a ella y sus sexos chocaron levemente, produciéndole un agradable estremecimiento. Estaba más que preparada para él. Mason sonrió y la besó intensamente en los labios a la vez que la ayudaba a tumbarse de nuevo en la cama. Comenzó a bajar por su anatomía con la boca, dejando un reguero de lametones y pequeños besos o mordiscos.

—Mason, te necesito ya —dijo ella al sentir que él alcanzaba con la boca su monte de venus.

Él sabía lo que aquello significaba y no se iba a hacer de rogar, ya habría otros días para otro tipo de juegos, ella tenía necesidad de él y él tampoco era inmune a aquella urgencia. Necesitaba volver a estar con una mujer después de tanto tiempo y especialmente porque esa mujer era Jane Norris y la deseaba más que cuando tenía diecinueve años.

Tomó uno de los preservativos de la mesilla de noche, y rasgando el envoltorio, se lo puso en dos segundos.

—Yo también te necesito —dijo volviendo a besarla en los labios a la vez que se introducía lentamente en su interior. Quería sentir cada segundo de aquel contacto que tanto había ansiado con Jane. Cuando llegó al final del camino se detuvo y la besó con dedicación, salió de ella dejándola vacía y de nuevo volvió a entrar de forma lenta.

—Mason, por favor —suplicó Jane, sintiendo la dulce y lenta tortura con la que había comenzado su ahora amante.

—Nuestros cuerpos también deben conocerse lentamente de nuevo —le dijo, divertido en su oído, finalizando con un beso en el cuello.

El ritmo comenzó a ser más rápido, pero no demasiado, a pesar de la necesidad que tenía de ella, quería dilatar la experiencia al máximo, aunque sabía que aquella nueva primera vez para

ellos, iba a ser mucho más rápida de lo que hubiera deseado.

—Mason —volvió a suspirar su nombre. Él sabía que Jane estaba cerca, muy cerca, y cuando se aferró con una mano a su espalda, con la otra a las sábanas y su cuerpo comenzó a arquearse bajo él y a gemir, supo que había llegado y él no pudo ni quiso aguantar más y se dejó llevar con ella, lanzando un sonido ronco desde el fondo de su garganta.

El estallido de placer que vivieron fue una sorpresa para ambos. Ninguno esperaba tal nivel de intensidad con la unión de sus cuerpos.

Sus bocas se unieron de nuevo, agradeciéndose mutuamente el placer tan absoluto que habían sentido.

—Siento que haya sido tan rápido —dijo Mason.

—No lo sientas —le riño Jane—. Ha sido... ¡Wow!

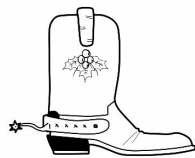
Mason rio.

—Ha sido muy ¡wow! —dijo él.

—Esto no lo hacíamos con diecinueve años.

—No —rio de nuevo Mason diciéndose que era cierto. Que aquello había sido cien veces superior a lo que había pasado entre ellos hacía media vida. La experiencia era un grado y la madurez, también.

Permanecieron desnudos, abrazados y acariciándose la piel hasta que el sueño los venció y cayeron en brazos de Morfeo.



LA PEOR PESADILLA

—¡Nooo! ¡Por favor, no! —gritaba una y otra vez Jane en sueños a la vez que sollozaba.

—¡Jane! Por favor, cariño... Jane —le dijo Mason tratando de despertarla de la pesadilla que estaba teniendo.

Para cuando despertó, las lágrimas bañaban su cara y el corazón le latía fuertemente en el pecho, la angustia y la congoja que sentía la asfixiaban en cierta forma.

—Jane, cariño, ¿estás bien? —preguntó Mason inquieto con el nivel de la pesadilla de Jane, que continuó llorando sentada en la cama durante unos minutos mientras él la rodeaba con sus brazos tratando de consolarla. Jamás había visto una pesadilla de tal calibre en un adulto, excepto las que solía tener Olivia cuando estaba limpia. Pero Jane... ella no... no podía ser. Pasaban el día juntos y nunca había observado el más mínimo gesto preocupante. Aunque al principio tampoco lo hizo en Olivia.

—Solo... ha sido una pesadilla —dijo ella tratando de mostrarse calmada, algo que en absoluto estaba. Alargó la mano y recogió su pijama del suelo y se lo puso antes de ir al baño para lavarse las manos y echarse agua en la cara. Para cuando volvió, Mason la seguía mirando, expectante, quizá esperando una explicación.

—¿Dónde vas? —preguntó cuando la vio asir el pomo de la puerta con intención de salir de la habitación.

—Necesito estar sola un rato, por favor —le pidió y lo hizo con un tono que a él no le quedó duda alguna de que lo necesitaba.

Pero Mason ya se encontraba preocupado, muy preocupado por Jane.

Una vez bajó a la cocina, bebió un vaso de agua y se sentó en una de las sillas, subió las piernas y se abrazó a ellas mientras observaba la noche a través de la ventana. Volvió a recordar la pesadilla y las lágrimas resbalaron por su rostro. ¿Por qué en aquel momento? ¿Estaba haciendo algo malo acaso? Solo quería seguir adelante y tener una vida de nuevo.

Tyler la observó desde la entrada de la cocina. Era Jane y estaba llorando. Estaba despierto y había oído un leve grito en la oscuridad de la noche. Y se preocupó, ahora veía que con razón.

—¿Jane? —preguntó Tyler, entrando por la puerta de la cocina.

Ella se apresuró a limpiar las lágrimas de su rostro, no quería que Tyler la viera así.

—Sí —dijo tratando de hacer sonar su voz clara.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, gracias —respondió ella.

—Perdóname, Jane. Pero sé que me estás mintiendo —aseguró Tyler—. ¿Ha pasado algo con ese tío? ¿Te ha hecho algo? Puedo echarlo de una patada si quieres.

—No ha pasado nada con Mason. Es un encanto, dadas las circunstancias.

—Cuéntame qué te sucede o subiré a preguntarle.

—Solo ha sido una pesadilla, Ty —explicó ella.

—No creo que haya sido «solo una pesadilla» —dijo enfatizando aquellas palabras y pensando en que ella ya había tenido algunas al poco de morir Zoe. Sabía reconocer lo que le pasaba, se asemejaba demasiado a cómo estaba ella después de tenerlas.

—No, tienes razón, no ha sido tan simple.

—¿Qué ha sido? —dijo agachándose a su lado.

—He soñado que me quedaba embarazada de nuevo y volvía a suceder lo mismo, era otro bebé, pero no estaba sano, otra vez, se repetía todo y al final el bebé moría.

Las lágrimas volvieron a resbalar por el rostro de Jane. Tyler le pasó un dedo por la mejilla, para secársela.

—Sabes que eso no va a suceder de nuevo. El problema era que no había compatibilidad genética entre nosotros y no era probable que se diera el cien por cien de las veces. Lo sabes muy bien. Nos lo dijeron después de los estudios que nos hicieron a los tres.

—Tengo miedo, Tyler.

—Lo sé. Pero no debes tenerlo. No tienes razón para tenerlo.

—Nada puede ser normal de nuevo, Ty. No para mí, lo he intentado, sabe Dios que sí. Y ahora... esto, esta pesadilla.

—Es solo un sueño, Jane. Lleno de todo el dolor que hemos pasado, de todo el miedo. Pero solo eso. No arruines tu oportunidad de seguir adelante.

—¿Qué crees que pasará si esto sigue adelante y qué cara me pondrá Mason cuando le diga que no tengo intención alguna de tener hijos por lo que nos pasó la otra vez? Me engaño a mí misma. Lo engaño a él. No puedo ofrecerle nada. Soy una estafa de mujer.

—No sabes qué dirá. Cuéntaselo cuanto antes, quizá te entienda o quizá no, pero sabrás a qué atenerte antes de involucrarte más. Estoy seguro de que este sueño se ha debido a ese miedo e incertidumbre que te acecha.

—No quiero quedarme sola, Ty.

—No vas a estar sola.

Nuevas lágrimas brotaron de los ojos de Jane y resbalaron por su rostro.

—¿Has pensado en volver a tener hijos? —quiso saber ella.

—Lo he pensado mucho, créeme. Ashley merece que los tengamos, no puedo privarla de ello si desea ser madre.

—¿No te da miedo?

—Sí, pero no debo —se detuvo un momento y se corrigió—, no debemos dejar que el miedo nos coarte la vida. Sé lo que dijeron los médicos, solo era cuando el bebé era de ambos, tuyo y mío. Confío en eso. Necesito confiar en que la próxima vez saldrá bien.

—Me encantaría ser tan valiente —se lamentó ella.

—Eres muy valiente. Lo sé porque he estado cuando todo era muy difícil. Eres de las mujeres más valientes que conozco.

—Gracias, Ty. Por estar siempre pendiente.

—Lo estaré siempre, hasta que encauces tu vida, así que más te vale espabilar y encauzarla, ¿vale?

—Vale —dijo ella entre risas y lágrimas.

—Ash me ha dicho que si estoy más tranquilo nos someteremos a unas pruebas de compatibilidad genética antes de intentarlo. Si en alguna ocasión te lo planteas de nuevo, hazlo también. Te dará la tranquilidad que necesitas.

Jane suspiró y exhaló el aire retenido en sus pulmones.

—No lo sé, Ty. No sé si alguna vez podré llegar a ese punto.

—Lo harás, porque confío en ti y porque eres muy valiente, aunque en ocasiones dudes.

—Gracias, por todo.

Jane volvió a suspirar, exhalando aire y tratando de relajarse. Solo había sido un sueño.

—¿Y tú? ¿Qué haces despierto? ¡Es de madrugada! —preguntó ahora Jane tratando de cambiar de tema.

—Los nervios del novio —confesó él.

—Sé que probablemente lo estés pasando mal, pero te diré que me parece muy bonito que estés así de nervioso.

—Cuando me casé contigo no me pasó.

—Casarnos, comprarnos una hamburguesa... ambas cosas tuvieron la misma emoción el día que lo hicimos. Ninguna. Pero ahora es distinto. Y me alegro por ti.

Tyler sonrió.

—Algún día te pasará a ti también, ya verás. Añado, que espero que sea con ese tío que tienes ahí arriba.

—¿Eso quiere decir que lo apruebas? —preguntó Jane divertida por un momento.

—Tiene mi bendición.

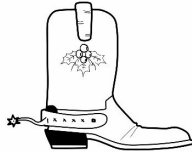
—Está bien saberlo —sonrió de nuevo Jane.

—¿Nos tomamos algo? —invitó Tyler.

—Tú deberías tomar algo para calmar los nervios, pero yo creo que subiré a tratar de dormir. Mañana hablaré con Mason.

—Estarás más tranquila después de hablarlo con él. Buenas noches Jane —dijo Tyler buscando las infusiones en uno de los armarios de la cocina.

—Buenas noches, Ty. Y gracias.



ZOE

Jane trató de ser sigilosa y giró el pomo con la mayor lentitud con la que fue capaz. No quería despertar a Mason ni preocuparlo. Pero se sorprendió al abrir la puerta y encontrar la luz encendida y a Mason apoyado en el respaldo del sofá. Su mirada se cruzó con la de ella.

—Estaba a punto de bajar a buscarte —le dijo, viendo en su cara la sinceridad de un hombre preocupado—. ¿Estás bien, Jane?

Mason se fijó en el rostro de la mujer, tenía los ojos rojos e hinchados, había seguido llorando. ¿Qué le sucedía?

Jane se dijo que probablemente no habría mejor momento que ese para contarle lo que tanto la afligía.

Mason abrió los brazos y acogió entre ellos a una Jane que necesitaba el calor humano y el contacto que él le ofrecía. Aspiró el olor de Mason, era como sentirse en casa de nuevo. Él representaba lo único bueno y profundo que había tenido y recuperado en su vida.

—¿Qué te ocurre, Jane? —volvió a preguntar él, abrazando a la mujer que de repente parecía tan frágil entre sus brazos, tan necesitada de aquel abrazo que se aferraba a él como si no deseara soltarlo nunca. Posó un beso en su pelo—. Estoy preocupado por ti, cariño.

A Jane se le formó un nudo en la garganta, Mason era lo tangible, lo cercano, pero ¿la aceptaría? ¿Aceptaría sabiendo el bagaje que llevaba a sus espaldas y lo que podría condicionar su futuro? Se separó de él, limpiándose nuevas lágrimas que se habían derramado de sus ojos. Mason le gustaba mucho y tenía miedo de la reacción que pudiera tener tras saber la verdad. Venía de una relación complicada, ¿por qué habría de querer complicarse la vida de nuevo con alguien como ella?

—Jane, por favor, dime algo —suplicó él, viendo cómo la mujer que tenía delante no había abierto la boca desde que había entrado en la habitación y las lágrimas habían acudido de nuevo a sus ojos.

—Tengo que contarte algo —dijo al fin tirando de la mano de Mason para llevarlo al sofá. Le indicó que se sentase, y ella lo hizo a su lado, girándose hacia él.

Mason no sabía qué esperar, cuando una conversación comenzaba con esas palabras o similares, no solía ser nada bueno. Solo deseaba que no quisiera dejarlo, porque la acababa de reencontrar y sentía que la había estado esperando desde los diecinueve años.

—Te quiero, Jane —le dijo, en un intento desesperado de llegar a su corazón y evitar que saliera de su vida de nuevo.

—Mason... —comenzó a decir ella, conmovida por las dos palabras que le acababa de decir—. No me digas eso.

—Necesitaba decírtelo, porque te veo y creo que... algo pasa y sea lo que sea, tienes que saberlo.

Las lágrimas volvieron a escapar de los ojos de Jane y sus dedos volvieron a limpiarlas tratando de ahuyentarlas. Miró hacia arriba, respiró hondo, exhaló y comenzó a hablar mientras que las manos de Mason asían las suyas y con sus dedos las cubrían de caricias.

—Me casé con Tyler porque me quedé embarazada de él —comenzó la historia Jane. Mason se mostraba sorprendido con aquel primer dato—. La niña nació, pero no estaba bien, nada en ella estaba bien.

—Lo siento, Jane —dijo Mason. Jane agradeció aquellas palabras con un leve asentimiento de cabeza, tragando saliva y cerrando los párpados un segundo.

—Nuestro seguro se quedó muy corto —continuó ella hablando—. Necesité cientos de días de ingreso en el hospital, cuando no era una cosa, era otra, la operaban de esto o de aquello. Comenzamos a agotar el dinero, las tarjetas, vendimos nuestra casa, nos mudamos al rancho Davis, nos deshicimos del negocio... y no sirvió de nada, porque nuestra niña, nuestra bebé, tenía un grave problema genético. Al parecer, Tyler y yo somos incompatibles genéticamente hablando en un porcentaje muy alto.

Jane se detuvo, ahora le tocaba decirle lo más duro del todo.

—Cariño —dijo Mason, suponiendo el dolor que había soportado la mujer que tenía frente a él.

—El día de Navidad, hace cuatro años, murió—Jane volvió a retomar la historia—, conectada a una máquina que respiraba por ella y sin saber que nosotros éramos sus padres y que le habíamos dado aquella miserable vida que terminó después de tanto sufrimiento.

—¿Qué edad tenía? —preguntó Mason inclinándose hacia delante para posar un beso cariñoso en la frente de Jane.

—Dos años. Y jamás pudo articular una sola palabra.

—Lo siento, Jane. Siento que hayas pasado por todo ese sufrimiento —dijo Mason, sintiendo el dolor de Jane y comprendiendo ahora lo unidos que parecían estar Tyler y ella, así como muchas de las actitudes y comentarios—. ¿Cómo se llamaba tu pequeña?

—Zoe.

Mason recordó la conversación con Tyler. «Desde lo de Zoe, la Navidad no ha vuelto a ser igual para ninguno de nosotros» le había dicho.

—Gracias por confiar en mí y contármelo —le dijo Mason.

—Si te lo cuento es porque esta noche me he dado cuenta de que me estoy engañando a mí misma y probablemente a ti. Esa pesadilla que me ha despertado lo ha hecho con uno de mis mayores miedos: volver a quedarme embarazada.

—¿Qué quieres decir, Jane?

—Que jamás volveré a pasar por eso.

—Pero si solo ocurría con Tyler... ¿no? —dijo él, algo confuso.

—No voy a arriesgarme. No puedo.

El silencio se hizo entre ambos. Jane recordaba los recuerdos de aquellos dos años de peregrinación de hospitales y Mason pensaba en cuánto dolor había vivido y en la angustia que la había asaltado esa madrugada.

—Jane, cariño —le dijo enmarcándole la cara con las manos—, quiero estar contigo, lo demás, ya iremos viéndolo conforme vaya sucediendo. Ten seguro que jamás te forzaré a nada que tú no quieras hacer. Valoro que hayas sido sincera conmigo y que hayas compartido tu dolor contándome algo tan íntimo. Significa mucho para mí.

Los labios de Mason se acercaron a los de Jane y le ofrecieron un beso tierno, dándole todo el apoyo del que disponía en aquel gesto.

—Oh, Mason. Tenía tanto miedo...

—Me habías asustado mucho, Jane. No lo hagas nunca más. Pensé que me ibas a dejar, que habías descubierto que aún querías a tu exmarido, no sé lo que se me ha pasado por la cabeza cuando me has dicho que tenías que contarme algo.

—Nunca estuve enamorada de Tyler —le confesó rato después de terminar de hacer el amor horas más tarde, lentamente y en silencio se habían amado de nuevo cuando habían vuelto a la cama. Mason la abrazaba desde atrás mientras le acariciaba el estómago.

—No lo sabía.

—Y él tampoco lo estuvo de mí.

—Lo siento.

—No, no pasa nada. Creo que habría sido más trágico si uno de los dos hubiera sentido algo de verdad por el otro. Probablemente así fue mejor.

—Pero os lleváis... bien, muy bien.

—Lo que siempre fuimos es buenos amigos. Aunque desde que hice lo que hice, supe que tenía que alejarme de Tyler, por la tranquilidad de Ashley. Y como ves, él no me lo permite y me invita a su boda.

—Creo que se siente responsable de ti de alguna forma.

—Lo sé. Es una buena persona. Pero soy adulta, no tiene por qué hacerlo.

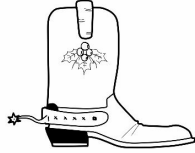
—Igual puedo convencerlo de que en adelante sea yo quien cuide de ti —le dijo Mason besándole el cuello.

—Eso me gustaría.

—¿Que lo convenza o que cuide de ti?

—No sé, quizá más lo segundo.

—Lo haré, si es lo que tú quieres.



LOS DAVIS Y LOS JONES

Al día siguiente el hostel se llenó de vida. Los Jones se habían retrasado y habían llegado finalmente esa mañana. Así que, estaba previsto que los Davis aparecieran a lo largo del día para conocerlos antes de la boda, que sería al día siguiente.

Jane y Mason se disculparon y decidieron dejar espacio a la familia de Ashley, dándoles intimidad a los Jones, que no eran demasiados, solo sus padres y un hermano un tanto refinado que se presentó con traje y corbata en pleno lago Ennis sin ser aún el día de la boda.

Intentaron pasear por uno de los parques de Ennis, pero fue casi misión imposible y desistieron al poco rato. A las gélidas temperaturas de Ennis en invierno había que sumarle el viento frío que auguraba que seguiría nevando, como había sucedido el día anterior por la tarde.

—No quiero ser desagradecido, pero lo más que se puede hacer en esta parte de Montana en esta época es estar bien resguardado en un interior —dijo Mason, entrando en una cafetería que consideraron agradable, donde pasar la mañana.

—Creo que por eso ahora mismo no hay nadie más en el hostel, aparte de los invitados de la boda —rio Jane.

—No me extraña. Y te lo dice alguien que trabaja al aire libre en Idaho, un par de grados más no es gran diferencia.

—Tienes que reconocer que el hostel tiene un cierto encanto y que es un lugar interesante para no salir de él.

—Como escapada romántica me apunto cuando lo desees —le dijo en tono confidente, posando la mano sobre la de ella, en la mesa.

Jane se ruborizó recordando lo de la noche anterior y lo de esa mañana.

Al instante siguiente se acercó la camarera y pidieron un par de tazas de chocolate caliente.

—Gracias por acompañarme esta semana, Mason —dijo ella de repente. Se lo había dicho con anterioridad, pero sentía que debía hacerlo de nuevo.

—Me gusta estar contigo aquí, a pesar de los paseos gélidos. Está resultando mi mejor Navidad en mucho tiempo.

—Para mí también —confesó ella. Las de los últimos años no habían sido muy agradables. Sin embargo, y a pesar de volver a estar en Montana, todo parecía haber cambiado, o quizá solo había evolucionado y el tiempo comenzaba a hacer su trabajo sanando algunas heridas.

—¡Jane! —exclamó una mujer de unos sesenta años, alta y delgada, entrando en el local y dirigiéndole una sonrisa amable.

—Maggie —sonrió Jane, reconociendo a su exsuegra, no había cambiado nada desde hacía casi cuatro años. La última vez que la había visto fue cuando hizo sus maletas y se marchó del rancho, justo después de firmar el divorcio con Tyler, a pesar de que no habían perdido el contacto y la llamaba o escribía para saber cómo estaba.

Jane se levantó y abrazó con cariño a Maggie, que se alegraba realmente de verla.

—¡Estás estupenda! —exclamó Maggie fijándose en Jane. Parecía que había cogido unos kilos desde la última vez que la había visto, poco después de fallecer su nieta. Desde entonces no se habían vuelto a ver en persona.

—Parece que los años no pasan por ti tampoco —reconoció Jane.

—He descubierto una crema nueva para la cara que es una maravilla. Te daré el nombre, pero no la necesitas en absoluto.

—Te presento —dijo Jane, sabiendo que la presencia de Mason le debía resultar extraña.

—Mason —dijo él levantándose para tenderle la mano.

—El novio de Jane —confirmó Maggie.

—Sí —rio Mason—. Ese soy yo.

Jane le lanzó una mirada incrédula que él devolvió con una cálida sonrisa.

—¿Y qué demonios hacéis aquí en un día como este? ¡Tenéis que venir a casa a comer!

—No, gracias, Maggie, no queremos molestarte, además estamos tomando un chocolate que...

—Agua con cacao. Yo os haré un buen chocolate —la interrumpió la mujer y se dirigió a Mason—. ¿Qué dices, chico? ¿Hacemos que toméis una buena comida casera o no?

—Sí, ¿por qué no? —dijo Mason, contagiado del espíritu de la mujer. Le caía bien.

—¡Así se habla! —convino Maggie—. Pido un café para llevar y nos vamos. ¿Quién conduce?

—Ella —respondió Mason.

—Entonces ya sabe el camino.

—Claro, Maggie —convino Jane. Mason ignoraba por completo dónde se iba a meter. Pero llegados a aquel punto... esperaría hasta llegar al rancho para decírselo.

Solo dos minutos después salieron de la cafetería y se dirigieron a los vehículos. Jane esperó para seguir a Maggie, diez millas más allá y varios desvíos después entraron en la propiedad, donde un gran cartel anunciaba el Rancho Davis.

—Rancho... —comenzó a decir Mason, confuso al ver el cartel.

—Bienvenido al rancho Davis, cariño —le dijo ella, observando la gran casa principal al final del camino.

—¡No! —exclamó un incrédulo Mason.

—Sí, cielo. Has aceptado la invitación a comer de Maggie Davis, mi exsuegra. Sin pestañear y sin mirarme.

—Esto va a ser interesante —dijo Mason, sonriendo. No había vuelta atrás y lo mejor que podía hacer era tomarse con humor su metedura de pata.

—¡Oh, sí! Va a ser muy interesante —sonrió Jane a su vez, diciéndose que la situación lo era. Por suerte, conocía a los Davis y eran personas muy amables, si alguien iba a pasar algún mal rato ese solo podía ser Mason sintiéndose incómodo entre tanto Davis junto.

—Creo que ya no hay vuelta atrás.

—Eso parece.

—¿Estás bien, Jane? No quisiera que lo pasaras mal por mi culpa.

—No, todo está bien. Algún día tenía que volver y lo cierto es que los Davis son encantadores.

Maggie los miraba mientras hablaban dentro del coche, esperaba que no se hubieran vuelto atrás. Poco después, salieron del mismo y se dirigieron hacia ella.

—Le estaba explicando a Mason que eres la madre de Tyler —le dijo Jane llegando a ella.

—Lo siento, señora, no tenía el gusto de conocerla —se disculpó él.

—Espero que no te genere ningún problema y que no me sigas llamando señora, soy Maggie.

—Si seño...Maggie.

—Jane fue mi hija durante un tiempo y aún sigue siéndolo, aunque he de decir que esa muchacha Ashley, me ha ganado el corazón, no te ofendas Jane.

—No me ofendo, Maggie. Ashley es un encanto, me alegra que Tyler la haya encontrado.

—Entremos en casa o nos congelaremos —dijo la matriarca de los Davis.

—¡Davis! —gritó dirigiéndose a todo ser vivo que la escuchara y fuera de su familia. Las tareas del rancho ya estaban hechas y casi todos debían estar en casa, ya que esa tarde irían a conocer a los Jones al hostel de Ashley.

—¡En el despacho, mamá! —dijo una voz femenina desde uno de los laterales de la estancia principal.

—Salid, tengo una sorpresa—dijo en voz alta de nuevo.

Kylie y Eva, las dos hermanas de Tyler salieron del despacho y sonrieron dirigiéndose hacia Jane, envolviéndola en un fuerte abrazo cada una de ellas. Se alegraban de verla.

—Ty nos había dicho que estabas en el hostel, pero hemos tenido algunos problemas con el ganado estos días. Esperábamos verte esta tarde —dijo Kylie, la mayor de los Davis.

—Estás estupenda, Jane —añadió Eva.

—Y este hombre tan apuesto es Mason, su novio —dijo su madre.

—¡Es más guapo que Tyler! —dijo Eva —que tenía una relación amor-odio con su hermano.

—¡Eva! —le riñó su madre.

—Encantado señoras —acertó a decir él, sonriendo.

—Señorita —aclaró Eva—. ¿Vais muy en serio?

—Pues... sí, sí —confirmó Mason.

—No me lo vas a quitar, Eva —le dijo Jane, firme.

—Solo porque eres tú —respondió la aludida haciendo un falso puchero. Se alegraba de que Jane estuviera con alguien, después de cómo lo habían pasado todos con lo que le había sucedido a su sobrina.

—Te he oído llamar desde arriba —dijo un hombre alto y demasiado parecido a Tyler, aunque con un par de años más.

—Mira quién ha venido a vernos —dijo Maggie.

—¡Jane! ¿Cómo estás? —dijo él sonriendo ampliamente.

—Bien, Chase. ¿Y tú?

—Soltero —intervino Kylie.

—¡Oh, no! —exclamó Jane, sintiendo escuchar aquello. Maggie le había dicho que estaba prometido.

—Parece que me di cuenta a tiempo —dijo él encogiéndose de hombros antes de llegar a ella y abrazarla levemente y darle un beso en la mejilla.

—Él es su novio —intervino Eva.

Chase entrecerró los ojos y lo miró de arriba abajo.

—Mason —adelantó la mano él.

—Chase —se presentó—. Más te vale que la hagas feliz.

—Lo intento.

—Bien.

—¿Qué demonios es este jaleo? —dijo alguien tras ellos desde la puerta de entrada.

Todos se giraron y apareció otro hombre joven con rasgos Davis.

—Dominic —lo nombró Jane.

—¡Dios mío! —Se acercó rápidamente hacia ella y la envolvió entre sus brazos fuertemente

—. ¿Cuánto ha pasado?

—Casi cuatro años.

—Sí, claro —convino, recordando lo que todos sabían y no olvidaban. Aquella fecha en la que se fue la Davis más joven.

Desde la puerta, observando la escena, el patriarca, Elijah Davis, esperaba su turno con los ojos acuosos. Jane le recordaba a Zoe, su primera nieta, que había llevado el nombre de su madre.

Jane se acercó a él y puso la mejilla al lado de la suya, besándolo en ella.

—Has tardado mucho en volver —le dijo.

—Era mejor así —respondió Jane.

—Te veo muy bien, y sabes que me alegro.

—Lo sé, Elijah.

—Bienvenida a tu casa.

—Gracias. Quiero presentarte a Mason.

Mason caminó los pasos que los separaban y tendió su mano hacia el hombre, que la estrechó mirándolo a los ojos. Elijah suponía quién era, Tyler le había hablado de él.

—Un placer, señor Davis —dijo él.

—Lo mismo digo, muchacho. ¿A qué te dedicas?

—Trabajo en un rancho, señor.

—Es el capataz —añadió Jane.

Elijah pareció satisfecho con aquello.

—Esta mujer merece ser feliz —le dijo.

—Lo sé, señor —respondió Mason.

—Bien.

—Por aquí también necesitamos un buen capataz —dijo Eva, rompiendo la tensión del momento—. Podemos ofrecerle más sueldo.

Los presentes rieron con el comentario de Eva.

—¿Habéis venido a buscarnos para ir al hotel? —preguntó Elijah, agradeciendo el humor de su hija menor.

—Los he invitado a comer.

—¿No habéis visto el grupo de mensajes? —dijo Elijah—. Tyler y Ashley nos han invitado a comer con los Jones en el hotel.

Los Davis tomaron sus teléfonos y comprobaron que efectivamente, Tyler les había enviado aquel mensaje. Los jóvenes Davis se despidieron atropelladamente para asearse antes de ir al hotel.

—En ese caso, creo que nos veremos allí —dijo Jane.

—Quedaros a tomar algo —invitó Maggie—. Os he prometido al menos un chocolate.

—Lo dejaremos pendiente para la próxima, Maggie. No os quitamos más tiempo.

—Sabes que esta es tu casa —dijo Maggie.

—Lo sé. Gracias por todo, como siempre.

Jane abrazó a su exsuegra.

—Nos vemos en un rato entonces.

—Claro.

Una vez subieron al coche, una llamada sonó, y Jane atendió con el manos libres del vehículo. Era Tyler y les informaba del cambio de planes, harían una comida con los invitados que estaban en el hotel y los esperaban.

—Otro Davis en estado puro —se quejó ella—. ¿Qué tal la experiencia?

—Interesante cuanto menos. No parece que les haya importado demasiado que te hayas presentado con tu nuevo novio, a pesar de que Tyler es su hijo.

—Son buenas personas, se volcaron con nosotros. Cuando perdimos todo lo que teníamos y tuvimos que venir a vivir al rancho, ellos perdieron mucho dinero, costearon todo lo que necesito Zoe hasta... el final.

—Si nuestros padres hubieran sido como ellos, jamás nos habrían separado —dijo Mason, tratando de sacarle una sonrisa a Jane.

—No tengo la menor duda —dijo ella, ahora sí, sonriendo.

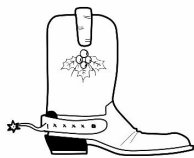
—¿En serio Eva me ha tirado los tejos? —se preguntó Mason en voz alta.

Jane rio.

—Le has gustado, tendré que tener cuidado en adelante —dijo Jane, divertida.

—Solo espero que no se entere Tyler. —Mason hizo una mueca divertida con la boca—. Primero su exmujer y ahora su hermana. Acabaría con mi culo sobre el hielo del lago en poco más de dos segundos.

Jane rio de nuevo con la ocurrencia de Mason y él también lo hizo, al verla así, distendida, relajada.



ESA SENSACIÓN DE FELICIDAD

—¿Dónde has estado? —le preguntó Mason una vez ella llegó a la habitación alargando su mano para coger la suya, tirar de ella, sentarla sobre su regazo en el sofá y darle un suave beso.

—Ashley iba a probarse el vestido por última vez y me ha invitado a verlo, con las Davis y su madre —dijo ella.

—¿Estás bien? —preguntó al notarla algo ausente.

—Sí. Estaba guapísima. Siento cierta... envidia, no en el mal sentido.

—¿Te gustaría casarte con Tyler? —le preguntó Mason con una sonrisa, acariciándole el rostro a la vez que la miraba embelesado.

—Ya lo hice, ¿recuerdas? —Sonrió ella—. Es solo que... ellos van a vivir ese día de verdad, veo la ilusión de Ashley en cada poro de su cuerpo y en Tyler también la veo, de hecho, sé que está nervioso desde hace días. Y por otro lado, estoy segura que tú también la viviste, esa sensación, no sé, felicidad, ilusión... todo eso que sucede cuando te casas con la persona perfecta.

—Estoy seguro de que algún día lo vivirás —le dijo, convencido, obviando que a él esa sensación lo abandonó el día antes de su boda, cuando encontró a Olivia en el suelo del baño al lado de todas las evidencias que indicaban que se había excedido consumiendo cocaína.

—Aunque no lo pueda vivir, me gusta verlo en ellos. Soy feliz sabiendo que ellos se han encontrado.

—¿Sabes que eres una buena persona? —le dijo Mason convencido de aquello. No todo el mundo podría alegrarse de la felicidad de una expareja.

—No lo creo, pero sí sé que a Tyler ya le tocaba ser feliz.

—A ti también te toca serlo —dijo él, fijándose en sus labios antes de inclinarse hacia ella y besarla.

—No recuerdo un momento mejor que este desde hace mucho tiempo —le confesó ella. Estaba entre los brazos del hombre que le gustaba gracias a aquella segunda oportunidad que le había dado el destino, se sentía feliz por la boda a la que iba a asistir al día siguiente y parecía comenzar a hallar cierta paz en su espíritu, cuatro años después de la peor Navidad de su vida.

Mason sonrió.

—Yo recuerdo otro —dijo él—. Cuando me besaste la primera vez.

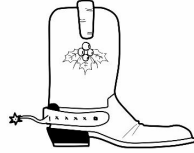
—Eso fue... torpe —sonrió Jane.

—Pero fue especial.

—Supongo que la primera vez siempre lo es.

—Solo si es con la persona adecuada. Tú lo eras y lo sigues siendo. ¿Qué te parece si cenamos aquí arriba y les dejamos espacio a los Jones y los Davis?

—Me parece una idea fantástica —aseguró ella. Había disfrutado de la visita a los Davis, de almorzar con todos ellos y de conocer a los Jones, pero también deseaba pasar tiempo con Mason.



EL DIA DE LA BODA

Unos toques en la puerta los despertaron. Jane miró el reloj de la mesilla de noche y casi no eran ni las ocho de la mañana.

—Un momento, por favor.

Con toda la prisa que pudo darse se colocó la ropa interior y el pijama, ya que de nuevo Mason y ella habían terminado la noche desnudos y enredados entre las sábanas.

—Vamos a pasar, así que vestíos —oyeron la voz de Tyler. Mason hizo lo propio y también se vistió con el pijama.

—¿Ocurre algo tan temprano? —preguntó Jane abriendo la puerta del dormitorio.

—Buenos días, chicos —dijo Ashley, que portaba una bandeja con una pequeña botella de algún licor y cuatro vasos.

—Pasad —abrió la puerta.

—Buenos días —dijo Mason, extrañado con aquella intromisión de Tyler y Ashley.

—Como anoche no pudimos brindar con vosotros —comenzó a decir Ashley colocando la bandeja sobre la mesa pequeña del salón—, hemos decidido hacerlo ahora.

—¿A las ocho de la mañana? —se quejó Jane.

—Es una tradición en la familia de Ashley —intervino Tyler—. Brindar con licor de mora negra de Montana antes de un acontecimiento importante.

—¡Me encantan las tradiciones! —dijo Mason entusiasmado, pasando un brazo alrededor de Jane.

—Sí, sé que lo del muérdago te gusta —bromeó Ashley mientras que Jane se aguantaba la risa.

—Solo por ese detalle brindaré por tu felicidad —respondió Mason.

Ashley sonrió y comenzó a servir los vasos de licor de mora, los distribuyó y alzó el suyo.

—Si soy completamente sincera, tenía mis reservas en cuanto a vuestra visita, pero he de decir que estoy muy contenta de que hayáis venido y de conoceros —dijo Ashley.

Tyler alzó su vaso ahora:

—Yo también estoy satisfecho de haber conseguido que hayáis venido, de que vosotras dos hayáis hablado, porque, aunque de distinta forma, sois importantes para mí y, sobre todo, estoy feliz de haber encontrado a la mujer de mi vida cuando ya no la esperaba.

—Ahora me toca a mí —dijo Jane alzando su vaso, viendo cómo iba aquella tradición—. Yo me alegro enormemente de haber venido, porque he podido liberarme de unas cuantas cosas, porque he hablado con cada uno de vosotros cosas que eran importantes para mí que supierais y os comunico que he decidido renunciar al apellido Davis, porque solo debe haber una señora Davis y esa eres tú, Ashley.

—¡Oh, gracias! —apreció Ashley llevándose una mano al corazón. Era un gesto simbólico pero muy bonito.

—Parece que solo quedo yo, que soy el más nuevo en todo esto —dijo Mason—. Me alegra haber encontrado de nuevo a Jane en mi vida, a la cual prometo no volver a perder de vista. Me alegra haber venido a Ennis a esta aventura en la que os he conocido a vosotros dos y os deseo lo mejor en vuestro matrimonio.

—Una cosa más —dijo Tyler—. Con vuestro permiso, me gustaría mandar un beso al cielo, a nuestro pequeño ángel.

Tyler miró hacia arriba y volvió a mirarlos a ellos, Jane se limpiaba una lágrima que se le había escapado antes de volver a alzar todos los vasos.

—Salud y felicidad —dijo Ashley.

—Salud y felicidad —repitieron los otros tres a coro antes de beber el licor.

—¡Qué bonito, Ashley! ¡Gracias! —exclamó Jane, soltando el vaso para abrazar a la novia. Nunca había oído hablar de aquella tradición, pero había sido un detalle que la hubiera querido compartir con ellos.

—Gracias a vosotros por venir. Hoy será un día de locos, pero deseo que os lo paséis muy bien.

—Gracias, Ashley —dijo Mason también.

—Creo que es hora de dejaros, por si hemos interrumpido algo —dijo Tyler jocoso.

—Solo nuestro sueño —respondió Jane poniendo los ojos en blanco.

—Si queréis desayunar con nosotros lo haremos en una hora —avisó Ashley cogiendo la bandeja de la mesa.

—Allí estaremos —dijo Mason cerrando la puerta tras ellos.

—Ha sido bonito.

—Me gustan las tradiciones de Montana —dijo Mason.

La mañana pasó casi volando y la comida fue rápida y frugal, ya que a las cinco de la tarde debían estar en la iglesia y todo comenzó a bullir por el hotel. El personal contratado se afanaba en la cocina para el banquete de la noche, y los músicos habían llevado sus instrumentos y probaban el sonido. El salón de peluquería de Ennis se había trasladado al hotel y peinaba por turnos a las mujeres.

—¡Jane! —la llamó Eva en la puerta de la habitación nada más se fue la joven que la había peinado.

—¡Eva! ¿En qué te puedo ayudar? ¡Pasa! —dijo haciéndole hueco para que entrase. Vio que traía una funda de un traje en el brazo.

—Jane, ¿sabes dónde he dejado mi...—preguntó Mason, que apareció en la estancia con la camisa desabrochada.

—¡Por el amor de Dios! ¿Vas a ir así a la boda? —preguntó Eva admirando a Mason de arriba abajo. Aquel hombre estaba tremendo y además le acababa de sonreír.

—¡Eva! —la llamó Jane—. Cariño, este hombre es mío, ¿recuerdas?

—Si algún día lo dejas, avísame —le pidió Eva.

—De momento no lo tengo previsto —dijo Jane observando cómo Mason trataba de no reírse—. ¿En qué te puedo ayudar?

—Te traigo un vestido para hoy —le dijo alargándole la funda.

—Me compré un vestido en Helena hace un par de días —le dijo ella.

—Algo me ha dicho Ashley, pero lo hemos hablado y ambas queremos que uses este.

—Pero... no entiendo —dijo confusa.

—Kylie y yo nos compramos el mismo modelo de dos colores diferentes para acompañar a la novia como damas de honor, solo que yo compre otro color más cuando no estaba segura de si ir de rosa o de verde. Así que ahora me sobra uno y he pensado que como tú y yo usamos la misma talla...

—Es una oferta muy generosa por tu parte —dijo Jane—. Pero me parece excesivo para con Ashley que además sea su dama de honor.

—Queremos ser tres y Ashley también quiere.

—¿Seguro? —Jane frunció el ceño.

—Quedará genial en las fotos. Es una boda pequeña y este detalle será ideal.

—Está bien, me lo pondré.

—¡Fantástico! Lo cierto es que no sabía qué hacer con el vestido. Si se entera mi madre de que he gastado dinero en dos iguales. —Se llevó una mano a la frente, dando a entender que la abroncaría por un gasto tan superfluo solo por su legendaria indecisión.

Eva le dio un beso en la mejilla a Jane, echó una última ojeada a Mason y salió corriendo de la habitación.

—¿Algo te resulta gracioso? —preguntó Jane mirando a Mason y su sonrisa.

—Me encanta cuando te pones celosa y marcas tu territorio —dijo él, recordando lo que le había dicho a Eva.

—La propiedad privada se respeta —dijo ella sonriente.

Mason dio un par de pasos hacia delante y la estrechó contra sí, dándole un suave y tierno beso en los labios para después tocarle la nariz con la suya.

—Me gusta ser de tu propiedad —le dijo en tono sugerente.

—Y a mí que lo seas —respondió ella sonriendo.

—Me encantaría entretenerme contigo justo ahora mismo, pero me temo que estropearíamos tu peinado —aseguró Mason, insinuante.

—Por no hablar de mi maquillaje —respondió ella, haciéndole saber que también le gustaría entretenerse.

—Y que quizá suba alguien a buscarnos.

—Eso también. Parece ser que tenemos una boda.

—Sí, cariño, primero el deber —le dijo para darle un último y fugaz beso antes de separarse de ella.

—Veamos... ¿rosa o verde? Espero haber tenido suerte en el reparto —dijo Jane, cruzando los dedos antes de abrir la funda del vestido.

—Has tenido mucha suerte —dijo Mason viendo que era el verde y que aquel color le quedaría muy bien a alguien moreno como ella.

—¡Vaya! Eso parece —respondió, satisfecha con el reparto.

Mason continuó vistiéndose en el lado de la habitación donde tenía su maleta y Jane hizo lo propio en el suyo. Él terminó antes y decidió esperarla en el saloncito central mientras miraba

hacia fuera por una de las ventanas. Comenzaba a nevar sobre el lago. Al fin y al cabo, era Nochebuena. Todo parecía indicar que iban a tener una blanca Navidad.

—Estoy lista —dijo la voz de Jane desde el centro del salón girando sobre sí misma cuando notó la mirada de Mason sobre ella.

—¡Wow! ¡Estás fantástica! —exclamó observando cómo el vestido no solo le sentaba como un guante, sino que el color de la prenda y el corte, realzaban toda su belleza.

—¿Tú crees? —preguntó Jane frunciendo los labios.

—Voy a ser la envidia de todos los hombres de la boda —aseguró él, dirigiéndose ahora hacia ella.

—Tú también estás realmente guapo —dijo Jane, sonriendo a la vez que miraba a Mason, con un traje de chaqueta gris marengo y una corbata con tonos verdes que podían hacer juego con su vestido, como si lo hubieran planeado—. ¿De dónde has sacado el traje?

—La vida me ha enseñado que hay que ser precavido —le dijo guiñándole un ojo.

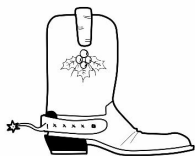
—¡Sabías que nos íbamos a quedar!

Mason se acercó hasta ella y la tomó de la cintura.

—Solo sé que no serías capaz de dañar a nadie que te importe en un día tan especial y que eso probablemente implicaría que nos quedásemos.

—¡Yo ni siquiera había traído un vestido!

—Pero conseguiste uno —respondió antes de besarla en los labios suavemente—. Estabas fantástica con él y con este estás espectacular.



LA CEREMONIA

Aunque en principio Ashley y Tyler habían pretendido casarse en el hostel, finalmente decidieron hacerlo en la iglesia de Ennis y dejar el hostel para la celebración posterior.

Mason se sentó al lado de los hombres Davis, observando a un Tyler nervioso frente al altar, mientras que Jane permanecía con la novia y las mujeres Davis y Jones en la sala habilitada al efecto en la iglesia. Estaba nevando, como era normal en la época, así que prescindieron del habitual paseo estival que las novias de Ennis solían dar desde el vehículo hasta la entrada de la iglesia, con todos los invitados esperando fuera.

Cuando fue la hora indicada, el sacerdote se dirigió al altar, los invitados se levantaron y la novia apareció al final de la iglesia, comenzando a sonar la marcha nupcial. Tyler lucía una sonrisa resplandeciente a la vez que nerviosa mientras veía avanzar a su prometida hacia él. Siguiendo a la novia, a una distancia más que prudencial, las damas de honor, una tras otra, hicieron su aparición.

Cuando Ashley llegó al altar, ambos contrayentes sonrieron y Tyler posó un beso en la mejilla de su novia. Las damas de honor tomaron asiento en un lateral y Mason buscó la mirada de Jane con la suya, cruzándolas.

La ceremonia fue de lo más emotiva y sencilla. Tanto Tyler como Ashley pronunciaron sus votos, que ellos mismos habían escrito, recordando que el uno había salvado al otro en sus tiempos más oscuros. Algunos familiares se emocionaron escuchándolos. Jane se dijo que Zoe, su hija, si en algún plano espiritual podía gozar de consciencia, estaría feliz de saber que su padre había encontrado la felicidad, después de pasar años tan difíciles.

Los contrayentes se dieron el «Sí, quiero» y el sacerdote los declaró marido y mujer, presentando a los nuevos señores Davis. Tyler y Ashley se besaron tiernamente en los labios y los invitados y familiares prorrumpieron en aplausos como felicitación a los recién casados.

—¿Todo bien? —preguntó Mason, dejando caer sobre los hombros de Jane su abrigo, casi sin haberlo visto acercarse.

—Todo bien —respondió fijándose en él antes de sonreír, ponerse el abrigo y entrelazar su mano con la suya.

Ya en el hostel, los músicos recibieron a los novios de nuevo con la marcha nupcial y los invitados se sentaron alrededor de la gran mesa que habían preparado para la ocasión. La cena fue larga, distendida y amenizada por la música del grupo country que habían contratado, y una vez tomaron la tarta, comenzaron con las canciones más populares para comenzar el baile, que fue abierto por la pareja de recién casados, los padres de ambos y los hermanos.

—¿Bailamos? —propuso Mason.

—Claro —convino Jane sonriéndole. Mason estaba muy atractivo con aquel traje de chaqueta que potenciaba sus hombros anchos y su fuerte cuerpo.

—Cambio de parejas —dijo Eva al lado de ellos tiempo después. Jane puso los ojos en blanco y le cedió a Mason, retirándose para tomar una copa en uno de los salones del hostel que no estaba lleno de invitados. Necesitaba descansar de aquella vorágine de día, al menos por unos momentos, ya que la noche parecía que sería larga.

—¿Tú también necesitas descansar? —dijo una voz a su espalda. Tyler estaba sentado en uno de los sillones.

—Eva me ha quitado la pareja —respondió Jane divertida—. ¿Sabes? dice que es más guapo que tú.

—Eva es incorregible. Le diré algo.

—No, da igual. Se divierte, hace bien. Hoy es un día para divertirse —dijo ella sentándose a varios metros de él, al lado de la ventana.

—La estás recordando, ¿verdad? —preguntó Tyler y sabía que se refería a Zoe, su pequeña.

—Sí. No puedo evitarlo.

—Yo tampoco —dijo algo afectado.

—Hoy es un día feliz, Ty. Te has casado con la mujer que amas.

—Lo sé. Pero no hago más que preguntarme si he elegido bien la fecha. En unas horas hará cuatro años desde que... se fue.

Jane guardó silencio unos instantes, observándolo.

—Me pregunté por qué lo habías hecho. Por qué esta fecha —dijo seria.

—Lo siento —respondió arrepentido. Sabía que era posible que a Jane le hubiera molestado la elección de la fecha, aunque no se lo hubiera dicho.

—No lo hagas, no lo sientas. Ashley me dijo el motivo: querías crear buenos recuerdos sobre los malos.

—Ella se opuso. Pero yo insistí, sentía que necesitaba hacerlo. Y ahora... no sé si... he hecho

bien —dijo pasándose la mano por el pelo.

—Que te cases hoy o mañana no nos la devolverá. Hace cuatro años fue el fin de un ciclo. Hoy es el comienzo de otro para ti, y eso es bueno. No lo dudes.

—Quizá debería disfrutar de mi boda en vez de darle vueltas a la cabeza.

La puerta del salón se abrió y entró Mason, que sonrió viendo a Jane sentada al lado de la ventana, estaba preciosa aquella noche. Ella le devolvió la mirada y la sonrisa, aunque la notó algo taciturna.

—Creo que he despistado a Eva —dijo Mason desde la puerta.

—En ocasiones es muy insistente —la disculpó la voz de Tyler, aún sentado en una parte no demasiado visible del salón.

—Lo siento —se disculpó Mason, sabiendo que acababa de decir aquello de la hermana de Tyler—. ¿Interrumpo algo?

—No —dijo Jane alargando la mano hacia él—. Solo estábamos descansando un poco del bullicio.

Mason se acercó a ella, le tomó la mano y la besó cariñosamente en la sien.

—Me uno a vosotros, no creo tener tanto aguante como antes.

La puerta de nuevo se abrió y apareció la novia en ella.

—¿Habéis visto a Ty? —preguntó Ashley, preocupada.

—Únete a la fiesta —dijo él, desde el sillón.

Ashley cerró la puerta tras de sí y se acercó hasta el sillón donde estaba sentado su ya marido.

—¿Estás bien, Ty? —le preguntó llegando a su lado. Estaba preocupada porque sabía que a pesar de lo que había luchado contra sí mismo por elegir aquella fecha y que no le afectase, sabía que nada era tan fácil y su herida era profunda.

—Muy bien, cariño —respondió él esbozando una sonrisa y tirando de ella para sentarla sobre su regazo—. ¿Cómo no iba a estarlo, si me he casado con la mujer más bella de toda Montana?

—Nosotros subiremos a refrescarnos —dijo Jane, entendiendo que aquel podía ser un momento íntimo de los recién casados.

—Y nosotros deberíamos atender a los invitados —respondió Tyler, tomando conciencia de su deber esa noche.

—Pueden esperar cinco minutos más, los pies me van a matar —respondió Ashley acomodándose en el regazo de su marido.

Mason y Jane subieron a la habitación. Jane se lavó las manos y se retocó el maquillaje eliminando los brillos. Mason por su parte se descalzó sobre la moqueta y deshizo el nudo de la corbata a la vez que abría varios botones de su camisa. El ambiente era cálido en el interior del hotel, a pesar de que fuera caían algunos copos de nieve y la temperatura era gélida.

—¿Todo bien? —preguntó Mason cuando ella volvió al salón central de la habitación.

Jane se fijó en que Mason se había puesto cómodo y también se descalzó, dejando de lado sus tacones.

—Ahora mucho mejor.

—Cuando he entrado y estabas con Tyler... —comenzó a decir Mason y se acercó a ella, acariciando con el dorso de los dedos la mejilla de la mujer.

—¿Qué? —quiso saber ella.

—Me he sentido... celoso —respondió él, siendo sincero.

—Oh, Mason, no. Sabes que entre Tyler y yo...

—Lo sé, no os quisisteis nunca. Pero... siento que no puedo perderte, ahora que te he encontrado de nuevo.

—Eso no va a suceder —le dijo ella, segura de sus palabras.

—No te veo igual que hace tres horas. Y no sé qué te ocurre. Tyler tampoco estaba igual.

—Estábamos recordando que en unas horas nuestra niña cumplirá cuatro años desde que partió y Tyler estaba muy mortificado pensando que había hecho algo mal usando esta fecha para su boda.

—Lo siento.

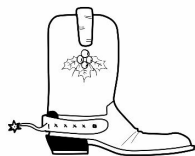
—He tratado de animarlo, solo eso. Le he dicho que aquel día cerramos un ciclo y hoy él ha comenzado otro.

—Perdóname por preguntar. Lo siento, cariño —dijo él cerrando los ojos para unir su frente a la de ella.

—Va a costar que me veas destilando felicidad en esta época del año, especialmente en días como estos, porque recuerdo lo que estaba haciendo cada minuto de hace cuatro años. Intento parecer fuerte, Mason, pero no lo soy en absoluto —respondió con la voz a punto de quebrarse.

—Tienes todo el derecho del mundo a sentirte así. Estaré aquí para apoyarte —le dijo él, imaginándose por un momento lo que sería perder a Sadie y seguro que, incluso imaginándolo, se quedaba corto, muy corto en comparación con lo que sabía que sentía Jane.

—Gracias —respondió ella antes de respirar hondo, echar la cabeza hacia atrás y limpiarse el comienzo de una lágrima. No iba a llorar, no lo haría, por Mason, por Tyler, por ella y por su niña. Debía dejarla ir en paz, debía ser capaz de recordarla con amor, pero sin dolor. Y estaba en el camino de conseguirlo, lo sabía.



EL MEJOR REGALO

La fiesta acabó de madrugada, aunque Jane y Mason se retiraron algo antes, despidiéndose de los invitados. Era el día de Navidad y había amanecido despejado después de nevar levemente durante toda la noche. Un sol potente iluminaba el cielo de esa Navidad tan resplandeciente. A pesar de haber dormido entre los brazos de Mason, no había podido evitar el despertarse demasiado pronto. Se cambió de ropa y bajó a la planta de abajo del hostel, donde varias limpiadoras terminaban de adecentar el lugar a las nueve de la mañana. No parecía que acabase de celebrarse una boda hacía solo unas horas.

—Buenos días, señora, ¿desea tomar el desayuno? —le preguntó una de ellas.

—No, gracias, no quiero interrumpirlas —desestimó.

—No es molestia.

—Con un café servirá —dijo ella aceptando, mientras entraba en el salón donde se encontraba la chimenea, acercándose a uno de los grandes ventanales. El día era radiante, uno de los más claros que podía recordar en un invierno de Montana. La vida seguía, Zoe se había ido pero el sol salía cada día. Tyler se había casado y ella había encontrado a Mason de nuevo. El futuro se abría paso y, mirando hacia los árboles del bosque con sus copas nevadas, de las cuales caían algunos copos de vez en cuando por la fuerza del sol de la mañana, se dijo que estaba lista para un nuevo comienzo en su vida.

—Buenos días —dijo la voz de Mason, entrando en el salón con dos tazas de café en las manos.

—Buenos días —dijo ella, sonriendo hacia él.

Mason dejó las tazas de café sobre la mesa más cercana a Jane, antes de dirigirse a ella y besarla suavemente en los labios.

—Me gusta tu sonrisa de hoy.

—Hace un día precioso.

—Realmente lo hace, si no fuera por el frío —dijo sentándose a su lado.

—El frío es algo innegociable en Montana en esta época del año, pero el cielo está despejado y el sol es realmente brillante.

—Y eso te pone de buen humor —observó él.

—Sí, podríamos decir que sí.

—Me gusta verte así.

—Han pasado muchas cosas buenas en los últimos tiempos y no me había parado a apreciarlas. Este día tan soleado ha hecho que me de cuenta de ello.

—Y en adelante pasarán muchas más —se aventuró a decir Mason, cogiéndole la mano para besarle los nudillos—. Tengo un regalo para ti.

—¡No! —exclamó sorprendida.

—No quiero que te emociones, porque no es gran cosa y lo compré en Ennis, aún no sabía que la Navidad no era tu época favorita del año —le dijo antes de sacarse del bolsillo una caja cuadrada de terciopelo.

—Sea lo que sea, me va a encantar, lo sé —aseguró ella antes de abrirla.

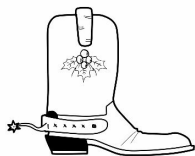
Descansando sobre una almohadilla blanca se hallaba un fino broche dorado con forma de árbol de Navidad. Tenía incrustados pequeños brillantes transparentes, verdes y rojos, imitando las guirnaldas y las luces del mismo.

—Es precioso, Mason —dijo, feliz.

—No es gran cosa, pero pensé que quedaría bien en tu abrigo.

—Es perfecto. Gracias —dijo adelantándose para besarlo en los labios—. Pero yo no tengo ningún regalo de Navidad para ti.

—Tú eres el mejor regalo de Navidad que podría haber recibido. No necesito nada más este año —dijo acercándose a ella para besarla de nuevo.



REGRESO A REXBURG

Mason y Jane regresaban a Rexburg, después de haber compartido un agradable día de Navidad con los Davis y los Jones en el hotel. En esta ocasión Mason era quien conducía, mientras que Jane disfrutaba del paisaje de Montana e Idaho.

—Gracias por esta semana —dijo Mason al aparcarse en la puerta de su casa.

—Al contrario, gracias a ti por acompañarme —respondió ella abriendo la puerta del coche para salir de él.

Mason bajó la maleta y se acercó a ella para rodearle la cintura con los brazos y atraerla hacia sí.

—Hacía demasiado tiempo que no me sentía tan bien.

—Yo también —convino ella, sonriendo.

—Quédate conmigo el resto del fin de semana —la invitó, deseando que dijera que sí.

—El lunes tengo que trabajar.

—Pero tenemos lo que queda del sábado y el domingo.

—Tengo que hacer la colada.

—Tengo un fantástico juego de lavadora y secadora que estaré más que encantado de prestarte. Además, después de tantos días tu casa estará fría.

—Tan fría como la tuya.

—No, cariño —le dijo sonriendo tras ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja—. He encendido el termostato desde la app del teléfono, antes de salir de Montana.

—¡Vaya! Tu casa la que viene con todo —bromeó ella.

—Exacto. Y creo que ya no tienes excusa.

—No, parece que no la tengo —se rindió ella encantada de hacerlo. Que Mason quisiera pasar el fin de semana con ella, después de haber estado juntos desde hacía ya casi una semana y en la boda de su ex, decía mucho de a dónde parecía dirigirse lo que había comenzado entre ellos.

—Ya sabes que cada vez falta menos para que nos veamos —dijo la voz de Mason en la cocina. Jane había escuchado cómo sonaba el teléfono mientras ella subía las escaleras para llevar su maleta al piso de arriba e ir al baño, ahora las estaba bajando de nuevo y escuchaba perfectamente la conversación que estaba manteniendo él, mientras oía como enjuagaba y metía los platos en el lavavajillas.

—Sí, cariño. Te va a encantar la nueva casa que he comprado para los dos —decía Mason ante la repentina estupefacción de Jane que se sentó en la escalera dejándose caer, para llevarse las manos a la cabeza. ¿Con quién demonios hablaba?

—Te quiero, Sadie. Eres lo más importante de mi vida —lo oyó decir después.

Jane sintió cómo crecía una profunda tristeza y decepción en su interior. «Sadie» ¿Quién era? «Lo más importante en la vida de Mason» se dijo mentalmente. «Te quiero» oía aquellas palabras en su cabeza, cuando solo un par de días atrás se lo había dicho a ella y ahora se lo decía a otra mujer al teléfono, para la que «había comprado aquella casa». ¡Maldito embustero!

Jane había tomado una decisión, que no era otra que largarse de allí. Subió las escaleras tan rápido como pudo, metió las cosas de nuevo en la pequeña maleta y bajó con ella en la mano. La puso en la puerta y entró en la cocina.

—Claro, cariño, en dos semanas nos vemos —lo oyó decir antes de girarse hacia ella y verla allí plantada, con los brazos cruzados y cara de pocos amigos. No era la forma en la que había planeado que Jane se enterase de la existencia de Sadie—. Tengo que dejarte...

—¡Cabrón! —exclamó Jane con rabia.

—Mañana hablamos, hay alguien en casa y...

—¿Alguien? —preguntó con rabia—. Te has acostado conmigo durante toda la semana.

Mason tapó el micrófono del teléfono tratando de evitar que Sadie escuchase aquella conversación, tenía seis años, pero no era un bebé.

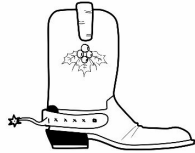
—Jane, dame un minuto y te lo explicaré.

Jane salió de la cocina como alma que lleva el diablo dirigiéndose hacia la puerta, cogió la maleta, el abrigo y las llaves del coche mientras lo seguía escuchando hablar como si nada hubiera pasado con la tal Sadie.

—Mañana hablamos, cielo. Te lo explicaré todo —le decía Mason a su interlocutora.

El sonoro portazo que Jane dio, por alejadas que estuvieran las casas, debió escucharse en medio vecindario. Desbloqueó las puertas de su coche, introdujo en el asiento trasero la maleta, el bolso y el abrigo, sin importarle que la temperatura estaba bajo cero y se subió en el coche. Para cuando Mason salió de la casa, ella ya había arrancado el vehículo y se había ido, dejándolo plantado en la acera de su casa, mirando cómo se alejaba.

—¡Mierda! —exclamó él, pateando el suelo—. Jane se alejaba de nuevo, esta vez enfadada, solo porque no había sabido encontrar el momento oportuno de hablarle de la existencia de Sadie.



NO ERA EL MISMO MASON

—Naomi, ¿puedo ir a tu casa? —preguntó nada más su amiga descolgó el teléfono. Sentía que no podía volver a casa de sus padres, porque Mason podía buscarla allí y lo último que deseaba era verlo.

—¡Claro cariño! ¿Va todo bien?

—Luego te cuento —dijo mientras colgaba la llamada.

—¿Y tu abrigo? —preguntó Naomi al verla plantada en la puerta de entrada solo con un suéter a pesar de los casi diez grados bajo cero que hacía aquel frío día.

—En el coche —dijo una Jane que parecía algo ausente.

—¡Por el amor de Dios, entra! O pillarás una pulmonía.

—¿Está Ben? —preguntó Jane, mirándose a sí misma, tenía razón, había dejado el abrigo en el coche y sin embargo no sentía frío.

—Esquiando en Colorado con unos amigos hasta el lunes. ¿Qué ha pasado, Jane?

Jane no respondió, solo se limitó a caminar hasta el salón de la casa y tomar asiento, donde permaneció mirando al fuego de la chimenea.

—Creo que voy a traer dos tazas de café bien cargadas, te debe haber bajado la tensión —decidió al ver tan aislada mentalmente a su amiga.

¿Cómo le había podido hacer aquello? ¡Todo había sido mentira! Pero ella se lo había tragado desde el principio hasta el final, y lo que era peor aún, ahora sabía que le había entregado su corazón a Mason Stewart por segunda vez en su vida. Las lágrimas comenzaron a bañar su rostro en silencio. Naomi volvió al salón con las tazas de café. Le acercó una caja de pañuelos y esperó pacientemente a que Jane se tranquilizara.

—Te dije que no es buena idea seguir pensando en los ex. No debiste ir a esa boda...

—No es eso —la interrumpió.

—¿Mason?

Jane cerró los ojos, cayéndosele dos lágrimas de nuevo y asintió.

—No era el mismo Mason que conocí.
—¿Ese tío se hacía pasar por otra persona?
—No.
—Por Dios, Jane. Dime qué ha sucedido, no soy buena adivinando.
—Hay otra, ha comprado la casa para otra mujer.
—¡Joder! No me dijo nada de eso.
—Se cuidó muy mucho de ocultarlo. Lo he pillado hace un rato hablando por teléfono con ella.
—¿Y cómo sabes que era una mujer?
—Le decía palabras cariñosas y que le iba a encantar la casa que había comprado para los dos.
—¿Y no trató de explicarse?
—No me quedé para escucharlo, cuando me marché todavía seguía hablando con ella. Parece que no le importó demasiado mi presencia o que no soy tan importante como ella, obvio. Yo solo he sido el lío de Navidad.
—¿Y si era su madre? —preguntó Naomi—. Puede que haya comprado la casa para su madre y para él.
—Sus padres viven en Florida.
—¿Su hermana?
—Conocí a su hermana hace veinte años y no se llama Sadie.
—¡Vaya! —Naomi hizo una mueca con la boca—. Parece bastante extraño, sí.
Jane suspiró con rabia y se levantó del sofá para dirigirse hacia la chimenea.
—¡Creí cada una de sus malditas palabras! Compartí cosas muy íntimas con él.
—Supongo que ya te habías acostado antes con él. Eso que has ganado, cariño. Míralo por el lado positivo.
—Le hablé de mi hija —dijo Jane. Era momento de contárselo a Naomi. De hecho, se culpaba por no haberlo hecho antes que a Mason.
—Un momento... ¿Tienes una hija? —preguntó una más que sorprendida Naomi.
—Tenía. Murió hace cuatro años.
—Lo siento.
—Y yo siento no habértelo contado antes, siento que Mason lo supiera antes que tú.
—Confiabas en él.
—También confío en ti, Naomi. Perdóname.
—No hay nada que perdonar, cielo. Casi nunca estamos solas en la oficina —dijo levantándose para ir a su lado.
—Es difícil para mí hablar de ella todavía —confesó Jane.
—Me hago cargo. Tranquila.
—¡He hecho el ridículo toda la semana, maldita sea!
—Tú no podías saber lo de esa otra mujer. —Naomi le posó una mano en el hombro y se lo apretó con cariño.
—Soy una estúpida —se flageló.
—No eres una estúpida, no quiero que digas eso.

Pasaron el resto de la tarde charlando, Jane le contó lo que había ocurrido entre ambos durante aquella semana. También le habló de Zoe, su hija. Naomi comprendió ahora la reticencia que mostraba su amiga de cara a los niños o a un futuro con niños propios. Era una herida que no

estaba cerrada del todo y había sufrido con ello lo indecible. No estaba preparada para asumir una maternidad de nuevo en ninguna de sus vertientes.

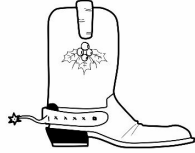
—Te has enamorado de él —dijo Naomi, después de oír toda la historia acontecida con Mason. La de veinte años atrás y la de las últimas semanas, en concreto los últimos días en Montana.

—Solo han sido unos pocos días.

—Es suficiente con solo unos pocos días.

—¿Qué voy a hacer ahora, Naomi?

—No lo sé, cielo. Creo que solo puedes seguir adelante.



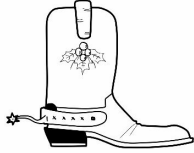
SIN NOTICIAS DE JANE

Mason lanzó el teléfono, frustrado, sobre el sofá y se pasó las manos por el pelo. La había llamado más de cincuenta veces y continuaba con el teléfono apagado. Estaba claro que no quería saber nada de él, pero necesitaba explicarse, explicarle que estaba hablando con su hija de seis años. Había rememorado la conversación que había tenido con Sadie por teléfono y estaba claro que ella había interpretado que era otra mujer con la que hablaba y se había puesto furiosa.

—¿Dónde demonios estás, Jane? —se preguntó en voz alta.

Cogió el abrigo, el teléfono y las llaves del coche y salió de su casa, recordaba dónde vivía Jane. Si seguía viviendo en el mismo lugar, llamaría a su puerta, usaría un megáfono o contrataría un avión con una pancarta, pero Jane debía saber que solo había una mujer en su vida y que esa era ella. No podía permitirse perderla otra vez.

Preguntó a los vecinos, llamó a la puerta varias veces, dio una vuelta al barrio, miró por las ventanas de la casa, por debajo de la puerta del garaje, pero no había la más mínima señal de que Jane estuviera allí. Los vecinos le dijeron que seguía siendo la casa de los Norris, pero que hacía días que no veían el coche de Jane por el barrio. ¿Dónde estaba? A pesar de aquel frío gélido de finales de diciembre permaneció en el coche hasta bien entrada la madrugada, esperando que en algún momento apareciese, volviendo a intentar contactar con ella por teléfono, sin conseguirlo. Cuando tuvo la certeza de que no iría esa noche, decidió volver a casa, triste. Y tuvo miedo por primera vez en mucho tiempo, fue consciente de que Jane había seguido bajo su piel durante toda su vida y que en los últimos días aquel sentimiento no había hecho más que crecer en su interior. La quería, como solo había querido a una mujer en toda su existencia: a ella misma hacía veinte años.



HACIENDO GUARDIA

Había decidido permanecer unos días en casa de Naomi. Después de encender el teléfono, ver que tenía más de cien llamadas de Mason y bloquearlo, también recibió la llamada de una vecina de sus padres, preguntando si debía llamar a la policía, ya que un tipo llevaba rondando la casa desde hacía dos días: Mason. Lo sabía, ¿quién si no? Le había dicho a la buena de la señora Martin que no se preocupase. Que era alguien inofensivo y que no sería necesario ponerlo en conocimiento de las autoridades.

Habían pasado varios días y respiraba cada mañana y cada tarde al ver que Mason no la estaba esperando delante de la oficina, donde sí lo había hecho al principio de reencontrarse. Cabía la posibilidad de que la tal Sadie se hubiera adelantado si escuchó decir que se habían acostado, que simplemente se hubiera cansado de buscarla o que hubiera decidido que no podía explicar absolutamente nada y que además no lo creería. Llamaría a la señora Martin para comprobar que no seguía por el barrio y poder volver a casa. Aunque estaba tentada de esperar a que pasasen las fiestas en casa de Naomi y volver cuando regresaran sus padres de Bahamas. ¿Qué dirían al saber que Mason Stewart había vuelto y que la que ahora no quería saber nada de él, era ella?

—Oh, oh —dijo Naomi la tarde del jueves mientras se tomaba un café al lado de la cristalera de la oficina. Acababan de almorzar y ese día cerrarían antes. Estaban solas en la oficina terminando papeleo y era el último día del año. Naomi daba una fiesta en su casa para terminarlo y debían ponerse manos a la obra si querían prepararlo todo a tiempo, aunque Ben, su marido, se había pedido el día libre y llevaba horas en la cocina.

—«Oh, oh», ¿qué? ¿Va a nevar? Espero que podamos llegar a tu casa a tiempo de preparar la fiesta.

—No parece que vaya a nevar —dijo Naomi—. Pero tu enamorado está en la acera de enfrente recostado en su camioneta.

—¿Qué?! ¡No lo llares así! —exclamó Jane molesta, levantándose de la mesa como un

resorte para acercarse a la cristalera y comprobarlo por sí misma.

En cuanto se arrimó a la ventana, el hombre mostró interés y dudó un momento sobre si debería acercarse a la oficina, pero cuando vio que Jane desaparecía de su vista, no lo hizo y volvió a recostarse en la camioneta.

—¡Esto es acoso! —dijo Jane, enfadada.

—Parece que está tomando mucho interés en verte.

—Pues yo no quiero verlo.

—¿Y si... hay una explicación?

—No puede haber una explicación. Sé lo que escuché.

—Pero podría haberla —dijo Naomi encogiéndose de hombros. Nadie estaría en pleno invierno al raso esperando a alguien si no estuviera realmente interesado.

—¿Qué parte crees que podría explicarse mejor? La de: «Te quiero, Sadie» o la de: «Eres lo más importante de mi vida». ¿Cuál eliges? —preguntó Jane, siendo sarcástica.

Naomi se mordió el labio inferior. Sí, parecía que las pruebas eran contundentes.

—Bueno, al menos sal, habla con él, dale una bofetada, insúltalo... no sé.

—No pienso salir, Naomi. De hecho, si él no se va de ahí antes de que nosotras lo hagamos, llamaré a la policía.

—No creo que haga falta, debe haber como veinte grados bajo cero ahí fuera, morirá antes —sentenció Naomi, tratando de apelar a la humanidad de Jane. Ella había conocido y tratado poco a Mason, solo durante el periodo de compra de la casa, pero no le había dado mala impresión y ella solía tener buen ojo para las personas.

—Bien.

—¿Prefieres que muera?

—Mira, ahora mismo, sí. Me parece buena idea. O que le amputen un par de dedos de los pies también estaría bien.

—¡Venga, ya, Jane!

—¿Sigue ahí? —preguntó Jane pasadas tres horas. Le había preguntado cada hora a su compañera, que siempre hacía el mismo recorrido, se asomaba al cristal del ventanal y miraba, comprobando que allí continuaba el tal Mason.

—Ahí sigue, creo que debe estar al borde de la hipotermia, juraría que lo veo temblar desde aquí.

—Bien —se limitaba a decir Jane.

Cuando faltó una hora para cerrar la oficina, Jane volvió a preguntar y la respuesta de Naomi tras comprobarlo fue la misma.

—Ahí está.

—Nosotras tenemos que irnos y no estoy dispuesta a cruzármelo. Llamaré a la policía, dijo descolgando el teléfono para marcar el 911.

—¡No puedes hacer eso! —dijo Naomi poniendo los dedos en el teléfono para colgarlo e interceptarla.

—¡Ya lo creo que lo voy a hacer!

—Puede que lo encierren.

—Me parece una buena alternativa a lo de congelarse.

—Estamos en Navidad, hoy es el último día del año.

—¿Y qué?

—Que es una época para perdonar.

—No me gusta la Navidad y no quiero perdonar nada a nadie, y mucho menos a él.

—¿Quieres terminar el año encerrando a una persona inocente?

—Si es a Mason Stewart, sí —dijo una Jane contundente—. Porque de inocente tiene poco.

—Vale, está bien. Veo que no puedo apelar a tu sentido común o mínima humanidad. ¿Qué te parece si salgo a hablar con él y le pido que se vaya? Dejamos a la policía tranquila y permitimos que ese hombre se vaya a su casa de Rodney Drive a entrar en calor.

—Si lo consigues...

—Bien.

Naomi tomó una taza y la llenó de café. Jane sabía qué iba a hacer con ella, pero decidió guardar silencio, no quería discutir con su amiga.

—¿Algún mensaje para él? —dijo ya desde la puerta, con el abrigo puesto, el gorro, los guantes y la bufanda además de la taza de humeante café en la mano.

—Que es un cabrón embustero.

Naomi suspiró y puso los ojos en blanco antes de salir por la puerta de la oficina.

Mason se irguió dejando de estar apoyado en la camioneta, alguien salía, pero sabía que no era Jane, que era Naomi, su agente inmobiliario.

—Hola —dijo al llegar a él, observándolo. Si antes lo había dicho para ablandar a su amiga, ahora estaba segura de que aquel hombre podía estar cercano a la hipotermia, por no hablar de las ojeras que lucía bajo sus ojos, que eran nuevas, ya que cuando habían firmado la compra de la casa no estaban allí.

—Hola —respondió él.

—Te he traído un café —le dijo alargándole la taza—. Bébetelo antes de que se convierta en un bloque de hielo.

—Gracias —dijo Mason poniendo las manos alrededor de la misma, con intención de calentarlas antes de beber. Estaba helado, pero necesitaba demostrarle a Jane que estaba dispuesto a todo por ella porque le importaba.

—Será mejor que te vayas, Jane está enfadada, no va a salir ni va a hablar contigo.

—No pienso irme de aquí hasta que hable con ella.

—No quiere, Mason. Estás perdiendo tu tiempo.

—Gracias por el café. Pero me quedaré aquí.

—Llamará a la policía —dijo disuadiéndolo.

—Si eso es lo que quiere, que lo haga.

—Te detendrán.

—Estoy dispuesto a todo por ella, iré a la cárcel si es necesario.

—¿Acaso has perdido el juicio? —preguntó Naomi, pensando cual de los dos estaba más loco y cómo de lejos pensaban llegar.

—No la voy a perder en esta ocasión, Naomi. No voy a renunciar sin plantar cara. No esta vez.

—Pero... tú... tú estás con otra mujer.

—Eso es solo un malentendido que necesito hablar con ella.

—No quiere escucharte.

—Tendrá que hacerlo tarde o temprano. Ya sea en la sala de un tribunal. No me voy a ir. Gracias por el café —dijo bebiendo el resto del líquido, antes de devolverle la taza.

—¿No lo entiendes? Llamará a la policía. ¿Quieres pasar el último día del año en la cárcel?

—El último día del año, que también es mi cumpleaños, que es hoy, por si no te lo ha dicho

—aseguró él.

—¡Joder! Felicidades... creo —dijo mirándolo temblar levemente.

—Gracias.

—No voy a poder detenerla —le dijo alejándose de él—. Vete antes de media hora, por favor.

—Gracias, Naomi, has sido muy amable.

—¿Se va a ir? —preguntó una impaciente Jane nada más vio entrar a su compañera en la oficina.

—No lo sé, creo que no. ¿Sabes que hoy es su cumpleaños?

—Sí, claro que lo sé.

—Creo que te quiere y está haciendo esto para demostrártelo.

—Muy tarde.

Media hora después, el plazo que le había dado Naomi expiraba. Jane se acercó al ventanal y lo vio de nuevo allí parado. Miró su reloj de pulsera y se dijo que en media hora tendrían que irse de la oficina y que no quería cruzarse con Mason. Levantó el teléfono, cumpliría su amenaza.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo? —preguntó Naomi.

—Sí.

—Ese hombre está dispuesto a todo.

—Yo también —dijo marcando el 911.

—Es Navidad, es su cumpleaños —imploró por última vez Naomi.

—No me importa. Podía haberse ido y no lo ha hecho.

Jane habló con la policía brevemente explicándoles el caso por encima. Diez minutos después, una patrulla aparcó en la calle, los policías se bajaron del vehículo, miraron a Mason y se dirigieron al interior de la oficina.

—No me puedo creer que estés haciendo esto, Jane —dijo Naomi sin poder dar crédito a lo que estaba viviendo.

Jane habló con los policías, explicándoles que deseaba salir de la oficina y que no quería tener ningún contacto con el hombre que llevaba horas en la calle acosándola. Le preguntaron si estaría dispuesta a presentar una denuncia si el hombre no cesaba en su actitud tras hablar con ellos. Ella respondió sin dudar que sí. Mason no llegaría tan lejos, estaba segura de que en menos de cinco minutos abandonaría el lugar. Permaneció junto a la ventana, mirando hacia afuera. La charla se alargó más de lo previsto, y a pesar de los más de diez metros que separaban la oficina del lugar donde se desarrollaba la escena con la policía, pudo darse cuenta de que él no estaba dispuesto a colaborar.

—Estúpido —maldijo entre dientes.

—¿¡No quiere irse, ¿verdad? —preguntó Naomi desde su mesa. No quería mirar porque sabía lo que iba a suceder.

Jane observó como Mason ponía las manos a la espalda y era esposado antes de que un grito alto y claro llegase a sus oídos desde la garganta del hombre del que estaba enamorada y decepcionada a la vez.

—¡TE QUIERO, JANE!

Los policías lo mandaron callar y no se oyó nada más, Naomi se llevó las manos a la cabeza, y ella observaba cómo lo introducían en el coche patrulla.

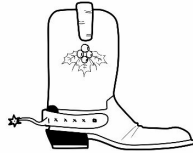
—Dios mío, ¿qué acabo de hacer? —dijo siendo consciente de que habían detenido a Mason por su culpa.

—Una estupidez, cielo. Eso es lo que acabas de hacer —dijo Naomi, poniéndose a su altura, observando cómo uno de los policías regresaba a la oficina mientras que el otro permanecía en el vehículo con Mason.

—Acérquese a la comisaría cuando pueda para formalizar la denuncia —dijo el policía entrando en la oficina.

—No quiero denunciarlo, solo quería que se fuera... —respondió Jane.

—Él ha preferido no irse, señora. Lo retendremos cuarenta y ocho horas y si no hay denuncia, seguro que le servirá de aviso para que no la vuelva a molestar. Buenas tardes, señoras. —Se despidió poniendo dos dedos en la visera.



NO EN NAVIDAD

—¿Qué haces? —preguntó el agente Mallory a su compañero Barnaby.

—Le hago la ficha a ese tío.

—Olvidalo. No vamos a ficharlo, es Navidad y te apuesto doble contra nada, que la mujer vendrá a buscarlo en... —Mallory miró su reloj de pulsera—, no más de media hora.

—Pero...

—¿Trato hecho?

—Media hora —dijo Barnaby estrechando su mano.

Bueno, al final estaba entre rejas, no había actuado con demasiada cordura, pero la otra vez se rindió fácil y en esta ocasión no iba a suceder así, iba a pelear por Jane. No quería ni pensar qué iba a opinar su exsuegro si se enteraba dónde estaba o si no iba a recoger a Sadie en unos días, en caso de que no lo soltasen. Quería pensar que Jane era testaruda, y a pesar de estar muy enfadada con él, no pondría aquella denuncia en firme. Se dijo que quizá la próxima vez debería ser más creativo en lo de intentar hablar con ella. Pero no iba a dejarla escapar, no sin que supiera que la quería y que no había nadie más.

—Siento tanto esto —se lamentó Jane camino de la comisaría con Naomi, que era quien conducía—. Tu fiesta...

—Ben se está ocupando de todo. Nosotras aún llegaremos a tiempo, no te preocupes. No quiero hacer leña del árbol caído, pero te dije que no era buena idea llamar a la policía.

—Le quedarán antecedentes por mi culpa —se lamentó, pensando en lo que podía implicar. Podría incluso perder el trabajo, ya que en muchos pedían aquel certificado y lo de acoso no quedaba nada bien en el curriculum.

—No le va a quedar nada, vamos a ir, te vas a tragar tu orgullo, y vas a decir que estabas enfadada y que se te fue de las manos el escarmiento.

—Me detendrán a mí, pero me lo merezco.

—No te van a detener, pero mira, quizá sería buena idea que os detuvieran a los dos y hablaseis bien encerrados de celda a celda.

Jane y Naomi entraron en la comisaría y la primera preguntó por los agentes que habían acudido a su llamada. Al localizarlos con la vista, los vio estrecharse las manos, uno de ellos más feliz que el otro.

—¿En qué puedo ayudarla, señora? —dijo el que parecía más mayor, aunque no superaba los cuarenta años. El otro debía ser un cadete.

—Venía a disculparme, me temo que ha sido un error, que no quería que detuvieran a Mason Stewart, solo...

—Señora, ¿va a presentar una denuncia? —la interrumpió el agente más joven.

El otro agente le puso la mano en el antebrazo pidiéndole calma.

—No, lo siento, ha sido un error por mi parte, estaba enfadada. Y estoy dispuesta a pagarle la multa.

—Sabe usted que es rutinario, pero le tengo que preguntar por qué estaba enfadada.

—Porque... estaba hablando por teléfono con otra mujer y...—Jane tragó saliva, avergonzada. Pensó que con aquella excusa parecía que tenía quince años... Bueno, a esa edad se comportaba más juiciosamente que en esos instantes.

—Entiendo. ¿Entonces él no la acosa de otra forma?

—No. Solo que no quiero hablar con él, eso es todo.

—Bien, debe respetarla si usted no desea hablar con él.

—Sí, pero... no quiero que lo detengan, ni que esto le pueda causar un problema en el futuro en algún trabajo.

—Está bien, no se preocupe, nada de eso sucederá, lo soltaremos bajo su responsabilidad —dijo y se dirigió a su compañero—. Barnaby, ve a por él.

—Gracias —dijo ella—. ¿Necesitan algo más de mí? ¿Me van a detener?

—No señora, es Navidad —dijo el agente, sonriendo—. Pero sepa que la policía no está para estas cosas. No sé, quizá un consejero matrimonial los podría ayudar mejor.

—Lo sé y lo siento. No volverá a suceder.

—Pueden irse si no desean encontrarse con él —dijo el agente, comprensivo—. Aunque si quiere que le dé un consejo, necesita hablar con él y decirle lo quiera que tenga que decirle a la cara.

—No hoy, gracias —respondió—. Naomi, cuando quieras.

—No voy a dejar a ese hombre tirado al otro lado de la ciudad, le llevaremos hasta su camioneta. Creo que le hemos hecho bastante por hoy.

—Sí, claro —respondió Jane antes de dirigirse hacia la puerta—. Tienes razón. Cogeré un taxi.

—Jane, no seas infantil —dijo Naomi, poniendo los ojos en blanco justo antes de que se cerrase la puerta de la oficina.

—Espero que puedan arreglar lo suyo, no parecen malas personas —dijo el agente Mallory.

—No, no lo son —convino Naomi.

—¡Naomi! —dijo Mason apareciendo delante del policía.

—Mason, vamos, te llevaré hasta tu camioneta —dijo ella.

—¿Puedo irme? —preguntó dirigiéndose a los policías.

—Puede irse. Pero recuerde que, si una mujer no quiere hablar con usted, debe respetarlo —le advirtió.

—Sí señor —dijo Mason, no iba a discutirle nada al policía porque no quería volver a la celda.

—Y por el amor de Dios, no hable con sus líos delante de ella.

—No estaba hablando con ningún lío —respondió Mason, serio y ofendido, a riesgo de volver a la celda—. Estaba hablando con mi hija de seis años.

Los policías abrieron mucho los ojos. Aquello no se lo habían visto venir. Naomi abrió la boca sorprendida.

—Esa mujer necesita un psicólogo, urgente —respondió Mallory llevándose la mano a la cara. Aquel caso era lo más surrealista que podía haberles sucedido el último día del año.

Mason iba a responder, pero Naomi fue más rápida.

—Sí, creo que ambos necesitan ayuda. Gracias agentes. Mason te llevaré hasta tu coche —dijo tomándolo del brazo para dirigirlo hacia el exterior. Como había previsto, para entonces, Jane, había desaparecido del lugar.

—Gracias por sacarme —dijo Mason una vez estuvieron en el vehículo—. Te pagaré lo que te haya costado hacerlo.

—No me ha costado nada, esos policías han visto lo mismo que todos sabemos, que no había caso.

—¿Y Jane?

—Enfadada.

—Sigo necesitando hablar con ella.

—Llámala por teléfono.

—Me tiene bloqueado.

—¿En serio tienes una hija? —preguntó Naomi, sintiendo curiosidad al respecto.

—Sí, tengo una hija, estaba hablando con ella cuando Jane me descubrió.

—Eso explica lo que oyó. ¿Y dónde está?

—En Preston, con sus abuelos maternos hasta dentro de unos días, cuando comience la escuela aquí en Rexburg.

—Siento decirte que Jane no quiere tener hijos ni sale con hombres que los tengan.

—Lo supuse —respondió él, confirmando uno de los temores que había hecho que hubiera pospuesto hablar con ella sobre la existencia de Sadie.

—Igual contigo hace una excepción, si se le pasa el enfado, claro.

—La quiero —dijo él, arrellanándose en el asiento del coche.

—Sí, creo que eso lo hemos oído todos en un radio de una manzana hace unas horas.

—Lo siento.

—No lo sientas. A mí me ha parecido muy romántico lo que has hecho. Mi marido no haría algo así —dijo sonriendo.

—Siento que Jane no opina lo mismo que tú.

—Jane está furiosa porque cree que llevabas un doble juego y piensa que solo te has aprovechado. Se siente estúpida.

—Jamás haría eso.

El silencio se hizo entre ambos durante unos minutos mientras la cabeza de Naomi pensaba alguna solución. Aquellos dos se querían, él no era un infiel, solo era padre. Pero en su contra estaba precisamente eso, que tenía una hija y si las matemáticas no le fallaban, justo de la misma edad que podría haber tenido la niña de Jane si hubiera sobrevivido. Y eso era algo que podría agravar el problema.

—Ella no quiere hablar contigo. Pero yo hablaré con ella, si te parece bien le contaré esto que

me has dicho, porque me temo que ahora mismo es tu única opción.

—Bien —dijo Mason, sabiendo que Naomi tenía razón. Pasaría mucho tiempo antes de que Jane le diera la oportunidad de nuevo. tan siquiera, de dirigirle la palabra.

—Tengo tu teléfono, si accede en algún momento a quedar contigo te llamaré —dijo deteniendo el vehículo al lado de la camioneta de Mason.

—Gracias, Naomi. Confío en ti —respondió él, con una sonrisa triste, era la única esperanza que tenía.

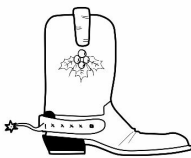
—Te invitaría a mi fiesta, pero me temo que a Jane no le parecería una buena idea.

—Gracias, no importa, ya has hecho demasiado por mí hoy.

—Lo siento. Feliz cumpleaños.

—Gracias —dijo él con una media sonrisa antes de dirigirse hacia su camioneta y abrir las puertas con el mando a distancia de la misma.

Naomi reanudó la marcha del vehículo y desapareció calle abajo. Ahora solo le quedaba esperar y ver qué ocurría. Era fin de año, además de su cumpleaños. Había pensado pasarlo con Jane y estrenar una feliz década con ella, pero nada había salido como había esperado. Lo pasaría solo en casa, ni siquiera Sadie estaría con él ese día.



FELIZ AÑO

A pesar de haber llegado algo tarde a casa de Naomi, no tuvieron el más mínimo inconveniente, Ben, su marido, lo tenía todo más que listo para esa noche. Tuvieron oportunidad de darse una ducha y arreglarse para la fiesta. Aunque a Jane no le apetecía en absoluto, solo aceptaba hacerlo porque no quería aguarle la fiesta a su amiga. Ya había fastidiado demasiadas cosas ese día. ¿Cómo demonios se le había ocurrido llamar a la policía? Sí, estaba furiosa con Mason, pero el haberlo podido meter en un lío de dimensiones incalculables era una barbaridad si lo pensaba con la cabeza fría. Era un cabrón infiel, pero eso no estaba penado por la ley. Ella podría haber salido de la oficina, habérselo gritado en su cara y probablemente se hubiera ido, pero, sin embargo, había demostrado ser un cobarde con aquella actitud, tratando de que otros librasen sus propias batallas, Naomi, la policía, incluso escondiéndose en la casa de su amiga estaba actuando con cobardía.

—Creo que tengo que decírselo a la cara —dijo de repente Jane, cuando Naomi le puso una copa en la mano.

—¿Perdona? —preguntó Naomi sin saber a qué se refería Jane. Estaba perdida en sus pensamientos desde que había vuelto a casa.

—A Mason, debo decirle que no quiero saber nada de él, que no me busque más. Mírame, estoy escondida en tu casa porque tengo... no sé, ¿miedo a enfrentarlo? Así no voy a solucionar

nada.

—Cariño, vas a hacer lo correcto —opinó Naomi—. Tienes que aclarar las cosas con él. Quizá cambies de opinión. Deja que se explique.

—No, solo quiero decirle lo que pienso, no me interesan sus explicaciones, para mí las cosas quedaron muy claras el día que volvimos de Montana.

—Jane, por favor, hazme caso.

—¿Te importa que me vaya?

—No me importa, vete. Y mantén la mente abierta.

—Gracias.

Mason había tomado una ducha bien caliente y se había tumbado sobre la cama. No le apetecía cenar, no le apetecía nada. Recordaba la sensación, era casi la misma que cuando lo habían separado de ella hacía veinte años. Y nuevamente era por ella, solo que, en esta ocasión, la que se había alejado era Jane y el dolor se temía que era más intenso. Se puede amar y mucho con diecinueve años, pero con cuarenta, con las experiencias de la vida en el haber, el amor puede llegar a resultar mucho más doloroso, sobre todo si se pierde. Era lo que sentía en ese momento. Mucho se temía que le sería más difícil que entonces seguir adelante. Aunque sabía que la presencia de Sadie aplacaría aquel dolor. Ella siempre había sido su refugio en los malos tiempos, cuando Olivia se presentaba completamente colocada o cuando discutían. Siempre se había volcado en su hija, era lo único que le daba paz y fuerzas para seguir levantándose cada mañana.

El timbre de la puerta sonó. ¿Quién demonios sería a esa hora? Eran más de las once de la noche. Probablemente era alguien que quería felicitar el año. No pensaba abrir. Un par de minutos después, volvió a sonar, así que pensó que podría ser algo importante. ¿Quizá del trabajo? Bajó descalzo hasta la puerta principal y la abrió.

—¡Jane! —exclamó, sorprendido al ver en su puerta probablemente, a la última persona que había esperado que se acercase a ella. Estaba preciosa, con su bonito abrigo color camel y el broche que le había regalado en la solapa. Aquello podía ser una buena premonición. Quizá ya había hablado con Naomi y sabía la verdad.

—Mason —dijo ella con la voz ahogada, le dolía verlo de nuevo, tan cerca, tan encantador y tan... cabronazo.

—Pasa, hace frío —dijo él, observándola un poco más y supo que no había hablado con Naomi. Seguía enfadada, conocía sus gestos.

—No voy a pasar —le dijo, con voz firme, confirmándole el enfado—. Siento lo de esta tarde, he venido a disculparme por ello, porque no debí haber llegado a ese extremo, realmente lo siento.

—Me lo merecía, parece que aún soy un poco torpe con las mujeres.

—No con todas —respondió ella, apretando los dientes más de lo que pretendía.

—Eso tiene una explica...

—No quiero oírlo —lo atajó, firme de nuevo—. Mira, Mason. He venido a decirte que no me vuelvas a buscar, ni a mi trabajo, ni a mi casa. Que no me llames o me mandes mensajes y que hagas como si nunca nos hubiéramos vuelto a encontrar. No quiero volver a verte en toda mi vida. ¿Te ha quedado claro?

—Pero Jane... yo... —dijo él, tragando saliva con dificultad, sorprendido.

—Adiós y hasta nunca —Se despidió para girarse y caminar por la entrada del jardín en dirección hacia su coche.

—Jane, te quiero —dijo él, tratando de hacer que reaccionara.

—Vete a la mierda, Mason —dijo deteniéndose un momento antes de volver a reanudar su camino.

—El otro día... Sadie es mi hija. Estaba hablando por teléfono con mi hija —confesó a bocajarro y en voz alta. Necesitaba decírselo cuanto antes, a la vista estaba que Naomi no le había dicho nada del tema.

Jane se detuvo de nuevo, impactada ante aquella frase. ¿Mason tenía una hija? ¿O era una nueva mentira?

—Claro, Mason. Y no pasas la Navidad con ella —respondió Jane sarcástica, girándose de nuevo hacia él.

—Está con mis exsuegros. Necesitaba terminar el semestre antes de cambiar de colegio. Me pidieron que pasara la Navidad con ellos y no me pude negar, necesitaba instalarme aquí antes de traerla y desestabilizarla con tanto cambio como ha sufrido en los últimos años.

—¿Qué demonios me estás diciendo?

—No hay nadie más, Jane. Solo mi hija y tú. Te quiero, creo que es algo que llevo haciendo los últimos veinte años de mi vida sin darme cuenta.

Jane lo miró a los ojos y se sintió aliviada de saber que Mason no había jugado con ella y con sus sentimientos. Que no había nadie más, excepto una hija, que bien podría ser ya una adolescente. Mason tendió la mano hacia ella, esperando que la tomase. Jane dio unos pasos hacia delante y con cautela, posó la mano en la suya. Mason se acercó a ella.

—Solo tú, cariño, nadie más que tú y necesito saber desesperadamente que estás en mi vida, que vas a estarlo —le dijo, mientras su mirada se clavaba en la de Jane.

Los labios de Mason se acercaron a los de Jane y se fundieron en un tierno y cálido beso que pareció durar un suspiro para ellos y que sin embargo se alargó en el tiempo. Mason besó la frente de Jane después y la abrazó contra su pecho. La necesitaba como el aire que respiraba.

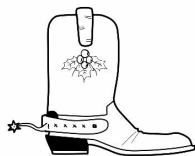
—¿Cuántos años tiene? —preguntó Jane. Solo quería asegurarse de que era una adolescente.

—Sadie tiene... seis años —respondió Mason, sabiendo que de nuevo se la jugaba, pero que no podía ocultarle lo que sería evidente cuando la conociese.

El dolor atravesó el pecho de Jane y cerró los ojos. ¡Seis años, como Zoe! La imagen de su hija acudió a su mente, el dolor que había pasado con ella, los dos años de frustraciones y sinsabores, el verla sufrir... Jane retrocedió y se soltó del abrazo de Mason.

—Yo... —comenzó a decir cabizbaja—. Ella es como... —Cerró los ojos con fuerza de nuevo y tragó saliva con dureza—. No puedo, Mason, no puedo, no puedo...

Mason quedó allí de pie, viendo cómo ella de un momento a otro se había apartado de sus brazos y corría hacia su coche. Arrancó el vehículo y se fue del lugar. Se sintió vacío, pero no podía decirse que no se lo había esperado. Lo había hecho. Y ahora sí, sabía que Jane necesitaba un tiempo.



AÑO NUEVO

Volvió a casa de Naomi, pero ni siquiera esperó a seguir en televisión la cuenta atrás para entrar en el año nuevo. Fue directa a la habitación que ocupaba en aquella casa y lloró. Podía comenzar una nueva vida, pero una niña de seis años... justo seis años... no podía, sabía que no podría vivir con el recuerdo de su pequeña, que la compararía siempre y que sería una evocación continua. ¿Y si... Dios no lo quisiera, algún día le ocurría algo? ¿Y si la perdían como a Zoe? No podría soportarlo.

Comenzó a oír la algarabía del piso de abajo, había comenzado un nuevo año y no era en absoluto como había esperado hacerlo.

—¡Buenos días y feliz año! —dijo Naomi con una sonrisa al verla bajar la escalera esa mañana—. Te perdiste la mayor parte de la fiesta. Y cuando subí a ver si estabas bien, ya te habías dormido.

—Feliz año —respondió solo por educación, ya que para ella no comenzaba nada bien—. No me encontraba demasiado festiva a mi vuelta.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Naomi sirviendo dos tazas de café. Ella había trasnochado y lo necesitaba y la cara de Jane, a pesar de no haberse acostado demasiado tarde, también vislumbraba que necesitaba aquella bebida.

—Mason es historia —respondió ella, haciendo en tres palabras un resumen final de lo que había ocurrido.

—Pero ¿por qué? —preguntó Naomi, sorprendida.

—Finalmente hay más cosas que nos separan que las que nos unen —respondió ella. Le dolía verbalizar lo que realmente le pasaba, habiendo sucedido solo hacía unas horas.

—Él te quiere y no hay otra mujer. Y esa cara que tienes significa que tú a él también. ¿Qué puede haber que separe eso, cuando ya sois dos adultos? No están vuestros padres de por medio tampoco.

—Tiene una hija.

—Lo sé. ¿Y?

—¿Lo sabías? —Jane frunció el ceño—. Me dijiste que tenía un crédito alto y que no tenía ni mujer ni hijos.

—Bueno, eso es lo que pensé al principio. Me contó lo de su hija ayer por la tarde. Había perdido la esperanza de hablar contigo y yo iba a hacer de intermediaria. Pero vuelvo a preguntar... ¿Y cuál es el problema? Lo hemos hablado en infinidad de ocasiones, es difícil encontrar un hombre que no tenga hijos. Sé que no es lo ideal según tus planes, pero repito, él te gusta.

—No lo entiendes, Naomi. Esa niña, tiene justo seis años. Nació el mismo año que mi hija —respondió Jane, casi perdiendo la voz al final de la frase. Sentía ganas de llorar.

—Hay muchos niños de esa edad, Jane.

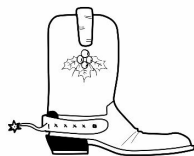
—Lo sé, pero... no tengo fuerzas de enfrentarme a una niña de seis años que me recordará todo el tiempo a mi Zoe y lo que ella no ha podido ser.

—O no, cariño. No la conoces, es probable que sus rasgos sean completamente distintos, rubia, morena... Tienes que enfrentar ese miedo, Jane. No puedes ver a una niña de seis años y paralizarte. Y por supuesto no puedes dejar de ser feliz.

—Por ahora sé que no puedo —dijo ella.

—Vas a perder tu oportunidad, Mason no te esperará eternamente, lo ha hecho veinte años, pero no lo hará otros veinte más. ¿Lo sabes?

—Sí, lo sé —respondió triste con aquella expectativa.



LA RUTINA CON SADIE

La llegada de Sadie supuso energía y vitalidad a la vida en la casa, que se le caía encima después de la última vez que había visto a Jane, hacía ya algo más de quince días. La echaba de menos y el dolor lo asaltaba en cada oportunidad que tenía de pensarlo, lo que no era demasiado por suerte, ya que entre el trabajo y Sadie, tenía prácticamente todo su tiempo ocupado. A su hija le había encantado la casa y su habitación, de lo cual se alegraba, aunque era una niña muy fácil de conformar, nada caprichosa, a pesar de todo lo que había vivido y de prácticamente recibir el rechazo de su madre en muchas ocasiones, ya que Olivia no solía estar lo suficientemente sobria para disfrutar de su pequeña, y si lo estaba, eso también suponía un problema para socializar con la niña.

—Papi, ¿estás triste? —preguntó Sadie.

—Es que te he echado mucho de menos en Navidad.

—Dijiste que no la habías pasado solo.

—No, la pasé con unos amigos en Montana. Fui a una boda, ¿sabes? —respondió él, con Sadie sentada sobre su pierna mientras le quitaba un mechón de pelo de los ojos.

—¡Una boda en Navidad! ¡Cuando llega Santa Claus! —dijo ilusionada la niña—. ¿Tienes fotos?

—Sí, tengo algunas, pero no pude ver a Santa.

—Santa siempre viene cuando te duermes, y si no te duermes echa unos polvitos mágicos por la chimenea para que te duermas cuando él entra.

—¡Oh, qué interesante! —exclamó Mason mientras buscaba las fotos en su teléfono para enseñárselas a su hija.

—Me lo dijo el abuelo Drew.

Mason le dio el teléfono a Sadie en el inicio de la galería de fotos de la boda y ella se recostó contra él, para verlas juntos. La niña comenzó a pasar fotografías con el dedo.

—¿Estos son los novios?

—Sí, Ashley y Tyler.

—Me gusta su vestido y su pelo ¿Y esta señora? —dijo señalando una de las fotos que se tomó con Jane. Estaba preciosa con aquel largo y vaporoso vestido verde que le había prestado Eva Davis.

—Jane, una amiga mía.

—Es muy guapa.

—Así es.

—Hacéis muy buena pareja —dijo la niña pasando el dedo por la pantalla y deslizando hacia la otra foto donde también posaban juntos.

—¿Perdona? —preguntó Mason sorprendido por la apreciación de su hija. Era cierto que ya no era tan niña y que su pequeña se hacía mayor, pero era la primera vez que le decía tal cosa.

—¡Ay, papi! En mi nuevo cole hay un niño como yo, que su mamá se ha ido al cielo.

—Lo siento, cariño.

—No pasa nada. Me ha contado que tiene otra mamá. Y que va a tener un hermanito nuevo con su nueva mamá.

—Eso está muy bien —dijo Mason acariciándole el pelo a su pequeña.

—Me ha dicho que su papá salía a cenar fuera mucho y que encontró a su nueva mamá.

—Sí, a veces ocurre así.

—Pero tú no sales a cenar fuera.

—Yo prefiero estar contigo y cenar en casa.

—¿Y si traes a alguien a cenar a casa?

—Cariño, no es tan fácil.

—Yo puedo invitar a Leslie a jugar conmigo y viene. Es fácil. ¿Jane vive en Montana? —preguntó Sadie mirando la pantalla del móvil a la vez que señalaba la imagen de la mujer.

Podría haberle mentido a Sadie, ya que probablemente nunca llegaría a conocer a Jane, pero no lo haría, ya que aquello no iba a suponer ninguna diferencia. Porque Jane no iba a ir a cenar, aunque su hija se empeñara en ello.

—No. Jane vive Rexburg.

—Entonces puede venir a cenar.

—Cariño, Jane no puede.

—¿Por qué? ¿Ella tiene otros niños?

—No, cielo, no. —Acarició de nuevo el pelo de su niña. Aquel era un tema que precisamente le dolía de forma muy profunda a Jane.

—¿Está casada con otro hombre? —volvió a insistir la niña.

—No, no lo está.

—Entonces puede venir a cenar.

—Jane está muy ocupada, ella trabaja mucho, vende casas. Como esta.

—¿Ella te vendió esta casa?

—Bueno, casi. Una amiga suya lo hizo. Pero a Jane le encanta esta casa.

—¡Wooooow! —exclamó Sadie—. ¿Podemos llamarla?

—¿A quién?

—A Jane. —Volvió a buscar una de las fotos entre las que había pasado del álbum en la que ambos posaban juntos, y la señaló con su pequeño dedo en el teléfono.

—¿Pero por qué a ella, Sadie? Hay muchas mujeres en estas fotos y muy guapas.

—Porque con ella sonrías. —Señaló la imagen de su padre en la fotografía de la pantalla—. Me gusta cuando sonrías como en la foto.

Sadie le dio un beso en la mejilla y se bajó de sus rodillas antes de encaminarse hacia la habitación del piso de arriba. Probablemente se pondría a jugar con sus muñecas antes de la hora de la cena. Y a él lo acababa de dejar *KO*, la apreciación de su hija de tan solo seis años. Miró la pantalla del teléfono que aún seguía en su mano y observó las fotografías, era algo que un adulto simple como él no habría observado, pero que a una niña tan despierta como Sadie no le había pasado desapercibido. Cuando estaba con Jane sonreía, porque se sentía feliz. Él lo sabía y ahora Sadie también.



ENCUENTRO CASI CASUAL

No se sentía orgulloso precisamente de lo que estaba haciendo, pero no quería que Jane llamase a la policía si se apostaba en la puerta de su trabajo como la vez anterior. Ahora tenía a Sadie en casa y no siempre lo dejarían salir de la comisaría en un par de horas. Así que, había escrito a Naomi preguntándole dónde podía encontrarse «casualmente» con Jane. La mujer le había hablado de una cafetería donde iba a media mañana a comprar un café con algo más de calidad que el que tenían en la oficina. Y ni corto ni perezoso aprovechó unos recados que tenía que hacer en la ferretería para pasarse a la hora justa y hacerse el encontradizo.

—A la señorita la invito yo —dijo una voz conocida detrás de ella y un billete de veinte dólares apareció en una mano que conocía más que bien: Mason.

Jane asintió, recogió su pedido y esperó a que recibiera el cambio.

—Gracias, pero no tenías que haberte molestado —dijo Jane.

—Hacía un tiempo que no nos veíamos —respondió Mason abriéndole la puerta del local para que saliera antes que él.

—Gracias. Si te soy sincera no pensaba que nos volviéramos a ver.

—Siento si te he incomodado —se disculpó Mason, pensando si se habría equivocado provocando aquel encuentro.

—Lo siento, no quería decir eso —respondió ella caminando al lado de Mason por la calle. Solo estaba molesta consigo misma porque la simple presencia del hombre conseguía alterarla y desear cosas para las que estaba invalidada emocionalmente, como lo era una niña de seis años incluida en el paquete—. Solo quería decir que... había quedado todo claro entre nosotros.

—Sí, así fue. Pero... —comenzó a decir Mason, nervioso, tomando un sorbo de su vaso de café—. Sigo sin conocer a demasiadas personas en Rexburg que merezcan la pena.

—Siento que no puedo presentarte a muchas, excepto los vecinos de mis padres y no creo que seáis de edades parecidas.

—Probablemente no, aunque con cuarenta estoy seguro que ya me acerco a su edad. —Sonrió él—. Lo que quiero decir es que, bueno, no tengo demasiado tiempo libre entre el trabajo y... —

se detuvo porque iba a nombrar a Sadie.

—Tu hija —dijo ella, tratando de hacerlo con normalidad.

—Sí, Sadie —la nombró él—. No sé, me gustaría hacer algo más que no sea laboral o infantil para variar. Y había pensado preguntarte si te apetecería que algún día fuéramos a cenar, al cine o a algún lado. Ya sabes, para hablar con otro adulto inteligente.

Jane guardó silencio unos segundos. Le sorprendía aquel ofrecimiento de Mason después de un mes sin que ninguno hubiera tenido noticias del otro.

—Mason, ya no salimos, si es que alguna vez lo hicimos —dijo ella, tratando de poner algo de cordura. ¿Qué demonios pretendía Mason?

—No es eso, Jane. No tiene que ser nada que te incomode. Podemos quedar a tomar un café, como hoy, por la calle, mientras regresas a tu oficina.

Jane lo miró con el ceño fruncido. Aquello sonaba extraño.

—Solo quiero que seamos amigos, Jane —aclaró Mason encogiéndose de hombros.

Jane continuó unos segundos con el ceño fruncido y en silencio mientras ambos continuaban caminando.

—¿Cómo te va en tu trabajo? —le preguntó. De acuerdo, iba a intentar aquello de la amistad, pero sabía que era una pésima idea, todo el mundo sabía que no era recomendable comenzar a ver a alguien que te gusta tanto como Mason le gustaba a ella.

—Bien. Aún tengo al lado al viejo capataz, es un pozo de sabiduría y me mira todo el tiempo con el ceño fruncido, casi como tú hace un momento, pero creo que me aprueba. Me gusta el rancho y el equipo de *cowboys*, parecen buena gente.

—Me alegro ¿Es tu día libre?

—No, solo he venido a la ferretería mientras me tomaba un café.

—Creo que acabamos de pasar una —observó Jane.

—Aún no sé si los Harrison tendrán cuenta ahí.

—Yo he llegado a mi destino —dijo ella deteniéndose en la acera de la oficina.

—Gracias por la charla. ¿Puedo escribirte? —preguntó Mason.

—Sí, bueno... para tomar café —dijo ella no muy convencida.

—Vale. Hasta la vista —se despidió él poniendo dos dedos en el ala de su sombrero y girándose para marcharse bajo la atenta mirada de Jane, que seguía diciéndose que sabía que era una pésima idea y que Mason estaba tremendo de frente y de espaldas. Y con el sombrero de *cowboy* el conjunto era... Jane cerró los ojos y sacudió la cabeza. No podía pensar aquello, porque no la iba a llevar a ningún lugar ese tipo de pensamiento sobre Mason.

—¿Ese era tu enamorado? —preguntó Naomi emocionada acercándose a la mesa de Jane.

—Mason, es Mason. Ya no es nada más.

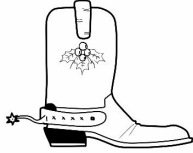
—Dime que habéis vuelto, por favor —rogó Naomi cruzando los dedos.

—No, Naomi. Eso terminó —respondió en voz baja, zanjando la cuestión.

—¿Y entonces?

—Hemos tomado un café por la calle, como dos personas adultas que se conocen.

Naomi puso un gesto de desilusión y volvió a su mesa.



FRUSTRACIÓN

Mason había conseguido volver a tener contacto con Jane de una forma regular pero casual, aunque cada vez dudaba más de que el plan que había trazado pudiera salir bien, no porque le faltase la paciencia, sino porque le resultaba doloroso estar tan cerca y no poder tocarla, besarla o abrazarla como su cuerpo y su corazón le pedía a gritos. Y lo peor de todo, era que ni siquiera sabía si Jane seguía manteniendo sentimientos más allá de la amistad que estaban cultivando desde hacía dos meses, o si solo se estaba engañando a sí mismo manteniendo una esperanza que podía quedar en nada.

—He visto que hay un concierto de country en el Burger Grill dentro de tres viernes —dijo Jane mientras Mason y ella tomaban un café por la calle, como solía ser costumbre cada vez que él iba a la ciudad a por algún material para el rancho.

—¿Quién viene? —preguntó algo distraído Mason.

—Chris Petersen —respondió ella.

—Seguro que está genial —volvió a responder con poca emoción Mason.

—¿Estás bien? —quiso saber Jane.

—Lo siento —sonrió Mason dirigiendo su mirada hacia ella—, estaba pensando en otra cosa. ¿Puedes repetírmelo, por favor?

—Chris Petersen viene al Burger Grill, dentro de tres viernes.

—Suena genial, pero... —Mason contó con los dedos—. Es el cumpleaños de Sadie.

—Oh, entonces puede que se lo diga a Naomi.

—Quizá la próxima vez.

—No sabía que cumplía años en esta fecha —dijo ella, recordando que Zoe los cumplía meses más tarde, en septiembre.

—Sí. Siete años ya —respondió él, sonriendo—. Y lo de su cumpleaños me preocupa.

—¿Por qué?

—Porque tengo que dar la fiesta en casa y no sé si lo voy a saber hacer bien yo solo. Y tengo que dar buena impresión, colegio nuevo, amigos nuevos, ya sabes cómo es eso.

—Estoy segura de que lo harás muy bien.

—Otros años tenía ayuda.

—Entiendo, estaba tu exmujer.

—No, ella nunca estuvo. Pero los abuelos sí. Su abuela se ocupaba de suplir ese hueco muy bien.

—Lo siento.

—Me gustaría que conocieras a Sadie —dijo Mason en un tono que sonó casual.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—Es solo una niña, además encantadora.

—Mason, no. Por favor —dijo ella.

—Siento haberlo propuesto —respondió en un tono más serio de lo habitual y miró su reloj

—. Creo que tengo que irme ya.

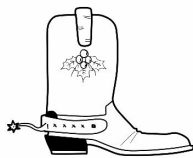
—Hasta la próxima entonces.

—Claro. Hasta la vista.

—Mason, lo siento, siento si te he molestado —dijo Jane, sabiendo que él sí que estaba molesto y decepcionado por su negativa a conocer a Sadie.

—Siento haberlo hecho yo.

Mason giró y caminó en dirección contraria, molesto y dolido, ambos lo sabían.



UNA DURA DECISIÓN

Durante esa semana y la siguiente, Mason no le envió ni un solo mensaje, y cuando ella le había escrito y había propuesto quedar él, aducía a que estaba ocupado y no podía hacerlo. Lo echaba de menos, se había acostumbrado a él, a los cafés y las charlas casuales, a algún que otro evento al que acudían, a su compañía en las pequeñas cosas. Sabía lo que ocurría, Mason estaba molesto porque se había negado a conocer a Sadie.

—¿Qué ocurre? —preguntó Naomi al verla un tanto taciturna en la hora de la comida. Habían salido de la oficina y almorzaban en la cafetería.

—Hace un par de semanas que no sé nada de Mason. Siempre que le escribo dice que está ocupado.

—¿Ha pasado algo entre vosotros?

—Me dijo que le gustaría que conociera a su hija.

—Y entiendo que le dijiste que no —afirmó Naomi.

—Creo que está enfadado por eso.

—Tú lo crees y yo estoy segura.

—No puedo hacer lo que me pide.

—Jane, no puedes pasarte la vida huyendo de los hijos de los demás. ¿Qué harás cuando yo me quede embarazada y tenga un bebé? ¿Lo has pensado?

- No —respondió Jane frotándose la frente.
- ¿Sabes que no es justo lo que haces con ese hombre?
- No estoy haciendo nada.
- Le estás dando esperanzas.
- No lo hago.
- Quedáis a menudo.
- Somos amigos.

Naomi puso los ojos en blanco y resopló, dando a entender que ponía en duda muy mucho aquello.

—No me creo ni por tu parte ni por la suya, que hayáis olvidado lo que sucedió en Navidad en Montana. Le estás quitando la oportunidad de ser feliz.

—No le estoy quitando nada.

—¿Sale con otras mujeres?

—No, bueno, él no tiene tiempo para eso.

—Pero para ti sí tiene tiempo. Jane, tienes que tomar una decisión. Si lo quieres para ti, adelante. Pero si no es así, hazle un favor y deja de verlo.

Naomi estaba equivocada en que Mason conservaba alguna esperanza, porque sabía que no era así. Ella le había dejado la situación muy clara la noche de fin de año y tiempo después, él solo buscaba una amistad casual como la que compartían. Aún así se dijo que había una cosa que debía hacer y la hizo, se iba a disculpar con él, comprándole un buen regalo a Sadie. Y para eso se había tomado dos infusiones relajantes y estaba con la caja de una pastelería en la mano y diez porciones de distintas tartas en ella. El plan era dársela e irse. Rápido, limpio, sencillo. Tocó el timbre y esperó.

—¡Jane! —exclamó Mason al abrir la puerta, sorprendido por su presencia.

—Quiero disculparme por lo de la última vez —le dijo extendiendo la caja delante de ella para que él la tomase entre sus manos.

—No tenías por qué hacerlo.

—Sabes que sí —continuó hablando, nerviosa—. Son unas pruebas de tarta para su cumpleaños. Solo tenéis que elegir el sabor que queráis, el tamaño y os la harán. No tendréis que hacer nada más, porque está pagada. Es mi regalo. La tarjeta de la pastelería está dentro con el código del regalo.

—Gracias, es muy amable por tu parte. Había pensado hacer algo casero, pero creo que esta es mejor idea. Las galletas son una cosa, las tartas no las tengo controladas.

—Hasta la próxima entonces —dijo ella, girándose para marcharse.

—¿No quieres entrar? —preguntó Mason.

—No, gracias, tengo algo de prisa, informes para hacer en casa y...

—Sadie no está, se ha ido a casa de una amiga y se quedará a dormir con ella —dijo Mason, sabiendo el verdadero motivo de la prisa de Jane.

—Yo no... —dijo soltando disimuladamente el aire que tenía retenido producto de la tensión—. No quiero molestar. Tendrás cosas que hacer.

—Haré café y probaremos un poco de estas tartas —dijo subiendo la caja.

—Yo... —volvió a objetar ella.

—Por favor —pidió él.

—Vale, pero no me quedará mucho.

—Lo que tú quieras.

Pasó al interior de la casa y lo esperó. Seguía algo nerviosa, a pesar de que sabía que estaban solos. Mason preparó la cafetera y abrió la caja de las tartas.

—Creo que habría cantidad suficiente para que un regimiento las pruebe.

—Pensé que debíais tener suficientes opciones para elegir, no sabía qué os gustaba o qué no.

—A Sadie le va a encantar.

—Eso espero —dijo ella sonriendo, mientras tomaba asiento en uno de los taburetes de la cocina.

Con un café caliente y el azúcar de los pequeños trozos de prueba de las tartas, Jane pudo relajarse y la situación se tornó más distendida entre ellos, charlando de temas varios, así como de las preparaciones que tenía Mason en mente para hacer llegado el día. Le hubiera encantado poder ayudarlo, pero la idea le sobrepasaba. Fue consciente por primera vez de que Naomi tenía razón, debía alejarse de Mason, por más que le doliera la idea. Supo que su presencia no le permitía ser feliz.

—¡Oh, vaya! —exclamó Jane tras mancharse la manga de su jersey con el relleno de una tarta de mora. Supo que si quería salvar la prenda debía limpiarlo lo antes posible—. ¿Puedo usar el baño?

—Claro, usa el de arriba —respondió Mason.

Jane se quitó la prenda y trató de limpiar la mancha lo mejor que pudo, mojando la tela, frotando suavemente con jabón de manos, pero aún así, no estaba segura de que pudiera salvarlo.

Una vez terminó de limpiarlo, salió del baño, pero vio juguetes asomar tras una puerta abierta y no resistió la tentación de entrar en la habitación. Sin duda era la de Sadie, tonos claros donde predominaban los rosas pastel y un buen montón de muñecas y peluches en una estantería, ordenados por tamaños. Se acercó a ellos y tocó las muñecas con los dedos. Zoe tenía también muchos juguetes, con los que nunca llegó a jugar, como aquellos.

Mason recordó que tenía un buen quitamanchas arriba en el cuarto de la colada y podría ayudar a Jane. Pero cuando subió no la encontró en el baño, sino que se sorprendió al ver que había entrado en la habitación de Sadie y la observaba en silencio, tocando con la punta de los dedos algunas muñecas y peluches. Cuando el gesto de ella pasó de curioso a cabizbajo, decidió informarla de su presencia.

—Tengo un buen quitamanchas —dijo Mason, asustando a Jane, que tropezó con una muñeca que cayó al suelo.

—Lo siento, yo no quería, estaba la puerta abierta y...

—No tiene importancia —dijo él recogiendo la muñeca del suelo para volver a ponerla en su sitio con el resto—. Es una de sus favoritas. Pasa horas jugando con ellas y hasta les pone voces. Es muy divertido, te lo aseguro.

—¿Me hablabas de un quitamanchas? —preguntó Jane para desviar la conversación.

—Sí, lo tengo en el cuarto de la colada —dijo antes de salir de la habitación seguido por ella.

—En esta casa hasta esta habitación es fantástica —reconoció ella entrando tras él en la lavandería, observando cómo estaba decorada, algo no muy común en otras casas.

—Ha sido una buena inversión —sonrió Mason tomando un bote en la mano—. ¿Me dejas el jersey?

—Claro —respondió quitandoselo de nuevo—. Debajo tenía una ajustada camiseta de tirantes. Se lo tendió a él, que lo puso en un lateral de la encimera mientras comenzaba a echarle el líquido. Ella apoyó los codos en la superficie de la misma, viendo cómo se desenvolvía Mason con el quitamanchas.

—¿Lo haces a menudo?

—Entre el trabajo y la niña... digamos que estoy en un grado superior de experto en manchas.

—Eso está bien. —Sonrió ella mientras seguía observándolo. Entre una toallita y el quitamanchas había quitado la mayor parte de lo que quedaba. Sacó otro espray y lo echó.

—Tienes que lavarlo en cuanto llegues a casa si quieres que no quede rastro ni de la mancha ni de los productos —le dijo, guardando los botes que había usado.

—¿Sales con alguien? —preguntó Jane de repente. Hacía un par de semanas que no se veían, entraba en lo posible que Mason estuviera saliendo con alguna madre cañón del colegio de Sadie.

—¿Y esa pregunta? —quiso saber Mason, arrugando el ceño.

—No sé. Curiosidad. Eres un buen partido.

—No —respondió lavándose las manos en la pila del lavadero.

—La entrada y salida del colegio suele ser un buen sitio para ligar. Eso dicen los hombres siempre.

Mason se secó las manos y miró a Jane con curiosidad. ¿A qué demonios venían aquellas preguntas y comentarios? ¿Acaso no le importaba que lo hiciera?

Mason lanzó la toalla al fondo de la encimera y se puso frente a ella, la miró, trató de escrutar su rostro, de meterse en su mente y averiguar qué pasaba por ella, pero no fue capaz de vislumbrar nada que lo guiase.

—¿Te gustaría que lo hiciera? —le preguntó, tensando la mandíbula a la vez que apoyaba una mano en la encimera, al lado de ella.

—Bueno... sería algo normal —dijo Jane, hallando en aquella pregunta un tono molesto por parte de Mason.

—Ajá. Así que, no te importaría —dijo a la vez que clavaba sus ojos en los de ella.

—No —respondió Jane.

Mason dejó de mirarla y recogió la toalla que había lanzado, caminando hacia el otro extremo del lavadero, doblándola, dejándola sobre el mueble y diciéndose en su interior que era gilipollas, que aquella estrategia de hacerse imprescindible para ella y de dejarle espacio no había funcionado en absoluto y que ahora estaba mucho más jodido que al principio, porque la amaba de una forma casi irracional, cada cita, cada café en la calle y cada acto al que acudían solo había hecho que aquel sentimiento anidase más profundamente en su interior, a pesar de que lo mantenía oculto bajo aquella estúpida capa de amistad que parecía que ella había creído hasta la última consecuencia. La volvió a mirar y decidió lanzarse al vacío. Ya nada parecía importar y quería saber si aún había algo entre ellos que se pudiera salvar.

Cruzó la habitación en dos zancadas y tomándola por sorpresa se apoderó de su boca, besándola con desesperación, ansia y deseo. Todo aquel que había guardado en su interior durante los últimos meses, los que se había reprimido de acercársele un milímetro más del necesario. Y ella respondió a sus labios y sus lenguas jugaron el juego del deseo. Las manos de Mason se colaron por debajo de la suave camiseta de tirantes que llevaba Jane y acariciaron su espalda, primero para posarse en su pecho más tarde y notar cómo estaba tan excitada como él. Era hambriento, era salvaje, pero la necesitaba y sabía que ella a él también, cuando notó cómo sus delicadas manos le desabrocharon el botón del pantalón vaquero y le bajaron la cremallera para introducirse en su bóxer y tocar la amplitud de su excitación.

Se miraron a los ojos y solo vieron deseo y necesidad en los de enfrente, casi sin darse cuenta de despojaron de todas las prendas y terminaron haciendo el amor en la encimera del cuarto de la colada, liberándose cuando los alcanzó el orgasmo y lograron el culmen juntos, quedando completamente satisfechos el uno del otro, enredados, sudorosos y con la respiración

entrecortada. Lo que sentían seguía allí y era más fuerte que nunca, en todos los aspectos, por más que trataran de negar la evidencia ocultándola bajo unos cafés casuales en la calle.

En silencio recogieron sus prendas y se vistieron. Jane se encontraba muy confusa con lo que había sucedido y sentido con Mason. Jamás había experimentado un deseo tan animal con alguien, había sido fantástico, pero... ¿dónde los llevaba lo que sucedía entre ellos?

—No puedo salir con nadie, Jane. Por esto —dijo Mason, pasándose la mano por el pelo. Hacía rato que permanecían en silencio en el cuarto mientras cada uno por su lado reflexionaba—. Te quiero, Jane. No lo puedo evitar, ni obviar, ya lo ves.

Jane respiró profundamente y deseó que su voz saliera clara de su garganta. Ella también lo amaba, pero las circunstancias no se podían cambiar.

—No puedo darte lo que buscas, Mason.

—No quieres hacerlo. Eso es lo que sucede —le recriminó él, dolido por sus palabras.

—No me entiendes —dijo ella antes de abrir la puerta de la habitación de la colada para salir al pasillo.

—Te entiendo, más de lo que crees. Lo has pasado mal.

—Dudo mucho que sepas lo que es perder un hijo. Y no deseo que nunca lo averigües, es algo que no se lo deseo a nadie, ni a mi peor enemigo.

—Tienes razón, no sé lo que es perder a un hijo, pero mi hija sí sabe lo que es perder a una madre, a la suya. Y a pesar de eso se levanta cada mañana, sin odiar a las madres de los demás, ni huir de ellas solo por lo que le ha pasado. Y estoy completamente seguro de que si algún día alguien apareciera en nuestras vidas le daría la oportunidad de ocupar ese espacio en su corazón.

Jane escuchó las palabras de Mason con dolor, sabía que tanto Sadie como él lo habían pasado mal. Pero ella también y ya no podía más. No podía con más dolor.

—No tengo más fuerzas, Mason. No puedo pasar por esto.

—No te pido que lo hagas sola, quiero estar a tu lado, cogiéndote la mano siempre que lo necesites.

—Lo siento Mason.

—¡Eres una cobarde! Y lo peor es que quieres que elija entre mi hija o tú y no es justo —le espetó Mason.

—No quiero que elijas.

—¿En serio, Jane? Si quiero estar contigo ella no puede aparecer. ¿Eso no es intentar que elija?

—Tú no ibas a elegir.

—No, no lo iba a hacer. Ya sabes cuál es mi elección, la misma que hubieras tomado tú.

—Sí —respondió ella cerrando los ojos y tragando saliva.

—Pero no entiendo por qué debo tomarla cuando puedo teneros a las dos, si no fueras tan cobarde.

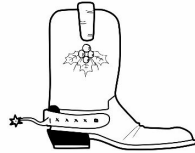
—No puedo cambiarlo.

—Puedes, pero no quieres. Perder a tu hija no fue una elección. Quedarte o irte hoy de aquí sí lo es y depende de ti. De dar un paso al frente y volver a vivir, como ha hecho Tyler.

—Perdóname Mason —acertó a decir, bajando las escaleras.

—Esta vez no voy a volver a buscarte —sentenció.

—Tal vez sea lo mejor —respondió ella, poniéndose el abrigo y la bufanda antes de salir por la puerta.



UN PASO AL FRENTE

Cuánto más duro era el trabajo físico, más gratificante era para él, sobre todo en las últimas semanas. Jane había cruzado la puerta y había desaparecido de su vida. Al principio pensó que ella le escribiría, o que recapacitaría, pero no había sido así. También pensó en tragarse sus palabras e ir a buscarla, hablar con ella de una forma más sosegada, disculparse si había sido duro tratando de hacer que reaccionase. Pero luego lo había pensado mejor y supo que sería alargar más la agonía de algo que parecía que no podía ser. Finalizaba la primavera en Idaho, la Navidad había pasado hacía meses y sin embargo su corazón le pedía un milagro tardío de Navidad que hiciera que ella volviera. ¿Se engañaba? Probablemente así era. Pero no era sencillo olvidar a Jane Norris. La que siempre le había dejado huella y tenía bajo la piel veinte años más tarde.

Esa mañana su jefe le había hablado de que debía enseñarle unos caballos a un rancho que venía de Montana con ganas de comprar purasangres.

—Perdón, ¿el capataz? Harrison me ha dicho que...

—¡Tyler! —se sorprendió Mason al girarse y verlo cara a cara.

—Esto sí que es toda una sorpresa. —Tyler tendió la mano hacia Mason, que este estrechó—. Así que era cierto que eras *cowboy*. Y Harrison debe tenerte en gran estima si deja que enseñes los caballos a un tipo como yo.

—Harrison tenía asuntos que arreglar en Boise. Si me acompañas veremos los caballos.

—Pensaba llamaros a Jane y a ti para cenar esta noche, antes de volver a McAllister.

—Te agradezco la invitación, pero no creo que sea posible. Hace tiempo que Jane y yo no nos vemos.

—¿Perdona?

—Ya no estamos juntos.

—¿Puedo preguntar por qué? —quiso saber Tyler.

—Tengo una hija de siete años. Decidió que no podía con ello.

—¡Joder! —exclamó Tyler, aunque por la conversación que habían tenido la semana de su

boda en Montana, no le extrañaba demasiado.

—Lo intenté durante varios meses, pero ella se cierra en banda y tiene miedo a dar el paso, le aterra conocer a Sadie.

—Quiero entender que aún tiene arreglo, por tu parte.

—Llámame imbécil —dijo Mason encogiéndose de hombros, dándole a entender a Tyler que sí, porque Jane seguía en su corazón.

Mason le enseñó los caballos a Tyler y en confianza le preguntó si eran buenos, a lo que el capataz de los Harrison contestó afirmativamente y Tyler no dudó en hacer el trato.

—¡Ty! —dijo ella sonriendo al abrir la puerta y ver a su exmarido plantado ante ella.

Tyler la abrazó y le dio un beso en la frente.

—¿Dónde están mis exsuegros? —preguntó.

—Creo recordar que en el archipiélago de Guadeloupe.

—¿Se han jubilado o están trabajando para una guía de viajes? —bromeó él.

—A veces yo también me lo pregunto. Me había planteado independizarme, pero como estoy casi siempre sola, sería gastar dinero sin sentido. ¿Cerveza? —ofreció ella.

—Por favor. Pensaba que a estas alturas estarías viviendo con ese tipo. Pensando en casarte y yo comprando un traje para venir a la boda.

—No, bueno, lo estamos tomando con calma —respondió ella, esperando que aquel tema no se alargase.

—Y sé que me estás mintiendo. ¿Qué pasa, Jane? ¿Te ha hecho algo?

—No me ha hecho nada. Si podemos llamar no hacer nada a no decirme que tenía una hija de la misma edad que Zoe.

—¡Vaya! Y ahí está el problema.

—Sí, pero bueno, es historia.

—No, Jane, creo que no es historia. Estás más delgada y aunque sabes maquillarte muy bien, tienes ojeras.

—¡Mierda, Ty! —exclamó Jane dejándose caer en un taburete.

—Te voy a decir algo, aunque quería esperar un poco más para hacerlo, porque es reciente. Ashley está embarazada.

—¿Y cómo estás? —preguntó posando una mano en su antebrazo.

—¿La verdad? Aterrado. Pero la vida sigue, Jane. Creo que lo hablamos aquella noche, no dejes que el pasado condicione tu futuro. Yo no lo voy a permitir.

—Suena fácil —dijo Jane, lamentándose.

—Lo es. Tienes que decírtelo a ti misma. Y si no lo consigues sola, busca ayuda.

—¿Ayuda?

—Un terapeuta.

—¿Tú crees?

—No puedes tener miedo de una niña solo porque sea de la misma edad que Zoe. No es nuestra Zoe. Solo comparten el año de nacimiento, pero son personas completamente distintas, no son ni siquiera familia.

—Lo sé —exhaló aire. La teoría era fácil, lo complicado era ponerlo en práctica.

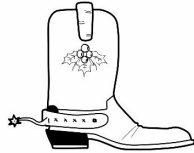
—Ashley es mi soporte. Lo fue la Navidad en la que nos conocimos, cuando estaba tan mal. Sé que no estaría en el punto que estoy si ella no estuviera a mi lado. Estoy convencido de que Mason también está dispuesto a serlo para ti, si le das la oportunidad.

Tyler tenía razón, Mason se lo había dicho aquella última tarde que se habían visto, hacía unas

semanas, que estaría allí para tomarla de la mano. Que no tenía que hacerlo sola.

—Dudo que Mason quiera verme nunca más —se lamentó Jane.

—Cuando estés preparada, deberías intentarlo.



UNA PEQUEÑA AMIGA

Hacía unas semanas que había empezado a arreglar sus problemas, tal como le había recomendado Tyler. Nunca había dado el paso porque siempre pensó que podría hacerlo sola, pero tras reflexionarlo seriamente, se dijo que cuatro años después no había podido arreglar apenas nada y que ya era momento de poner orden en su vida, porque en los últimos meses no solo se había dañado a sí misma, sino que también lo había hecho con Mason. No quería que nunca más se viese alguien dañado por sus taras emocionales.

Clarisa, su terapeuta, la había ayudado mucho a lo largo de las sesiones, y aunque sabía que aún tenía un largo camino por andar, opinaba que hasta que no se enfrentase a sus miedos poco a poco no podrían comenzar realmente a trabajar.

Y allí estaba ella de nuevo, tres infusiones relajantes después, frente a la casa de Mason. Una hora antes había conseguido entrar y salir de una juguetería con éxito, aquello era un buen comienzo, porque había un buen puñado de niños, era sábado y no tenían colegio. Y no había pasado nada, lo había logrado. Había comprado una muñeca Strawberry Shortcake, un juguete mítico que llevaba cuarenta años en el mercado, pero que seguía teniendo su encanto, especialmente por el delicado aroma a fresas que desprendía. Esperaba que a la niña le gustase.

El plan... bueno, el plan era saludar a Mason y dejarle el regalo. Disculparse... ¡maldita sea! Se engañaba, la realidad era que quería verlo de nuevo y tener otra oportunidad, a pesar de que él le había dejado claro la última vez, que si salía por la puerta no la buscaría más.

Aún así, debía hacer aquello, por su tranquilidad mental y porque no quería seguir siendo una incapacitada emocional en las relaciones con hombres con hijos. Ese era el primer paso, con Mason o sin él, en el futuro.

Dio un paso más hacia la puerta, respiró hondo y tocó el timbre. Y lo que pasó no lo había esperado ni planeado.

Una niña rubia de pelo largo y ondulado le abrió la puerta y se le quedó mirando unos instantes.

—¡Hola! —le dijo la niña—. ¿En qué la puedo ayudar?

—Yo... —comenzó a decir Jane, sintiendo que le faltaba el aire. A duras penas trató de recomponerse y adelantó la caja por delante de ella, ofreciéndosela —. Traía una cosa, un regalo.

—¿Para mí? —Sadie abrió los ojos, sorprendida e ilusionada.

—Sí, para ti —dijo Jane.

La niña dudó unos instantes.

—Mi papá dice que no acepte regalos de desconocidos —dijo algo ceñuda.

—Tu papá tiene razón —convino Jane, sonriendo nerviosamente.

—¿Quién eres? —preguntó la niña.

—Soy Jane —dijo presentándose.

—¿Jane? —la miró como si tratase de recordarla, pero ella sabía que era imposible que la niña la recordase, porque nunca se habían visto antes.

—Sí.

—¡Eres la amiga de papá! —exclamó contenta de reconocerla—. Te he visto en una foto.

—¿Ah, sí? —la sorprendida ahora era Jane.

—Sí. Tú vendes casas tan bonitas como esta.

—Sí. Creo que me conoces más que yo a ti —dijo Jane, algo más confiada al ver la naturalidad de la niña.

—Porque nunca me habías visto antes —rio la pequeña—. Yo soy Sadie.

—Encantada, Sadie. Ahora que ya nos conocemos ¿Aceptas mi regalo?

—¡Claro! —dijo la niña feliz, tomando la caja en las manos.

—Espero que te guste —dijo Jane girándose para irse.

—¿Te vas? —preguntó la niña, deteniéndola.

—Sí, claro. Solo venía a traerte el regalo.

—Pero quiero ver qué es —dijo la niña saliendo hasta donde estaba Jane para cogerla de la mano y tirar de ella hasta dentro de la casa.

Jane cerró la puerta y la niña se dirigió hacia la sala de estar sin soltarla de la mano, donde estaban una buena cantidad de sus amigas de plástico y trapo. Debían estar tomando el té en alguna reunión de muñecas y ella había traído a una nueva invitada.

—¿Tu padre no está? —se atrevió a preguntar Jane.

—Está en el jardín de atrás. Siéntate con nosotras —le dijo ofreciéndole sitio sobre la moqueta con sus muñecas.

—No quiero molestar.

—Ahora eres mi invitada —dijo la niña antes de comenzar a abrir la caja. Su cara se iluminó al instante al ver a Strawberry Shortcake—. ¡Es preciosa!

—Además huele muy bien, ¿sabes? —preguntó Jane, satisfecha de haber acertado con el regalo.

—¡Gracias Jane! —dijo ilusionada, abrazándose a su cuello.

Jane se emocionó con el gesto de la niña y no pudo evitar que dos lágrimas cruzasen su rostro.

—¿Te he hecho daño? —preguntó preocupada Sadie.

—No, cariño —dijo Jane limpiándose las mejillas—. Es que me alegra mucho que te haya gustado mi regalo.

—¡Ah, vale! ¡Me encanta! —dijo ella dirigiendo la mirada hacia sus otras amigas de plástico.

Le puso una taza de té en la mano a Jane y también puso una delante de sus amigas, mientras hablaba con ellas, y tal como le había dicho Mason en una ocasión, les ponía las voces. No dudó de que Sadie tenía una gran imaginación, además de ser una niña muy despierta. La observó en todo aquel proceso y se dijo que no era Zoe ni se parecía a ella. Que su Zoe nunca había hablado

ni la había abrazado y que de haber vivido, sabía que no lo habría hecho. Zoe era una niña de tez morena y pelo oscuro. Sadie era rubia, de piel clara y ojos verdes. Era perfecta y sana. Y pasado el momento inicial, ahora estaba segura de que no daba nada de miedo.

—¿Más té, Jane? —preguntó Sadie con la tetera de juguete en la mano.

—Claro —respondió ella con una sonrisa, cogiendo la taza en la mano para permitir ser servida antes que el resto de muñecas.

—Sadie, cariño... he oído el... timbre... —dijo la voz de Mason entrando en la sala de estar para sorprenderse con la visión que halló frente a él. Era Jane, sentada en el suelo con una taza de té en la mano mientras que Sadie le servía de forma ficticia la bebida.

—Era Jane, papi —dijo la niña mientras la mirada de los dos adultos se cruzaba—. Me ha traído un regalo.

—Yo ya me iba, solo he venido a... —dijo Jane dejando la taza en el suelo para levantarse.

—¡Mira, papá! ¡Una muñeca que huele a fresa! —interrumpió Sadie enseñándole la muñeca, que él cogió en su mano.

—Es preciosa —dijo él, devolviéndosela.

Sadie siguió como si nada pasara y volvió donde estaban sus amigas y les sirvió más té.

—Lo siento, sé que no tenía derecho a venir sin avisar. Solo quería traerte un regalo para Sadie —se disculpó Jane. No estaba bien lo que había hecho. Mason podría no ver con buenos ojos que después de lo que se habían dicho la última vez se presentara en su casa y apareciera sentada como si nada en el salón con su hija, podía pensar que la desestabilizaría.

—La he invitado a tomar té porque es amiga tuya —dijo la niña mientras jugaba con sus muñecas.

—Gracias, cariño —respondió Mason preguntándose por qué Jane había vuelto y qué significaba todo aquello.

—Yo ya me iba —repitió Jane.

—¿Podemos hablar fuera? —le preguntó Mason.

—Claro —respondió Jane, sabiendo que probablemente ahora venía lo difícil. Por más paradójico que pareciera, en aquel momento temía más a Mason que a Sadie. Tenía muchas razones para estar enfadado con ella en ese momento.

—¡Gracias por el regalo, Jane! —dijo Sadie desde su posición.

—De nada —respondió ella sonriendo.

Salieron fuera de la casa y se detuvieron en el camino de cemento que atravesaba el jardín uniendo la casa y la calle.

—¿Qué significa esto, Jane? —preguntó Mason, desconcertado.

—Solo quería traerte un regalo para Sadie. No pretendía desestabilizarla ni nada por el estilo, pensaba dejártelo a ti, pero ella abrió la puerta y... sin darme cuenta estaba dentro tomando té con sus muñecas. No sé qué ha pasado, lo siento, Mason, de verdad —dijo ella, muy nerviosa.

—A Sadie no le pasará nada —dijo él, tratando de tranquilizarla—. Han pasado semanas, Jane.

—Lo sé. Sentía que tenía que disculparme con vosotros de alguna forma. No me gustó cómo quedaron las cosas la última vez que nos vimos.

—No, a mí tampoco —reconoció él mientras se pasaba la mano por el pelo—. Siento que fui demasiado duro contigo.

—No, no lo fuiste. Me lo merecía.

—¿Cómo estás? —preguntó Mason.

—Bien. —Sonrió ella—. Tengo una terapeuta, me está ayudando a dejar de ser una incapacitada emocional con el tema de los niños. No quiero que nadie más lo pase mal por mi culpa de nuevo y quiero volver a tener una vida lo más normal posible. Tyler lo ha conseguido.

—Sé que tú también lo conseguirás.

—Sí, eso espero.

—Vi a Tyler hace unas semanas. Compró un par de caballos en el rancho.

—Yo también lo vi. Ashley está embarazada.

—¡Vaya!

—Me dijo que estaba aterrado, pero luchaba contra eso. Es curioso que al final haya resultado ser más fuerte que yo.

—Tú también lo eres.

—Lo estoy intentando, al menos.

—Has dado un gran paso, estabas ahí dentro tomando el té con mi hija.

—Sí, bueno. —Sonrió—. Parece que al final no me ha dado tanto miedo como pensaba.

—Sadie es un encanto.

—Sí, lo es. Has hecho un gran trabajo con ella. Felicidades —hizo una pausa—. Creo que tengo que irme. Gracias por no enfadarte por entrar en tu casa y eso.

—Gracias por pasar —dijo él.

Jane sonrió y caminó por el camino de cemento hacia su coche.

Mason la observó mientras caminaba hacia su coche y volvió a recordar la imagen de ella tomando té con su hija, sabía que había iniciado un nuevo camino hacia la aceptación de su dolor y comenzaba una vida nueva con aquel gesto. Había hecho lo más difícil, lo que no había pensado que iba a suceder, conocer a Sadie y pedir ayuda.

—¡Jane! —la llamó cuando esta se encontraba casi al final del jardín.

—¿Sí? —respondió ella, girándose.

Mason camino hacia ella y se paró a menos de cincuenta centímetros. La miró a los ojos.

—La vida me ha enseñado que el orgullo no te abraza por la noche. No sé si ha cambiado algo en tu vida en estas semanas, pero... solo quería decirte que para mí no ha cambiado nada. Mis sentimientos son los mismos de la última vez.

—¡Oh, Mason! —dijo ella sonriendo— ¿Aún no has tenido suficiente? No te lo he hecho pasar bien. Hice que te detuvieran.

—A pesar de eso, creo que nunca tendré suficiente de Jane Norris —respondió él con una sonrisa—. Y, además, lo más importante, es que sé que ya no me harás elegir.

—No, no lo haré. Puedes tenerlo todo si quieres.

—Quiero tenerlo todo —respondió él, acercando su boca a la de ella.

—Mason —lo interrumpió ella, siendo consciente de algo—, tu hija podría estar en la ventana.

—Seguro que está tomando té con sus amigas —respondió para besarla intensamente en los labios, la había echado de menos.

—Casi no puedo creer que esto esté sucediendo —dijo Jane, feliz y sonriendo a unos centímetros de la boca de Mason.

—Había pedido mi milagro de Navidad y aquí lo tengo —respondió él.

—Estamos en mayo.

—Soy un hombre muy paciente.

Jane rio con el comentario y Mason la alzó y dio varias vueltas sobre sí mismo con ella.

—¿Te quedas a comer? —preguntó Mason.

—Creo que debo ir poco a poco con esto, otro día, ¿Vale? —convino ella.

—Vale, otro día —convino Mason, sabiendo que había dado un gran paso esa mañana y que había que aprender a andar antes de correr.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Sadie con los brazos en jarras en la puerta de la casa antes de dirigirse hacia ellos.

—Estaba jugando con Jane, a darle vueltas en el aire —respondió él, con naturalidad.

—Yo también quiero dar vueltas.

—Claro, cariño —respondió cogiéndola y girando con ella.

La niña rio feliz.

—Estás sonriendo, papá —dijo Sadie cuando la bajó.

—Lo sé, cariño, lo sé. ¿Me vas a ayudar a hacer la comida? Hoy tenemos pasta.

—¡Yupiii! —exclamó Sadie entrando en la casa.

—No sé si estoy muy preparada para esto —dijo Jane, con cierto temor.

—Poco a poco, ¿vale? —dijo él.

—Sí.

—Estaré a tu lado —dijo guiñándole el ojo.

—Gracias —dijo reconfortada, ya no estaba sola y sabía que el camino hacia una vida nueva había comenzado y que era mucho mejor recorrerlo en compañía de alguien como Mason.

Dos años y medio después...

Mason abrió la puerta. Tyler, Ashley y la pequeña Felicity estaban al otro lado de la misma y venían a pasar la Navidad con ellos, Jane también había decidido crear buenos recuerdos sobre los malos y quería darles una sorpresa.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Mason estrechando la mano de Tyler y abrazando a Ashley.

—Muy bien, excepto por esta señorita que se ha pasado el tiempo preguntando cuándo llegábamos —dijo Tyler.

—Hola, Felicity —la saludó Mason, poniéndose a su altura.

—¡Hola, tío Mason! —le contestó la niña, sorprendiéndole con aquel apelativo de «tío».

Mason le dio un beso a la pequeña y los invitó a pasar. Sadie apareció, saludó a todos y pidió permiso para llevarse a jugar a Felicity a su habitación.

—¿Qué queréis tomar? —preguntó Mason.

—Yo necesito ir urgentemente al baño —dijo Ashley antes de la salir de la estancia.

—Cerveza estará bien —dijo Tyler—. ¿Dónde está Jane?

—Ahora viene. Está arriba.

—¿Y cómo va todo por aquí?

—Muy bien, ahora lo verás —dijo Mason viendo cómo Jane aparecía por la puerta con su más pequeña sorpresa de Navidad en brazos.

Tyler casi no podía creer lo que veía, Jane sostenía un bebé recién nacido entre sus brazos. Se levantó de su asiento y se dirigió hacia ella, mirando al bebé.

—¿Es...vuestro?

—Sí —dijo una emocionada Jane, viendo también la emoción en los ojos de Tyler—. Es nuestro.

—No me lo habíais dicho —dijo mientras seguía mirando embelesado al bebé.

—Estaba muerta de miedo, temía que algo no saliera bien y preferí no hacerlo. Perdóname por ello.

—¡Oh, Dios, Jane! —se acercó a ella y le dio un beso en la sien—. ¿Y está bien?

—Sí, es perfecta, completamente sana —respondió emocionada.

—Lo has conseguido. Y no puedo alegrarme más, créeme —aseguró Tyler, limpiándose una lágrima del rostro. Él sabía la emoción de ser padre de nuevo y después de todos los temores, comprobar que todo era normal.

—Me vas a hacer llorar y estoy muy sensible —dijo Jane aún más emocionada, producto de las hormonas de haber dado a luz recientemente.

—¿Cómo se llama? —preguntó él, sonriendo.

—Faith.

—Bonito nombre para este pequeño milagro —dijo antes de dirigirse a su esposa que recién entraba en la habitación—. ¡Ash! mira qué sorpresa nos tenían guardada estos dos granujas.

—¡No! ¿En serio Jane? —preguntó Ashley, contenta. Sabía lo que había significado para Tyler tener a Felicity, así que suponía que para Jane había sido bastante similar.

—Sí —volvió a sonreír Jane—, se llama Faith.

—¡Me encanta el nombre! ¡Faith! —exclamó Ashley, apreciando el nombre que habían elegido.

—Bueno, parece que solo sabemos hacer niñas —dijo Mason.

—Creo que el siguiente será niño —dijo Ashley tocándose el vientre.

—Bueno, en caso de que nos decidamos a tener otro —aclaró Tyler.

—Creo que ya está más que decidido, Ty —dijo Ashley, riendo.

—Ash, no juegues con mi pobre y viejo corazón.

—Vamos a tener otro bebé, Ty —confirmó ella sonriendo.

Tyler no tardó dos segundos en enmarcarle la cara a su esposa y besarla en los labios.

—Gracias por hacerme tan feliz —le dijo en voz baja antes de dirigirse a todos los presentes

—. Sabed que las mujeres de esta habitación vais a acabar conmigo con tanta sorpresa. Mason, necesito que me des algo más fuerte que esa cerveza.

—¡Marchando un whisky! —respondió Mason, divertido—. Tenemos mucho que celebrar.

Seis meses después...

—¿Recuerdas este lugar? —preguntó Mason una tarde de comienzo de verano, mientras paseaban con Sadie y la pequeña Faith por el parque.

—Sí, donde solemos venir cada pocos días a ver el carrusel del Spray Park con las niñas —dijo Jane, sin saber a qué se refería Mason.

—No —sonrió—. Quiero decir aquel lugar —señaló a un lado, el comienzo del Porter Park, adyacente.

—El Porter Park —dijo ella, aún sin saber a qué se podía referir. Iban a menudo a pasear con las pequeñas, no iba a olvidarlo de un día a otro.

—Hace unos veintidós años, allí —señaló una esquina del lugar donde había un banco.

Jane sonrió, entendió al fin a qué se refería Mason.

—Sí, allí estaba el que probablemente podía ser el jovencito más tímido del verano en todo Rexburg.

—¿Vamos? —preguntó él, quería acercarse.

—Vale —convino Jane, preguntándose por qué de repente estaba tan nostálgico.

—Yo estaba aquí —dijo Mason sonriendo hacia ella a la vez que se sentaba en el banco.

—Pero no tenías esa sonrisa.

—No, estaba muy molesto porque me iban a obligar a venir todo el verano.

—El pelo te caía por la cara y tratabas de ocultarte detrás de él.

—No era bueno con la gente. Prefería los caballos y las vacas.

—Sí, se notaba —sonrió ella—. Eras muy mono, pero necesitabas romper el hielo.

—Y entonces te acercaste a mí y nada volvió a ser igual, ni ese verano, ni nunca más —respondió él, levantándose del banco antes de acariciarle la cara con el dorso de los dedos.

—Ajá —dijo ella.

Mason la miró con cariño y se dirigió a su hija mayor.

—Sadie, ¿tienes lo que te pedí que me guardases?

—Sí papá —dijo abriendo su bolso para sacar una pequeña caja que le entregó a Mason.

Jane los miraba extrañada, sin entender muy bien qué estaba ocurriendo.

Mason posó una rodilla en tierra, ante la sorpresa de ella, que no había esperado aquello.

—Jane Elisabeth Norris, quiero sentirme el resto de mi vida como aquella mañana de verano. ¿Quieres casarte conmigo?

—Sí, quiero casarme contigo —respondió ella, comenzando a emocionarse ante la repentina propuesta de matrimonio.

Mason le puso el anillo de pedida en el dedo y se irguió para plantarse frente a ella.

—Te quiero, Jane.

—Yo también te quiero, Mason —respondió ella.

Ambos se fundieron en un intenso beso que solo fue interrumpido por el sonido de la risa de la pequeña Faith y los aplausos y vítores de Sadie, que saltaba, feliz.

—¿Ya la puedo llamar mamá? —preguntó Sadie.

—Sadie, cariño, ya sabes que hemos hablado de que... —dijo Mason, tratando de no hacer sentir incómoda a Jane, a pesar de todo, Sadie seguía teniendo la misma edad de Zoe.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó Jane a la niña, interrumpiendo a Mason.

—Sí —dijo una Sadie que se mostró algo tímida—. Eres la mamá de Faith y ella es mi hermana. Yo siempre le digo a mis amigos que eres mi mamá. Pero papá me dice que tenías otra niña como yo que está en el cielo y que si te lo digo a ti te pones triste. Yo no quiero que te pongas

triste. Yo ya no me pongo triste porque mi mamá también está en el cielo.

—Papá trata de cuidarme —dijo Jane, sentándose en el banco, para quedar a la altura de la niña—. Pero ya estoy bien, ya sé que tú no eres ella, y yo tampoco me voy a poner nunca más triste por eso.

—¿Entonces, puedo? —dijo sonriendo, ilusionada con la idea.

—Claro, cariño, puedes hacerlo si tú quieres —convino Jane. Iba a ser algo difícil al principio, pero la niña merecía tener a alguien a quien llamar así libremente. Además de que en poco más de medio año, Faith también comenzaría a usar la palabra mamá. No era justo para Sadie prohibirle aquello. Ahora las dos eran sus hijas y las quería por igual.

—Gracias, mamá —le dijo abrazándose a ella, que se emocionó al escuchar por primera vez aquella palabra en boca de alguien, ya que Zoe jamás había podido pronunciarla.

Jane miró a Sadie, a su pequeña y a Mason una vez se limpió un par de lágrimas rebeldes que resbalaron por sus mejillas. Respiró hondo y sonrió. Tenía una familia y dos maravillosas hijas. Por fin sentía aquella sensación de felicidad que siempre había anhelado.



Títulos de la autora:

Los Ojos de Jamie
Amor en Wyoming
Amor en Colorado

Serie Rancho Atkins:

Un Vaquero Leal
Un Vaquero de Ojos Verdes
Un Vaquero Atormentado

Navidad:

Un Cowboy por Navidad
Un Cowboy bajo el Muérdago